

BIBLIOTECA DICTIO - Vol. 19

SECCION POLITICA

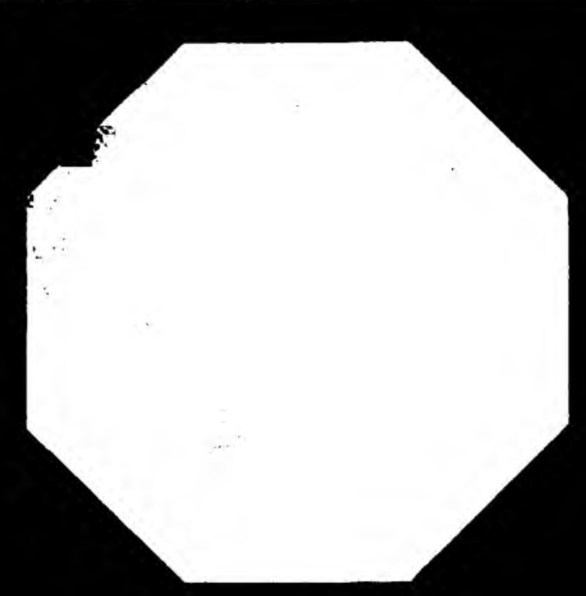
Leonardo Castellani

LAS CANCIONES DE MILITIS

Este libro

Es un libro sobre la Argentina, que aunque escrito entre 1943 y 1945 parece hecho para nuestros días.
Se trata de una serie de artículos publicados en CABILDO —aquel importante intento de diario nacional de la década del 40— que son verdaderos partes de guerra intelectuales contra el macaneo y la necedad que cubrían —y cubren hoy más aún— nuestro país.
Con un registro humorístico nada discreto, evidencia las lacras del poder político y religioso. Y si bien este humorismo palía el rudo golpe de la verdad dicha sin tapujos, no lo ahorra. Chesterton le enseñó el arte de la paradoja, que le permite describir la artificial trama de las frases hechas y encontrar por debajo de ellas la genuina urdimbre de las verdades profundas. Con estas armas se lanza a la dura labor de iluminar escondrijos, limpiar albañales, enterrar carroñas.
Las duras frases que el padre Castellani endilga a la Argentina Oficial y Jerárquica no significan desesperanza, sino la indispensable visión de la realidad necesaria para una posterior acción. A partir de esa llaneza y esa intelección de la realidad sin miedo, propone caminos tan duros como esas verdades. Y la verdad primera para Castellani es la educación del argentino.
Para ello —dice nuestro autor— es necesario que la cabeza de la Universidad patria fuese el Sabio, y que los profesionales que produjera tuviesen al menos algo de sabio, es decir, una unción social de la Verdad. Si esto se logra, se acabará con que el poder esté en manos de necios, la cátedra ocupada por crápulas, y los tesoros públicos administrados por irresponsables y mercaderes.

El autor



Leonardo Castellani nació en Reconquista, provincia de Santa Fe, el 16 de noviembre de 1899. En 1918 ingresó al noviciado cordobés de la Compañía de Jesús y en 1930, en Roma, se ordenó sacerdote. Seis años estudió en Europa. En 1935, ya graduado en filosofía en la Sorbona de París y en teología en la Gregoriana de Roma, regresó a su patria. Aquí se dedicó al periodismo y a la docencia superior y comenzó su sorprendente labor de escritor, de la cual queda testimonio en cincuenta libros eximios. De esta época son: EL NUEVO GOBIERNO DE SANCHO, LAS CANCIONES DE MILITIS y CRITICA LITERARIA.

A partir de 1946 comienza en su vida de escritor una nueva etapa con EL EVANGELIO DE JESUCRISTO y EL LIBRO DE LAS ORACIONES. Gran poeta y ensayista, gran crítico literario. Su obra y su figura han llegado a emparejar a las de Lugones.

Leonardo Castellani

LAS CANCIONES DE MILITIS



BIBLIOTECA DICTIO

La primera edición de LAS CANCIONES DE MILITIS apareció en 1945; la segunda —aumentada con cuatro ensayos, un apéndice, y un estudio preliminar de Rubén Calderón Bouchet—, en 1973, como primer libro del Volumen I de la Biblioteca del Pensamiento Nacionalista Argentino. Ésta es, pues, la tercera, que reproduce íntegramente el texto de la segunda; y constituye la *ne varietur* de la obra.

EDICIONES DICTIO - Buenos Aires

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
IMPRESO EN LA ARGENTINA

Fragmento de una carta del autor al editor

México, Julio 12 de 1973.

....

Hay que cambiar el nombre Las Canciones de Militis o explicarlo: si no, no se entenderá. La historia dese título es esta:

Cuando Fárrel fue presidente, dio un mandato que todos los artículos de diarios apareciesen con firma del autor; y si acaso alguno tenía que usar pseudónimo, debía descubrirlo por escrito en Presidencia. El dueño de La Nación diario (Jorge Mitre, según creo) empezó a poner en los editoriales el pseudónimo *Militis* creyendo en su ignorancia significaba en latín *militar* (*miles*) siendo que es un genitivo que solo no significa nada. Yo por burla comencé a firmar *"Militis Militorum"*, donde hay tres errores de gramática en lugar de uno; pero el chiste no se entendió. Mons. Franceschi quiso reprenderme, porque hay en francés un libro inmoral (creo) de Pierre Louys, llamado Les chansons de Bilithis. Pamplinas.

L. Castellani

Estudio preliminar

Una reflexión introductoria a un libro del padre Castellani es una faena complicada. La misma complejidad del autor, dentro de su aparente facilidad, la variedad de sus registros literarios y la hondura de su pensamiento, obligan a sostener una atención delicada para percibir los múltiples matices de una obra tan rica. Si Castellani se hubiera hecho conocer al público argentino con una herejía de su invención, su éxito entre los gustadores de novedades estaría asegurado y no habría aficionado a la literatura de vanguardia que no hubiera intentado descifrar su mensaje. Lo terriblemente difícil de Castellani es su perfecta ortodoxia y el sano equilibrio de su inteligencia, que le enajenan, desde el vamos, la aparatosa propaganda de los buscadores de rarezas psíquicas y de todos los dialécticos al servicio de la descomposición.

Un autor sano, el más sano de los escritores argentinos, con una salud auténtica y armoniosa y al mismo tiempo original, lleno de esa franqueza varonil que hace que la más pura doctrina de la Iglesia, al transitar los senderos de su espíritu, nos llegue perfumada con el aroma de los campos santafecinos, tan bien recordados en sus nostalgias camperas y tan presentes siempre en la ancha generosidad de su límpida mirada.

Castellani es un teólogo en el sentido cabal del término, uno de esos que, sin ser dominico, ha hecho suyo el lema de aquella orden: "*contemplari et contemplata aliis tradere*". Si esto no fuera mucho latín para nosotros, no tendríamos necesidad de añadir, para los más legos, que el fruto de la contemplación debe ser volca-

do sobre los otros de una manera capaz de llegar a su entendimiento.

Esto último no está en la frase latina, pero sí hay algo que distingue a Castellani de los otros doctores en Sagrada Ciencia es su idoneidad para hacerse entender y provocar en la inteligencia un movimiento de profundo goce intelectual, sostenido por dos estímulos aparentemente antagónicos: el descubrimiento de la verdad y la asombrosa comprobación de la insignificancia de las mentiras que la ocultaban.

Repetimos que Castellani es ante todo un teólogo; confirman este juicio no solamente sus trabajos teológicos, sino también aquellos, en apariencia desligados de la faena sacerdotal, como LAS CANCIONES DE MILITIS, pero que revelan la permanente confrontación de un saber de inspiración teológica con los acontecimientos más o menos triviales del tráfico periodístico.

Un teólogo es todo lo contrario de un profesional de las ideas, de un ideólogo para decirlo con la fea palabra hoy en boga. La época clásica conoció al filósofo y al sofista; y la distinción entre una y otra actitud humana fue definitivamente establecida por Platón y Aristóteles. El sofista, dejando de lado toda consideración peyorativa, era un profesional de la inteligencia, y su trato con las ideas lo convertía, en el mejor de los casos, en una suerte de científico capaz de aportar, a quien se lo pidiera, un conocimiento más o menos riguroso sobre determinados aspectos de la realidad. El filósofo en cambio era, a la manera griega, un teólogo, porque su preocupación principal fue la búsqueda del *ontos on*, de lo que verdaderamente es ente, en el sentido egregio y divino del vocablo. La preocupación de la sofística era técnica y profesional; la del filósofo, religiosa.

La Cristiandad, en su período áureo, conoció la prelacía intelectual del teólogo. Éste era el hombre que frecuentaba la Palabra de Dios y que desde ese saber revelado tendía su mirada sobre la realidad para descubrir la íntima conexión existente entre la creatura y su Creador. La perspectiva divina, el punto de vista de

Dios sobre el mundo, dominaba el horizonte intelectual del teólogo. En ese sentido el cristiano difería del griego, porque este último buscaba el centro divino para orientar su vida a la luz de la razón, mientras el cristiano tenía por fe el conocimiento de las verdades reveladas. Y desde ese seguro centro partía su inteligencia para penetrar mejor en el sentido de la Palabra y descubrir el secreto de nuestras realidades cotidianas.

El ideólogo nace en la Cristiandad cuando la contemplación pierde su valor trascendente y el hombre vuelca sobre el mundo una mirada totalmente poseída por la *libido dominandi*. La realidad ha dejado de ser un *sacramentum* y se ha convertido en un vasto campo donde desplegar la actividad económica.

La prelacía de lo teórico supone la aceptación de un orden creado por la Inteligencia Divina y que el hombre sólo puede conocer en actitud contemplativa. La *speculatio* cristiana nace de este reconocimiento. La *praxis*, en el sentido clásico del término, es posible si el hombre acepta los datos objetivos de un orden metafísico y otro natural, ofrecidos por Dios para que los tome en cuenta y realice su perfección. *Conocer*, en el sentido cristiano, es ante todo *contemplar* y luego *obrar en orden a lo contemplado.*

Esta simbiosis de teoría y práctica no esperó el advenimiento al mundo de Carlos Marx para ser realizada; todo lo contrario. Marx confundirá la *praxis* con la *poiésis* y desde esa confusión, cuando habla de relaciones entre teoría y práctica, hablará, en verdad, de dos momentos de la tarea productiva: el proyecto intelectual de una obra y su realización efectiva.

Pero volvamos a la armonía cristiana de ambos órdenes y a la ruptura de ese equilibrio provocada por el despertar de una fría voluntad de dominio, de esa concupiscencia que arrojará al hombre de nuestra civilización en primer lugar sobre el mundo físico y luego sobre el hombre mismo, para ejercer sobre él ese afán de suplantar a Dios en la ordenación de su vida.

Marx llamó *praxis* a esa acción transformadora que, por su índole, pertenece mejor al dominio de esa acti-

vidad llamada por Aristóteles *poiésis*. Esta visión de una realidad en constante proceso de transformación, y cuyo principal demiurgo fuera el hombre mismo, es propia del pensamiento moderno, y halló en Hegel su ideólogo más egregio.

Pero el ocaso de la Cristiandad medieval, dentro de intereses todavía impregnados de cristianismo, comienza a conocer esa posibilidad en la idea que se hacen de Dios sus teólogos más notables, porque al poner la Voluntad Divina sobre la Divina Inteligencia abren los caminos de las primeras ideologías y éstas pusieron los conocimientos teológicos al servicio de los poderes temporales.

Un ideólogo es un pensador para quien el trabajo de la inteligencia tiene sentido si de antemano lo somete a un proyecto de acción productiva. El ideólogo no contempla, porque no hay nada que contemplar; sea porque Dios es Voluntad Omnímoda y sólo interesa conocer sus designios, o porque el hombre es único ejecutor consciente del proceso por el cual el mundo se realiza a sí mismo. La tarea del ideólogo es la invención del programa por el que debe regirse la producción en serie del "nuevo hombre".

A esto, Marx, con negligente descuido del griego, lo llamó primacía de lo práctico sobre lo teórico. En verdad se trata de la superioridad que, en orden a la fabricación, tiene el producto sobre su simple condición de proyecto. En última instancia, el proyectista debe someter su engendro al ingeniero, encargado de pronunciarse sobre su viabilidad.

El ideólogo es el intelectual al servicio del Poder. No interesa que ese poder tenga carácter conservador o revolucionario. Para quien no vive borracho con la retórica socialista, el poder es siempre oligárquico, salvo que sea cristiano y reconozca todos los límites señalados por Dios a sus claros contempladores.

Castellani es nuestro teólogo y también nuestro profeta; y no porque haya convocado la cólera divina en ocasión de alguna calamidad pública. Su carisma suele contentarse con las pequeñas catástrofes de nuestra vida

cotidiana: un decreto ministerial imbécil, las fiestas escolares o algo tan absolutamente mediocre como los libros de texto. Basta que el teólogo mire el hecho para que éste vaya a ubicarse ante los ojos de Dios en su miserable perfidia laicista y, de rebote, recibamos el soplo vivo de la verdad negada.

En alguna oportunidad, Jean Cocteau, que era algo loco pero no tonto, dijo que se aproximaba el día en que los imbéciles tomarían las lapiceras y se pondrían a escribir. No era el temor de un sabio que ve a Satanás empujando a los tarados, pero sí el de un esteta que veía la depreciación de la inteligencia provocada por dos terribles fuerzas convergentes: la aristofobia de los mediocres y el criterio puramente económico del negocio editorial.

Cuando Castellani escribió un par de páginas sobre los "*medioletrados*", sabía algo más que Cocteau. Sabía que nuestra sociedad no tiene doctores porque ha perdido la Doctrina y añora el tiempo en que los repetidores llevaban hasta los alumnos, con temblor y temor, la enseñanza de los maestros. La pérdida del Magisterio ha provocado la inflación de los semiletrados y con ella su corrupción. Mientras el repetidor tiene la certeza de transmitir una doctrina impartida por una institución de origen divino, siente con respeto su papel de mediador; pero, cuando la pierde, se cree convocado a suplir una función por encima de sus posibilidades reales. Recordemos que el orgullo no es privilegio de los autores de grandes catástrofes históricas y menos en esta época en que toma un matiz decididamente colectivo. Cualquier representante de la masa y, precisamente, en tanto representante de ella, se siente poseído de una capacidad para cambiarlo todo, que no tuvieron Atila ni Napoleón en sus mejores momentos.

LAS CANCIONES DE MILITIS tienen su primera originalidad en que no son canciones, pero a su modo cantan sus cuatro verdades a la clase dirigente de nuestro país. El título parece haber nacido de uno de esos juegos paradojales que tanto gustan a Castellani. Para los *raffinés* recuerda el título del libro de Pierre Louys:

Les chansons de Bilitis en una contraposición traviesa. ¿Qué tienen que ver las licenciosas ocurrencias del poeta francés, con esa viril defensa de nuestras condiciones de salud?

Militis habla de militancia y en un país donde la Iglesia se declaró *dimitente* desde la Independencia, esta convocación militar de Castellani era un desafío a la mediocridad espiritual de nuestro sacerdocio.

Había que recordar que sano y santo tienen la misma raíz; y que para ser santo no basta poner cara de estampita, ni ganar el campeonato de asistencia al rosario. Castellani le hace decir al padre Brochero, dirigiéndose a Meinvielle: *"Hay que ser santo al mismo tiempo, haciéndose santo en el mientras, porque en el camino, usté sabe, se acomodan las cargas, y el que quiere volverse santo primero de ponerse a servir a Cristo, con la pobre y perra alma llena de pasiones que uno tiene, ése no llegó a santo nunca"*.

No está en mis funciones distribuir beatitudes o inaugurar reputaciones eternas. Sólo puedo decir que *"con su rica y perra alma llena de pasiones"* Castellani es uno de los miembros más vivos de nuestra Iglesia militante, y comenzó por dar testimonio de su fe, hasta en *"La Nación diario"*, si mal no recuerdo, y en un país donde ser católico, de puro obvio, estaba totalmente olvidado.

Y aquí viene la parte si se quiere un poco personal de este prólogo. Leí a Castellani cuando apenas había pasado los veinte años y no tenía ninguna formación religiosa. Me llamó la atención, y lo digo con vergüenza, la calidad intelectual de su trabajo. En el mundo de *semiletrados* al que pertenecía, un sacerdote inteligente era inconcebible, y en el mejor de los casos se tenía derecho a sospechar que no creería en todas las *pavadas* con que la Iglesia mantenía la ilusión de su rebaño de beatas.

Un esfuerzo suplementario exigido a un instinto todavía no estropeado por mi condición de bachiller podía hacerme admitir en un cura una inteligencia más o menos profunda en cuestiones astronómicas o de alguna

otra índole un tanto estrafalaria en nuestras costumbres, pero no cabía en mi caletre la calidad del saber de Castellani y su humor para tomar a broma la totalidad de mis dogmas laicos.

Sin embargo, fue precisamente su vena humorística la que me conquistó enseguida; y como me hacía reír, me aficioné a leerlo. No quería confesar mi debilidad; y el amigo que me sirvió de puente, quizá con el santo propósito de enredarme en alguna intriga clerical, obtuvo de mí un pedido desdeñoso que apenas ocultaba el vicio adquirido: "*¿No tenés alguna otra cosa del cura ése?*".

Ésa fue mi perdición. Era un pagano feliz, totalmente irresponsable y cínico, y terminé confesándome, comulgando y suscribiéndome a la SUMA TEOLÓGICA que Castellani había comenzado a editar con sus sabrosas notas al pie. El Club de Lectores tardó tanto tiempo en concluirla, que cuando al final salió, yo había aprendido a leer el texto de Santo Tomás en su versión latina y sabe Dios el trabajo que me costó.

No soy literato; un análisis, con todos los recaudos del género, sobre el estilo de Castellani, no me tienta. Pienso con D'Annunzio que la anatomía presupone el cadáver; y tanto las paradojas como esos saltos de humor que se encuentran siempre en la prosa de Castellani forman parte de su ritmo vital y están tan íntimamente ligados a su personalidad, como pueden estarlo los gestos y las inflexiones de la voz.

Estas LAS CANCIONES DE MILITIS, ofrecidas en un tono aparentemente ligero, revelan una dimensión de nuestra realidad social, que sólo el ojo avezado de un fino observador podía percibir. Pero no era suficiente la sagacidad puramente humana para descubrir la orfandad religiosa de nuestro país. Se necesitaba la íntima delicadeza de un hombre de oración para penetrar la hondura de nuestros defectos y palpar el sitio exacto donde duele la ausencia de Dios.

No es siempre fácil advertir la profundidad de Castellani. El primer encuentro con uno de sus libros se

realiza en la superficie de un estilo chispeante e irónico, como si el hombre tuviera el pudor de mostrarse en la plenitud de sus recursos espirituales. Pero una vez atravesada la corteza de sus bromas, observamos que la cosa va en serio y muchas veces, ¡a qué hondura!

Si yo dijera que su comentario sobre el APOCALIPSIS es lo más profundo que se ha escrito sobre el tema, se podría atribuir el énfasis de la afirmación a pura ignorancia pueblerina. Pero he oído idéntico juicio de la boca de personas mucho más doctas y con una formación menos casera que la mía. Comentar el APOCALIPSIS y hacer de esa profecía una exégesis tan viva no sólo requiere ciencia teológica, sino también oración, vida religiosa auténtica y una capacidad de visión en adecuada consonancia con la del libro.

No profetiza quien quiere sino quien puede. Comprender la narración del Apocalepta es profetizar. Sobre este tema cierro el comentario. En este país tan poco visitado por el Espíritu, Castellani resulta un brote extraño, una figura para la provocación y el escándalo, un remedio demasiado fuerte para nuestros organismos debilitados; y no es nada difícil encontrar, a propósito de su personalidad, las opiniones más variadas.

Con todo, supo hacerse oír y se lo oyó. Pocos pueden imitarlo; y diría que, literariamente, es mejor que no se intente hacerlo. Su estilo es único y no se presta para la emulación; pero esto no significa que no haya hecho discípulos. He hallado lectores de Castellani en los rincones más inesperados y —lo que quizá sea más grande— entre gente que no tiene la lectura por oficio. Y estos lectores no eran amigos de buscar entretenimientos fáciles, sino hombres que hallaron en sus libros razones para confirmar una fe que vacilaba y el sentimiento de estar sosteniendo verdades capaces de resistir con éxito el ataque de esas viejas herejías que se llaman ideas nuevas.

Todas estas razones, nacidas al calor de una noble admiración, me han llevado a aceptar la confección de este prólogo, que no es un elogio, ni una introducción,

ni un estudio crítico, sino el simple y agradecido reconocimiento de una profunda deuda espiritual.

Rubén Calderón Bouchet.

Mendoza, 4 de julio de 1973.

"Concesso, juvenes, ludite jurgio
Hinc illic, juvenes, mittite carmina
Rara est in dominos justa licentia".

Séneca

"Che codesta cortese opinione
Ti fia chiavata in mezzo della testa".

Dante

"Ris, inmortel! ris, de te voir
Parmi ces choses périssables".

Claudel

Prólogo con casco

Nuestros padres llamaban *Prólogo galeato* –y mi patrono San Jerónimo fue quien lo inventó– al que un autor escribía en defensa propia. *Galeato* es demasiado latín para la Argentina. Si consiento en que este libro se publique, el cual promete darme tantos disgustos como mala fama y poco dinero, es preciso ponerle un prólogo con morrión, como puso San Jerónimo a su Periarchón. San Jerónimo fue un dálmata formidable, de la raza del padre Sepich y mis abuelos maternos: un leoncito hecho para vivir o en un palacio o en el desierto; que cuando lo insultaban –lo sentía, pero después–, se olvidaba; pero cuando insultaban a la Iglesia, ripostaba con una fuerza que no se paraba ni ante la zafaduría. Buen escritor el hombre; sin duda el mayor estilista de la baja latinidad, raye el que raye, aunque salgan a rayar Boecio y Agustín el Grande. Éste fue el que se tradujo al latín toda la BIBLIA VULGATA. Vivió en tiempos muy agitados.

Anoche soñé con el gran patrono de los traductores, gran gloria de los friulanos, gran devoción de los españoles que se vinieron a estas tierras, gran protector de Santa Fe y de Reconquista, gran penitente, gran lingüista, gran lector de literatura. De verdad soñé con él. Una vez él mismo soñó que un ángel del cielo lo molió a palos –y al levantarse estaba todo roto– porque en vez de traducir la BIBLIA leía a Cicerón, a Catulo y a César.

Un Arcángel lo azotóf.
Fue porque a Çésar leía;

fuego de Dios, ¡qué sería
si leyera a Gerchunof!

Anoche lo vi con semblante severo y una vara en la mano. No me arrimé mucho. Me preguntó:

—Ya que hemos pagado tus trimestres en el colegio para que estudies filosofía ¿por qué no escribes un libro de filosofía?

—Oh glorioso Santo —le respondí—, yo venía de Europa hace diez años haciendo un libro de filosofía. Me lo había encargado y planeado mi mejor profesor, Joseph Marechal. El plan era éste: *"Lea durante quince años todos los grandes filósofos en su lengua original, para lo cual tendría que perfeccionar su griego y su alemán. Enseñe filosofía al mismo tiempo. Lea después durante tres años los grandes etnólogos modernos, Frazer, el padre Schmidt, Levy-Bruhl..."*.

—¿Imbelloni, Jacovella, Canal Feijóo?

"—Todos —me dijo—. *Y después escriba El Punto de Partida de la Moral sobre el mismo plano en que yo hice* EL PUNTO DE PARTIDA DE LA METAFÍSICA...".

San Jerónimo asintió gravemente y me dijo:

—Eso era justamente lo que se quería allá arriba. ¿Tú que has hecho?

—El griego y el alemán me olvidé lo poco que sabía. Yo me vine de Europa meditando en el buque el texto de Empédocles.

—¿Cómo traduces "Αγαγκης χρῆμα"? —me preguntó el Dálmata con malicia.

—Diels traduce *"Einen Spruch des Schicksals"* —le dije, también con malicia.

—¡Vos! te pregunto.

—A mi entender Diels macanea. Yo traduzco *plétora.*

—¡Bien! —dijo el Santo— ¿Y después?

—Cuando llegué a Buenos Aires, me hicieron tomar 35 horas semanales de clase en un colegio nacional...

—¿Quiénes, te hicieron?

—La Vida... La Argentina... La Patria... Los tiempos malos que vivimos... —le contesté vagamente.

—Es decir, tus pecados, en el fondo.

—Eso es. Mis pecados y *los pecados del Rey.* Me hicieron tomar 35 horas...

—¿35 horas de filosofía?

—No. Literatura, Historia, Apologética, Italiano, Metodología y Castellano.

"—*Qualis artifex!...*" —me dijo burlón.

"—*Pereo!*" —le contesté melancólico [1].

—¿Qué pasó?

—Al fin del año me enfermé, de acuerdo a aquel verso que dice:

Por no poder sufrir el ser mediocre
y el delito de no tener dos caras
al volver a mi tierra color ocre
fui castigado con torturas raras.

Me mandaron a una casa grande de la calle Vieytes, en cuya puerta hay un gran letrero que dice: *Aquí se aprende a defender la patria.* Por lo menos, yo leí así; ahora no está más. La cuestión es que yo dije: ¿Cómo voy a defender la patria si no me defiendo a mí mismo? Empecé a defenderme a mí mismo y a la Patria al mismo tiempo. El resultado ha sido quince libros de periodismo.

—¿Qué es eso? —me dijo.

—Una cosa que de existir en tu tiempo vos la hubieras hecho por pasatiempo y pasión. Creo que aun antes que existiera, vos hiciste un poco, viejo. Es un oficio nuevo, parecido al de *spazzacamini* o sea deshollinador: que es necesario que exista y alguno lo ha de tomar, pero es amargo y prosaico y no se puede hacerlo sin ensuciarse un poco.

—¿Epístolas contra los herejes, en estilo subido, que corran por todos los rincones y las lea la plebe fiel?

—Eso —le dije—. Es mi destino. Mi padre hizo eso y lo asesinaron herejemente cuando yo tenía siete años.

[1] "*Qualis artifex pereo*": frase de Nerón al morir, vulgarmente traducida: "*¡Qué artista pierde el mundo!*" (N. del A.).

Lo tengo en la sangre por desgracia, y puede que me cueste la sangre. Pero mi padre tenía cuatro hijos y yo no tengo ninguno. Yo nací para ser escritor empingorotado, entonado, solemne, conceptuoso, serio. Yo nací para traducir la VULGATA en veinte años de trabajo al castellano criollo. Tuviera yo un sueldo de tres mil pesos y pico como Culaciatti; tuviera al lado gente que en vez de picotearme me defendiera; tuviera una patria tranquila y no en inminente peligro;... y entonces veríamos. Pero por ahora, santito barbudo, vos ya sabés el refrán: un empleado de doscientos pesos, cuando se muere, asciende.

Riose con toda la barba el buen bárbaro, con esos cachetes colorados que le pintó el Caravaggio –o quien sea el autor del cuadro que tiene don Lautaro Durañona–; pero enseguida compuso otra vez la cara severa, con esa barba blanca parecido a don Juancito Gollán; y dijo:

–Bien. Pero un sacerdote es siempre sacerdote.

–Evidente.

–¿No podrías escribir en tono manso, uncioso, dulce y convencional, como cuadra a un sacerdote?

–¿Más o menos como el tono tuyo en la *Epístola 117*?

–¡Yo no era sacerdote! –se apresuró el Santo–. No me quise ordenar adrede. Yo tenía derecho a escribir como diácono. ¿Por qué no escribes tú como sacerdote?

–Muchas veces he escrito así, y sigo escribiendo la mayor parte de lo que escribo. ¿No has leído UNA SANTA MAESTRITA?

–¿Pero por qué no siempre? ¿Por qué no todo?

–A eso te respondo –le dije– con un caso de un cura amigo mío, Olaizola, que fue párroco en el Chaco santafecino y acabó secretario de monseñor Boneo, es decir, acabó curial, mala suerte. Solía andar con un bastón de estoque. Lo denunciaron al obispo. El obispo lo llamó y le dijo:

"*–Está muy mal eso. No condice con un clérigo.*

"*–Excelencia, no es nada* –respondióle él–. *No*

hay cuidado que yo mate a nadie. Yo ando con esta arma solamente a causa de los perros.

"*—Deje el arma* —le dijo el prelado—; *y si un perro lo atropella, récele fuerte el* EVANGELIO DE SAN JUAN, *«In principio erat Verbum», que es devoción probada contra los perros.*

"*—Está bien* —dijo el vasco—, *eso ya lo hago. Pero, excelencia, ¿y si hay algún perro que no entiende latín?*".

Aunque disimuló fuerte, otra vez lo hice reír al barbudo. Pero como venía comisionado por lo visto para retarme, se comidió más fiero que antes y me dijo:

—Sabiendo vos eso, sabiendo que hay gente que no te quiere nada, sabiendo que con la verdad desnuda vas a lastimar a muchos, sabiendo que estás indefenso, sabiendo que te han frito a disgustos este año, ¿por qué no das por terminada tu misión y te vas a Montevideo a bañarte en Playa Pocitos antes que te maten del todo?

—Eso me recuerda un caso...

—No quiero más cuentos.

—Uno solo. Don Juancito Gollán Zapata, un paisano mío, estaba para morir. Vino el cura a darle los Santos Óleos —lindo sacramento que ahora llaman no sé por qué, con el nombre pavoroso de *extremaunción*— y le quería hacer rezar el Señor mío Jesucristo —linda oración hispana que ahora han cambiado por otra que se llama el *pésame*. Pero don Zapata no hacía más que rezar: "*Señor mío Jesucristo, ya sabemo que todito habemo de morir. Pero si allá arriba no soy «muy muy» necesario, pero muy mucho...*". El cura se escandalizó, porque don Juancito tenía ya 87 años, y le dijo:

"*—¡Don Juan! ¿Está contento de morir?*

"*—Contento, contento, no* —dijo el viejo—. *Resignado, sí. Porque si Dios Nuestro Señor quisiera, aquí habría hombre todavía para veinte años.*

"*—¿Y para qué querés vivir más, viejo bichoco?* —le dijo el cura severo.

"*—Y... padrecito...* —dijo don Juan—, *¡para ver en que p... termina todo esto!*".

—No veo bien la aplicación —me dijo el Santo medio sonriyendo, medio amenazando.

—Ni falta que hace —le dije yo—. Yo me entiendo.

Aquí se enojó el patrón; y medio se me quiso arrimar con la vara, por lo cual yo reculé un paso.

—En tus escritos hay muchos defectos —me dijo—. Está bien que vos no los veas, porque son hijos tuyos. ¿Pero los censores? ¿Qué están haciendo los censores? Es un escándalo cómo pasan esas *palabritas*, esos nombres propios, esos chistes gruesos, esas alusiones maliciosas, esa...

—Perdón —le dije— santo mío, la verdad ante todo. No hay tal. Las alusiones las hace la malicia de la gente, no yo. Yo no conozco a nadie, vivo cautivo en un desierto peor que el tuyo, *in solitudine mentis*, como tú dijiste. Escribo siempre desde el punto de vista del planeta Sirio. Pero nunca falta un maligno o un flaco que si yo escribo, por ejemplo, acerca de la metafísica de la joroba, se vaya a su vecino que es jorobado, y no lo quiere mucho que digamos, y va y le dice: "Mire lo que escribió aquí contra usted Militis Militún. ¡Dónde se ha visto!". Y el otro, que es suspicaz, enseguida se lo cree y dice: "Soy yo". Y se pone furioso conmigo. Reverendo Santo, yo no soy tan cobarde; cuando quiero aludir a uno, le pongo todo el nombre entero.

—¡Pero el censor! —dijo el Santo con voz de trueno—. ¡El censor!

—El censor a lo mejor le pasa como le pasó a un cura de un pueblo de arriba. Tenía una cocinera que era una mujer garrida, robusta y de pujanza. La gente, que nunca falta un calumniador, decía que la Quillotana, que así se llamaba, estaba muy lejos de tener la edad canónica. El cura no les hacía caso, porque era un cura tan cansado que se dormía como un tronco al poner la oreja en la almohada, diciendo la oración de San Casiano: *"Vivere non possum; et fornicare potero"*. Incapaz de arruinar a nadie el pobre y menos a una huérfana y parienta. Pero la gente, de eso ¿que sabía? Jamás los feligreses saben los cansancios del cura: para murmurar de él creen que es de carne, para aprovecharse de él creen que es de piedra. Un día un beatón

de esos que se comen los santos puso un anónimo en el pasquín del pueblo, a causa de que el cura no lo nombró presidente de los Cayetanos, un anónimo en verso sobre la Quillotana y el cura, que no lo pongo aquí solamente porque no me acuerdo, y, además, porque estoy hablando con un Santo. El cura lo encontró un atardecer a la puerta de la Iglesia y le pegó una pateadura jefe.

Sucedió que ese mismo día llegó el obispo, que no pasaba visita hacía ocho años —no el de ahora, que es un gran tipo, le estoy hablando de hace años— y el cura dijo: "*Estoy perdido*". Se formó una comisión de damas y otra de caballeros —caballeros es un decir, la gente de allá monta en mula— para ir a alcahuetiarle al obispo los hechos del cura. El cura se encomendó a las ánimas benditas. Era un obispo de esos que no escuchan razones.

Le reservó a su excelencia la mejor cama, quiero decir la única; él se acostó en un ijar en el mismo cuarto; pero se olvidó de ponerle mantas, que tampoco le sobraban. En aquella parte refresca bárbaramente de noche, es una meseta. El cura se recordó a media noche y lo siente al obispo déle vueltas en la cama muerto de frío. Tuvo una idea luminosa.

"*—Eminencia, le dice, perdón, no me acordé que usted no está hecho al frío. ¡Qué bruto que soy! Un momento eminencia, le vi a traer mi quillotana!*".

Va el cura y trae una rica manta de vicuña, que le habían regalado en Chile, se la puso al obispo, lo arrebujó como una madre y no cesaba de decir: "*Con esta quillotana ya verá como va a dormir. Es mucha cosa esta quillotana*". Y repitiendo quillotana por arriba y quillotana por abajo, lo arrebozó a su excelencia y se durmió de nuevo.

Al otro día cayeron las dos comisiones de alcahuetes a ver al obispo y no sabían cómo empezar. Empezaron preguntándole cómo estaba su ilustrísima y cómo había pasado la noche. El obispo le dijo:

"*—Bien. Muy bien. Al principio tuve mucho frío. Pero a eso de la medianoche se levantó el señor cura,*

me trajo su quillotana, me la puso en la cama, yo me conforté y me dormí como un santo de Dios".

La comisión se quedó más seca que si le hubiesen pegado un tiro. A una señorita se le escapó un gritito y la secretaria de las Ineses se *insultó,* como dicen allá arriba, es decir, se desmayó. Todos se miraron azorados. Al fin, el presidente de los Vicentinos le dio con el codo a la presidenta de la Acción Católica y le dijo en voz alta y lindo tonito salteño:

"—Vámono señora, que aquí por lo visto el obispo y el cura ¡son de la mesma familia!".

Apenas conté eso, se levantó San Jerónimo y yo creí que me iba a pegar; pero el viejo se había agarrado la panza con las manos y estaba a las carcajadas que parecía que iba a estallar como una traca.

—¡Qué bueno! ¡Qué bárbaro! —decía—. ¡Qué animal! ¡Qué bien! ¡Qué bestia! ¡Qué gracioso! ¡Qué salvaje! ¡Qué exacto! ¡Lo mismo que en mi tiempo! Una parecida le hice yo al papa San Dámaso I, que me costó dejar Roma y tener que irme a Palestina.

—Reverendísimo Santo —le dije— a mí me pasa igual exactamente. Mi censor, que Dios lo bendiga y conserve mil años, y yo ¡somos de la misma familia! En realidad, lo mismo que el obispo y el cura, que eran dos santos varones, pero santos humanos y no divinos.

San Jerónimo cesó de reír y me dijo:

—Está muy mal. Ese cura, por de pronto, era un testarudo imprudente.

—Exacto —le dije—. Pero el pobre se dio cuenta del peligro que había pasado, y al otro día despidió a la cocinera, que quedó sin trabajo y mucho menos segura que antes. Y empezó a cocinarse solo. Que es lo que me pasa a mí. Me tengo que cocinar solo, me tengo que curar solo, me tengo que limpiar la alcoba, me tengo que llevar las aguas sucias en un gran balde a una cuadra de distancia por un corredor lleno de seminaristas, que son la gente más maleva que existe. ¡Y después pretenden que haga cosas nobles, remilgadas, atildadas, superferolíticas, con olor a loción Cotí, y eso

a razón de 53 por año además de cuatro o cinco más oficios!

Apenas dije eso, blandió el Santo la vara y me amagó un huascazo que si no me atajo con una pata —y me desperté todo sudado— el tipo me saca un ojo.

Por qué lo hizo no lo sé. Los santos son perfectamente incomprensibles en sus caminos. La historia es que la pata derecha me quedó dolorida, y hay días que me duele a rabiar y tengo que ir a clase en cuatro colectivos completos que ¡casi preferiría ir en cuatro patas!

Éste es, lector, mi prólogo con morrión, que puedes tener por histórico si quieres; pero que en todo caso te certifico que no dista ni un tranco de chimango de la pura verdad teológica.

Militis Militún.

Arte poética

Reniega una vez más tu fortuna
da de mano las frases bellas
y cual los perros a la luna
di tu verdad a las estrellas.

Di tu verdad maguera pobre
tu verdad por ahora dura
al gran dombo de ónix y cobre
de tu cielo de noche obscura.

La verdad que antes iba al lado
de la poesía, virgen ruda,
tan fuerte como un hombre armado
o como una mujer desnuda.

Acosado en el brete fiero
por la Patria y la Iglesia Unica
¡oh Jeromio, compra un acero
aunque debas vender la túnica!

Has sonar tu rudo montante
en vez de fina lira de oro
contra la estupidez campante
¡la estupidez testuz de toro!

Contra el goliat patas de cabra
que hizo viuda tu vida recia
saca un gran guijarro del abra
de tu odio a toda cosa necia.

[illegible] Dios a la usanza añeja
[illegible] coraje que consejo
vivir bien es cosa compleja
morir bien es derecho viejo.

¡Ah!, *crên* que yo soy un artista
¡ah!, *crên* que soy un literato
me dan consejos; que me vista,
que me presente hecho un retrato...

¡Ah! No es un cisne nacarado
con tornasoles en el ala
es un carancho aprisionado
mi alma que Dios acorrala.

Sea tu verso un gesto viril
y no una actitud escultórica
de alma y carne, no de marfil...
y todo lo demás es retórica.

Epístola de Hernán de Alhama al autor del libro

A las gallinas de la compañía
les ha nacido un pato por ventura;
ellas lo picotean a porfía
y él no puede cambiarse la natura.

Les ha nacido un singular patito,
han incubado un ser diverso dellas,
sólo atinan poner al cielo el grito
contra el hijo del sol y las estrellas.

Han hecho todo contra el ave rara
ya no les queda más sino matarlo;
han hecho todo, han hecho todo para
despalmipedizarlo.

Muera el desemejante a nuestra gente
clama febril la gallinal ralea;
muera el bicho profano y diferente
que ama nadar y nunCA CACArea.

Que se cambie al instante el descastado
o muera si no cambia ya enseguida
hay que matarlo porque es un pecado
un pecado mortal contra la Vida.

Pero el bicho sin pico ni espolones
—Dios lo ha provisto de defensa lista—
entra en el mar, navega tres tirones
y los pierde de vista.

Y las gallinas de la compañía
que han incubado un singular patito
arman al borde magna gritería...
Y el otro está surcando el Infinito.

Hernán de Alhama.

Respuesta poética de Militis Militorum a Hernán de Alhama

El auténtico mar azul y verde
que se dejó abrazar esta mañana
por mi sed incesantemente vana
de viejo jugador al ganapierde

Me hablaba así: "*Nadante sin estilo,*
¡oh tú predestinado al mar salado!
¡Si vieras cómo yo te he sopesado
en esta danza en que te llevo en vilo!

"Pues antes de nacer ya fuiste mío.
Yo puse en ti mi marca indestructible
y la cita a la unión de mi terrible
regazo frío con tu cuerpo frío.

"Yo fui quien puso sal en tu saliva
y en tu ánimo aparentemente pigro
fui yo quien puso un tiemble de agua viva
y ese amor al deporte con peligro.

"¿Por qué si no tu vida hoy en recodo,
vida que juega espadas contra cetros
fue siempre lucha en que se arriesga todo
nadando solo, en fondo cinco metros?

"¿Quién te enseñó, eremita cejijunto,
sin remo a navegar, motor ni vela,
y el gay saber de combinar a punto
audacia loca y racional cautela?

"¡Oh extático cansancio pero vivo
de espaldas suspendido al sol de llama
tragando en fría y peligrosa cama
el doble azul triunfante y excesivo!...".

Esto decía en su decir curul
(aunque es claro que en verso siempre pierde)
solemnemente bajo el dombo azul
el Atlántico Mar azul y verde.

Militis

El Estado y la escuela primaria

El señor ministro de Hacienda, en su alocución de la Bolsa de Comercio, se quejó del abultado presupuesto de la instrucción primaria. Todo el país se queja de la instrucción primaria por boca de sus hombres sabios, capaces de juzgarla, y de la gente del pueblo, forzada a sufrirla. Ella resulta generalmente hablando por un lado escasa; y, por otro lado, molesta, pamplinera, utópica, ineficaz para la vida, inadaptada, v en algunos casos probablemente dañina. Muchas madres pobres resisten a mandar sus criaturas a la escuela oficial del barrio, porque simplemente conocen a las maestras, al director o el ambiente de la escuela; y sólo ceden ante la fuerza de la ley, la cual, en este caso, pisotea una conciencia.

La enseñanza primaria es un hueso roto del país, que no entrará jamás en camino de salud mientras no se ponga en su puesto, se entablille y se deje soldar en calma. Antes de eso, todas las cataplasmas que se le apliquen han sido, son y serán inútiles. Y la fractura consiste en la violación de un principio de derecho natural, el derecho de los padres a educar a sus hijos, menospreciado por el Estado liberal en su pretensión monopolizadora de la Escuela. El Estado no está hecho para ser pedagogo, sino para hacer marchar derecho a los pedagogos, lo mismo que a todos los demás oficios particulares, los cuales no debería tratar de ejercer por sí mismo, a no ser en función extraordinaria y supletoria. Su misión es general; y su objeto formal no es ni la Ciencia ni la Cultura ni el Saber, sino el Orden y la Justicia.

La solución vital del problema de la escuela primaria está en descongestionar la carga artificial del Estado trasladándola por partes a sus instancias naturales a saber: la iniciativa privada debidamente estimulada, dirigida y controlada. Existe un proyecto de ley del doctor Juan F. Cafferata, un estudio del ex ministro doctor Celestino Marcó y un fugaz conato de ensayo tentado —si no nos engañamos— por un gobernador de Corrientes.

La solución de este problema es, en cierto sentido, más urgente que la misma enseñanza religiosa, porque se trata de una cuestión de justicia por un lado y de economía por otro. Si el Estado en vez de obstinarse en construir edificios escolares, manejar —o manosear— maestras, y producirlas en cantidad grandísima y en calidad insuficiente, lograra transferir prudentemente esas tareas a la iniciativa privada por medio de subsidios, inspecciones y sanciones... ¡qué triunfo! Se sacaría de los hombros una carga ya insoportable —y claro está que si le permiten a Bemberg pagar los impuestos a la herencia que él quiera, más insoportable *in dies*—, se sacaría de la conciencia una grave responsabilidad, y del catálogo de los flagelos nacionales la preocupación desaforada y lamentable del "puesto" de las maestritas normales vacantes, las cuales empezarían a valerse a sí mismas, y a prepararse bien, en consecuencia. Maestros correntinos bien comidos, maestros argentinos respetados, maestras que se hacen su escuela en vez de ambular por una cuña, directores que entablan saludable concurrencia, el control directo del padre de familia sobre la formación de sus hijos, la inspección que se vuelve lo que debe ser, es decir, la regencia de una instancia inferior por una superior, y no el absurdo de ahora, el Gobierno que se inspecciona a sí mismo, es decir, que no se inspecciona un cuerno... etcétera, etcétera, etcétera. Éste sí que sería un famoso nudo gordiano.

Puesto que parece que hemos entrado en el estilo clásico de desatar los nudos gordianos, roguemos a la

Providencia de Dios, y al Arcángel Custodio por ella deparado a la Argentina, por este necesario y salutífero tajo.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 278, 6 de julio de 1943.

Fiestas escolares

A medida que se va perdiendo en nuestro país el sentimiento de lo sacro, se han ido multiplicando las fiestas seudosacras sin contenido sacro; a causa de la ley biológica que dice: *paso a paso disminuye lo vivo, aumenta lo automático.*

A principio de este siglo, la Iglesia redujo por una razón misteriosa sus fiestas de precepto. Fuera de los domingos quedan 10 fiestas: 5, de Nuestro Señor; 3, de Nuestra Señora; y 2, de los Santos. Al mismo tiempo el mundo liberal empezó a multiplicar las suyas: fiesta del Árbol, fiesta del Trabajo, fiesta de la Madre, fiesta de San Martín, fiesta de Belgrano, fiesta de Mitre, día del Empleado, día del Ciego, día del Leproso, centenario de Goethe, centenario de Copérnico, centenario de Voltaire, conmemoración de la Bandera, ídem del Himno, ídem de la Escarapela, homenaje a Alem, homenaje a Hernández, homenaje a Lugones, funeral cívico a... etcétera.

No se puede hacer reír a la gente por decreto; tampoco se la puede hacer sentir. Un hombre puede llevar al río un caballo; pero ni diez hombres pueden hacerlo beber si no quiere. Crear una verdadera fiesta es más difícil que eso. La más antigua fiesta cristiana es *"la Cena del Señor"*. Se reunía la comunidad cristiana a comer, a recibir el Sacramento y a *comulgar* entre sí, es decir, a poner en común sus ideas, sentimientos e intereses bajo el fundente de una misma fe. Se encontraban entre ellos para encontrarse a sí mismos a la luz de una creencia común y trascendente. Ése es el tipo de toda fiesta verdadera, que se basa en

una necesidad y se cumple en la recepción de un don espiritual, el cual por el hecho de recibirse aúna y unifica todas las individualidades. Cuando la muchedumbre de Roma confluye sin ningún mandato a la Plaza Venecia sabe que va a oír del Dús una cosa que no sabe, y que después de oírla se va a sentir unificada, se va a sentir parte de algo grande y eterno —que es sentirse feliz— y va a creer firmemente que existe *un'orgoglio d'essere italiani.* Por lo menos ésa es la impresión que tuvimos en Roma cuando llegó del Brasil Italo Balbo y su escuadrilla. No hubo ningún decreto de "feriado". Hubo un confluir espontáneo de multitud en arroyos materialmente irresistibles. Hubo una especie de liturgia profana, sumamente eficaz, natural y emotiva, de toque de trompeta, anuncios de que el Duce viene, lectura de comunicados del Gran Consejo, movimiento de heraldos, de introductores y de escoltas que caldeaban una tensa expectativa. Hubo después una palabra sumamente breve y terriblemente asimilable. Después, cuando la multitud se desgajó lentamente hacia sus casas, cada uno de nosotros era diferente de antes a causa de la comunión de esa Palabra.

Días pasados presencié una "concentración escolar" en un pueblo de la provincia, no recuerdo si en honor de la Bandera o del Patrono del pueblo. Una inmensa bandada columbina de criaturas vestidas de blanco soportaba bajo un cielo gris cargado de resfríos y neumonías las palabras de un señor que no tenía ninguna palabra que decir a los niños —los cuales no lo entendían, ni siquiera lo oían—; ni a los adultos, los cuales estaban ausentes; excepto las sacrificadas maestritas al último extremo de sus nervios en la tarea absolutamente imposible de mantener calladas y quietas a las nenas y nenes. Cinco monjitas —que tienen en una especie de castillo derruido, propiedad de San Vicente de Paul, un colegio gratuito de 300 niñas— me confesaron que las fiestas constituían para ellas un dolor de cabeza de proporciones trágicas, pues por ser religiosas y pobres están obligadas a todas las fiestas religiosas y a todas

las fiestas civiles, sin poder desobedecer en forma alguna a la incontinencia fiestera y discursiva del párroco y del intendente.

Así, pues, no deben multiplicarse más las fiestas escolares –y esto sí puede hacerse por decreto–; antes bien debe tratarse de dar un contenido real a las ya existentes.

Un contenido real quiere decir un efecto intelecto-emocional educativo, o sea en el fondo un significado sacro. Toda fiesta que no tenga eso, sobra.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 286, 14 de julio de 1943.

Libros de texto

Abaratar los libros de texto... Un amigo aquí al lado me dice que habría que encarecerlos para que así desaparecieran. Pero no desaparecerían, porque los libros de texto malos los impone la ineptitud del Maestro, la venalidad del Inspector y el logrerismo del Librero, y ¿quién corta esa trenza de tres mientras no desaparezca la mecanización de la escuela? Si la escuela fuese más libre, no podría existir esa plaga, como en una colmena fuerte no hay polilla. Es imposible que 70.000 padres de familia aunque sean idiotas —y ningún buen padre lo es respecto de sus hijos— coincidan todos en elegir una idiotez determinada, si no se la imponen.

Para abaratar los libros de texto habría dos caminos: primero el *texto único*, elegido en concurso por el Estado, como han hecho algunos países europeos. Este sistema pertenece a lo que llama monseñor Franceschi "*despotismo ilustrado*" y tiene inconvenientes; por ejemplo, la rigidez de la medida y el riesgo de una equivocación dañina. El otro camino sería escarmentar seriamente a algunos inspectores, maestros y libreros coimeros. Pero ¿cómo se prueba eso? La manera de dar la coima se ha llevado a la perfección de un arte sutil, que no deja rastros, como pólvora sin humo. Algunos inspectores son "asesores" de casas editoriales, asesores honorarios, por supuesto; otros han escrito ellos mismos un libro de lectura "en colaboración". ¿Qué pecado puede haber en eso?

Tengo ante la vista un libro de lectura para segundo grado, del que me dicen se han vendido 70.000

ejemplares y se prepara otra edición de 100.000. Es un libro lleno de dibujos y colorinches de pésimo gusto, con un texto dulzón perfectamente idiota, a un precio desproporcionado. Versos malos y prosa peor, sentimentalismo y moralina, los grandes temas literarios de la humanidad, como las fábulas de Esopo y las parábolas bíblicas, "adaptados" al niño por una pluma ñoña y atrevidísima. Me dice mi amigo que no denuncie el nombre, porque la autora no es la única ni tampoco la peor. ¡Pobres criaturas!

Esto es lo malo: las criaturas; que si no, yo no me gastaba en una nota porque una directora gane 10.000 pesos y un editor 100.000 con un libro inepto. Total, para mí no iban a ser —como dicen los paisanos— y otros roban más y encima me molestan, como el *trust* de los transportes. Si uno fuera a indignarse en este país con todos los que *hacen* dinero sin rendir provecho, estaba listo. Pero en este caso lo que lastima es la conexión del dinero malganado con esa cosa sagrada que es la mente del niño. ¡Qué se enriquezcan en buena hora los diputados! El macaneo de los diputados no hace daño a nadie —el Concejo Deliberante era hasta divertido—; pero el macaneo de los maestros lo absorben indeleblemente los niños. Que adulteren el whisky, pase; pero que no adulteren la leche.

Libros de texto llamaban antes —y es el verdadero nombre, porque estos de que hablamos son "manuales"— a una colección de trozos preciosísimos de los antiguos sabios, salvados milagrosamente de las destrucciones bárbaras, y sobre los cuales los doctores medievales reconstruían trabajosamente la inmensa cultura helénica sumergida. Sobre esos collares de fragmentos meditaban y después comentaban los doctores. El más famoso fue el LIBRO DE LAS SENTENCIAS de Pedro Lombardo, que fue el libro de texto de teología de Tomás de Aquino, antes que éste compusiera su propio libro, la SUMA TEOLÓGICA. Para comentar y entender aquellos textos había que saber mucho. Aquí hacemos textos para maestros y alumnos que quieren saber poco y trabajar poco: desde los "apuntes" del

profesor de facultad que sirven para dar exitoso examen, pasando por los terribles manuales del bachillerato, hasta los libros de lecturas fáciles adaptados a la mente del niño fácil. Con razón dice mi amigo el maestro aquí al lado: "*Los argentinos no somos entendidos en libros; pero somos entendidos en encuadernaciones*".

¿Llegará un día en que los niños criollos aprendan a leer y a sentir sobre los Obligado (Rafael y Carlos), Lugones, Hernández, Cervantes, Fray Luis y el coplero criollo; y los universitarios aprendan a pensar sobre el duro Aristóteles y el enigmático Hipócrates, o por lo menos Pasteur y Bichat, Einstein y Euler?

Ésos son libros de texto.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 308, 5 de agosto de 1943.

Medioletrados

Ese consejo repetido y categórico que da a sus monjas Santa Teresa en uno de sus libros (CAMINO DE PERFECCIÓN) de tener "*confesores letrados*" y desconfiarle muchos a los "*medioletrados, los cuales me han engañado hartas veces*" —dice ella—, es un consejo que siempre nos ha llamado la atención: luego era posible en tiempos de la Santa, incluso a monjas sencillas, distinguir los letrados de los semiletrados. Pues bien, he aquí la diferencia capital de aquel tiempo con el nuestro. En nuestro tiempo ya no es posible. ¿Quién puede hoy distinguir un gran médico de un matasanos facundo? No por cierto la gente sencilla. Y de esto nacen muchos males.

En aquel tiempo los letrados eran raros y ser letrado o sea *doctor* era una cosa seria: doctor era el *capaz de enseñar* una ciencia; o bien todas las ciencias armadas en sabiduría. El capaz de enseñar es el que *sabe* (sabor), el que posee una disciplina en *habitus* vital, el que la abarca entera y perfecta dentro de sí o mejor dicho ambula él adentro de su orbe. Son gente rara. Ven todo el mundo a través de su ciencia, la hallan en todas partes, se *hallan* con ella, y están haciendo allí continuos descubrimientos, en luna de miel o noviazgo perpetuo. Esta gente es muy rara (en el sentido de *escasa* y de *preciosa*); no sirve para otra cosa, y tienden a juntarse entre ellos para poder pelearse mejor, por lo cual la cordura antigua los reunió a vivir juntos en un *claustro*, y lo que resultó de ahí llamóse Universidad o Estudios Generales. Vestían especiales togas, llevaban un anillo al dedo desposados

de la Sophía, casi todos eran solteros; si eran curas, el Emperador o el Papa fácilmente los hacían obispos, y los Reyes los codiciaban para sus Reales Juntas, en tanto que ellos nada codiciaban más que su celda, sus discípulos y sus pergaminos, y no obstante les sobraba plata para hacer limosna. Los llamaban *doctores*, que significa *enseñadores*. Tenían bajo sí a los *repetidores*. Eran pocos, ya lo dije. Hoy día con el progreso moderno todos somos doctores.

Los *repetidores* eran los *medioletrados*, como un servidor de ustedes. Son tipos con fluencia de parola —en tanto que los doctores casi todos son tartamudos—, capaces de agarrar rápido las ideas, explanarlas, exponerlas, hacerlas interesantes, vulgarizarlas. Son los que tienen, como dice el hispánico, *facilidad*. Las doctrinas difíciles de los maestros en sus bocas devienen fáciles; las oscuras se vuelven claras; las técnicas y duras se hacen amenas; las diversas se homologan y contactan. Los discípulos aman a este hombre brillante, claro y seguro —sobre todo los discípulos más discipulares—, mucho más que al doctor pesado que lucha y forcejea: que sabe solamente las cosas como son, y no sabe el modo de decirlas lindo; que se repite, que no "construye", que no tiene "forma". El Repetidor es necesario. Pero antaño dependía del Maestro, del hombre enamorado de la verdad, absorto con ella, distraído, desatento y desdeñoso.

¿Qué ha pasado en nuestro tiempo? El Repetidor tomó los comandos. Dicen que es parte de un fenómeno general llamado *rebelión de las masas*.

El Repetidor corre hoy el mundo bautizado "Conferencista", y los Doctores dependen de él y deben estudiar para suministrale "ideas". Las ideas del Conferencista divierten a la gente; y la gente paga a quien la divierte, no paga a quien la educa o la salva. Generosamente el Conferencista le da limosna al Doctor. El Doctor escribe un libro, pongamos de filosofía, y pasa lo siguiente: el editor lo estafa, el público no lo lee y en La Prensa un anónimo irresponsable que no sabe filosofía lo critica ferozmente porque usa "*neologis-*

mos retorcidos". Pero viene el Conferencista, toma tres ideas del libro, hace tres conferencias y le pagan $ 1.000 cada una en el Jockey Club, con lo cual le pasa al Doctor $ 50 para que siga viviendo y el mundo mal que bien sigue marchando... más vale mal que bien.

Esto pasa en todo el mundo, lo cual para muchos no deja de ser un consuelo. Lo especial de nuestro país es que la enseñanza argentina se ha especializado en la producción de medioletrados, y eso en tal cantidad que ya no es posible distinguir entre ellos al Letrado. La mistificación constituye una de las más agudas epidemias nacionales; y eso pasa indefectiblemente cuando en el dominio de las letras mandan los medioletrados. La mistificación es una de las clases de mentiras más peligrosas, peor que la moneda falsa.

De modo que las monjitas de Santa Teresa, si llegan a vivir en estos tiempos y estas tierras, estaban listas con los *medioletrados*.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 293, 21 de julio de 1943.

Universidad

En un libro un poco cínico, pero veraz (REFORMA DE LA UNIVERSIDAD), el doctor Enrique Gaviola ha dicho las palabras más incisivas y certeras acerca del tema, siendo él mismo un experto en universidades. Se conoce que es un gran profesor de física, porque toda la *física* de la universidad está sopesada y calculada en formas tan descarnadas y convincentes como las matemáticas.

Yo no creo en la reforma de la universidad argentina, sobre todo después del fracaso de Mussolini. El problema es tan ingente, que sería necesario para resolverlo otro Mussolini; y Mussolini no hay más que uno, y ése ha fracasado, según dicen en la calle. Fuera de bromas, modestamente debemos desear por ahora el *adecentamiento* de la universidad, lo cual consistiría en un orden externo —porque un *espíritu* no se crea de golpe y la Universidad padece deficiencia de espíritu—, en una austera disciplina formal que permita a los buenos profesores trabajar al lado de los malos, ya que dice Alfonso el Sabio que la ley se ha inventado para que los buenos puedan vivir en medio de los malos. La ley puede eliminar los absurdos y los monstruos; pero no puede más allá de eso. Las universidades no fueron creadas por leyes. El monje Roberto Sorbón, el creador de la Sorbona, no hizo ninguna ley.

Claro que el que gobierne la facultad debe ser un buen profesor. Un buen profesor universitario es un sabio. Un sabio no es todo hombre que ha escrito un libro, sobre todo si lo ha escrito para sacar el Premio Nobel. Para ser un sabio en la Argentina (es

decir, dedicarse a la investigación, o como decían más noble y exactamente los antiguos, a la *"contemplación"*) hay que resistir, según Gaviola, a las siguientes contras: *1.* A la tradición desfavorable; 2. A la mala organización del aula; *3.* A las muchas horas de clase que se exigen; *4.* A los sueldos exiguos; 5. A la falta de aprecio del público; *6.* A la ausencia de estímulo oficial. Agreguemos nosotros *"los dolores de cabeza e indigestiones de estómago"*, que según el inmortal Cervantes son patrimonio del estudioso. ¿Qué es este hombre? Dice Gaviola que es un lunático. Yo digo que es un monje. La Universidad Argentina podría ser salvada por los monjes, si hay hoy en la Argentina monjes verdaderos.

Lo malo es que eso iría contra la democracia, es decir, contra el laicismo. Si entraran frailes en la enseñanza oficial, se pondrían todos a enseñar "la inmortalidad del alma" —como decía temblando *La Malguardia* con ocasión del nombramiento de uno—, lo cual no sería tanto, pero lo peor es que se pondrían a hacer adentro "política clerical". Política clerical, digamos la verdad, es una cosa que ha existido en el mundo; y existe y existirá siempre una política eclesiástica —¡y cuán peligrosa es, incluso para la Iglesia!— porque la Iglesia, como cuerpo terrenal, tiene su gobierno. Hay, pues, ese peligro. Ese peligro se eliminaría si los monjes enseñantes fuesen verdaderos hombres de ciencia, porque el hombre de ciencia es un *lunático* que está por debajo o por encima de toda política; y está inmunizado, o mejor dicho, inutilizado para ella por su misma lunancia. Si por no afrontar el riesgo de la política clerical se excluye a los sacerdotes de la enseñanza, por el mismo hecho se abre la puerta a los judíos, los cuales tienen otra política clerical —anticlerical— que es mucho más peligrosa todavía, porque va a contrapelo del alma de nuestra nación. Ésta es una ley de comprobación empírica inmediata, como que se ha verificado en la Argentina ante nuestros ojos. El laicismo está desarmado ante los judíos,

porque tanto los monjes como los judíos son fenómenos teológicos.

La cuestión estaría en saber si los superiores de los monjes disponen de monjes que sean hombres de ciencia. Yo creo que no. La segunda pregunta es si están dispuestos a formarlos para bien de la patria con gran sacrificio y dispendio. No lo sé. Entonces todo esto es un puro sueño. Así es. Pero un sueño que tuvo Menéndez y Pelayo y lo estampó en su LA CIENCIA ESPAÑOLA. No le hicieron caso y en vez de fundar dos conventos de benedictinos sabios, que se dedicaran a investigaciones, la Monarquía Liberal Española fundó La Institución Libre de Enseñanza que, dedicándose a la política clerical judía, en poquísimo tiempo ensució de herejías la mente española, hasta el extremo de exigir un terrible lavado de sangre, después de eliminar a la misma monarquía.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 319, 16 de agosto de 1943.

Profesorado

Los profesores que no sirven más que para profesores no sirven tampoco para profesores. Si usted se propone formar tal cosa, sacará un profesor bueno por cada cien; pero si usted se propone formar hombres que, además de serlo plenamente, conozcan a fondo una disciplina mental, muchísimos saldrán capaces de enseñar esa misma disciplina, porque una de las cosas —pero no la única— para la cual sirve una ciencia es para enseñarla por dinero. Pero si sirve para eso sólo, es una falsa ciencia.

Un partido político, una secta ideológica o un déspota pueden intentar monopolizar la enseñanza en favor propio, o en favor de una causa temporal —aunque sea buena— cortándola de su más alta ordenación que es el servicio de la Verdad: entonces la enseñanza se ameniza, se esclerotiza y al fin se pudre.

La Tercera República Francesa, sobre todo en su último estadio frentepopulista, había fraguado el ideal del profesor que fuese una especie de "genízaro de la democracia": por un lado asegurarle el *puesto* a la presentación del diploma, por otro exigirle la repetición talmúdica de la ideología gubernativa, convertida en una especie de religión monstruosa. Las partes sanas de la gallarda alma francesa se resistían heroicamente a esta tentativa de encadenamiento mental cuando se produjo el colapso de la guerra. El profesor socialista converso Charles Péguy fue uno de los adalides de esta resistencia a que la Escuela Normal Superior de París se convirtiera en una suerte de convento de lamas del Tibet, especie de guanacos del

ateísmo, mascadores y escupidores. Heroicamente resistían porque la suerte les era adversa y veían que iban a la derrota; pero su derrota era la derrota de Francia.

Entre nosotros no conviene que se multipliquen sin más los institutos de profesorado mientras no se lleve a perfección el de Buenos Aires, sobre el cual se calcan los otros. Opino que nuestro instituto bonaerense —al cual estoy ligado incluso por gratitud— es actualmente una cosa a medio hacer que debe ser completada. Hay que asegurar a sus egresados una justa equidad en las oportunidades de conseguir cátedra, frente a los egresados de la universidad; pero hay que asegurarles ante todo una enseñanza que los haga capaces de hablar, escribir, pensar, estudiar y enseñar; y no sólo de repetir maquinalmente su propia "asignatura" sobre todo si ésta se redujera al mero recitado de "apuntes" de los profesores o del último manual o "libro de texto".

Para esto se impondría un reagrupe de las secciones en los primeros años y quizá el aumento de un año de estudios. No se puede tomar a nuestro bachiller, con su pobrísimo bagaje, y lanzarlo abruptamente a una superespecialización. Un profesor liceal debe ser un hombre de cultura general sólida y equilibrada, que *además* sepa enseñar matemática, latín, historia o zoología. Para esto último sobra con dos años de estudio intenso, en un hombre con base intelectual; pero no bastan ni diez años si falla esa base.

Todos los alumnos de las once secciones necesitan una sólida formación general, a base de lenguas, letras y filosofía —es decir, humanidades— en los tres primeros años, al mismo tiempo que comienza el entrenamiento de su *materia* particular. Se imponen las clases comunes al principio, con lo cual hasta plata saldría ganando el Gobierno. Los diplomas tendrían mayor prestigio y valor si no fuesen de "materias" —lo cual es un absurdo— sino de *disciplinas* mentales, como sería, por ejemplo: ciencias matemáticas, ciencias naturales, ciencias morales y filosóficas, letras.

Pero antes de todo esto, hay que saber si se quiere

o no se quiere tener una escuela adulta de profesores medios. Y hay que querer tenerla antes de querer multiplicarla, porque lo contrario sería querer casar a un impúber.

Aquí falla el argumento de Gaviola [2], expuesto en la pág. 84 de su libro REFORMA DE LA UNIVERSIDAD, de que multiplicando los institutos sin cuidar su calidad y atrayendo a ellos con la promesa ilusoria de un diploma lucrativo, se "desparrama cultura". Lo que se desparrama son abortos, es decir, almas apocadas, incapaces y resentidas, cuando no profesionales inmorales.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 323, 25 de agosto de 1943.

[2] Salvando la mente del distinguido físico y filósofo, el cual no da por suyo el argumento sino que lo pone en boca de un personaje dialogal (N. del A.).

Reconocimiento

El profesor, inspector y distinguido escritor Arturo Cancela ha hecho entre nosotros desde la prensa diaria una larga y sensata campaña pro formación de buenos profesores. Su tesis era que no habrá reforma posible de la enseñanza sino por medio de la formación de buenos profesores, porque la escuela es el maestro y el maestro es la escuela. Su tesis la probó hasta la última evidencia; pero en la cuestión de cómo procurar buenos profesores no ha estado nunca tan claro. Dice que hay que dar al profesor un estatuto legal; lo cual cierto no es malo y en la Argentina falta. Pero, créame el colega y amigo, los estatutos solos no crean vocaciones ni hacen a los hombres buenos. Probemos por ejemplo de dar un estatuto legal a los usureros; o para no ir tan lejos, solamente a los comerciantes. En cambio, unas cuantas multas a tiempo aplicadas por este gobierno, hemos visto cómo han puesto de golpe en fila a todos los mercaderes; por lo menos, a los mercaderes chicos.

El hombre bueno se forma en la meditación y en la lucha, y se gobierna por medio de responsabilidad, premio y castigo. El profesor bueno no es hechura de ningún gobierno, ni democrático ni nazifachista. Desde el Divino Maestro de los hombres, Cristo, hasta la santa viejita doña María de la Plaza de Arias Moreno, ningún maestro bueno del mundo ha sido propiamente hechura de ningún gobierno, aunque un buen gobierno debe saber usar de ellos y reconocerlos entre millares. Así como el olmo —sin ofensa para el olmo— no puede dar peras, y así como un toro Shorthorn

por mucho que valga— no puede engendrar cisnes, así no está en la naturaleza del gobierno político engendrar educacionistas, sino solamente *reconocerlos*; es decir, discriminarlos, honrarlos, protegerlos, conservarlos y hacerlos rendir el máximo. ¿Les parece poco? El error contrario, llamado por los expertos *la leyenda del Estado Enseñante*, ha impedido y retrasado por muchos años el progreso de la enseñanza argentina.

La lucha —decía el viejo Heráclito en su altiva sabiduría— es la madre de todo progreso. El único medio de que los profesores buenos vayan poco a poco boyando por encima de los malos y ocupando *el recto puesto del hombre recto* es establecer una concurrencia leal y continua en el seno de la docencia, en vez de la actual apatía inerte y mezquina discordia. En la actual organización no hay concurrencia sana entre la enseñanza incorporada y la fiscal, porque la primera está sometida y encadenada rígidamente a la segunda; y tampoco la hay en el seno de la fiscal, porque prácticamente el profesor hace lo que quiere y en la mesa de examen, en virtud de un convenio tácito de camaradería o compadrazgo, generalmente se pone la nota que él quiere. En mi experiencia de 14 años de profesor puedo atestiguar esto: que cuando era profesor "incorporado" era buen profesor —¡oh juveniles años veinticinco llenos de ilusiones!— y estaba controlado tan agarrotadamente que no podía enseñar bien, ni siquiera vivir; y ahora que soy profesor del Gobierno, soy mal profesor —¡oh canas mustias de los desengaños!— y el Gobierno no me controla un jerónimo. *Cosí é (se vi pare).*

El gobierno del general Ramírez ha producido el 27 de agosto un decreto que marcará época en la enseñanza argentina, y abrirá una brecha de progreso en este triste y rutinario estado de cosas: el "*reconocimiento*" del Colegio del Salvador, el más antiguo colegio de la Argentina —¡qué digo!—, el primer colegio secundario que hubo en América del Sur. "*Reconocimiento*" llama en su artículo 71, la *Lege orgánica do ensino dos Estados Unidos do Brasil* hecha por Vargas en el año

1942, a la autorización concedida por el gobierno a los establecimientos de reconocida responsabilidad para gobernarse por propio estatuto, tomar sus propios exámenes, y expedir sus diplomas, todo ello —por supuesto— bajo seria inspección y sanciones rigurosas. Los brasileños no han inventado este *ensino*, sino que simplemente han imitado tímidamente a los otros Estados Unidos de América, sus aliados de hoy, donde una generosa política de docencia libre y controlada ha suscitado un florecimiento increíble de institutos privados de gran potencia, que a su vez han levantado —por sana emulación— a toda la enseñanza estatal, que allá ocupa un simple rango de complementaria. Tampoco los Estados Unidos han inventado esto, mas lo han heredado de la vieja Inglaterra, que tiene hoy por hoy —y aún haciendo la parte a las críticas de Wells, Belloc y Hugo Benson— la mejor enseñanza secundaria de Europa. Tampoco Inglaterra lo inventó ¡vive Dios!, puesto que solamente lo conservó celosa y tradicionalmente desde la entraña de la Edad Media Cristiana. El único que lo inventó ha sido el general Ramírez —Anaya, o el que sea—, que sin título de pedagogo, tranquilamente y sin aspavientos, ha hecho ayer lo que no pudieron o no quisieron en muchos años de estériles posturas muchos pedagogos de grandes campanillas.

Los establecimientos que actualmente poseen este *reconocimiento* de propio estatuto son el Colegio de la Inmaculada de Santa Fe, el Colegio Normal de Concepción del Uruguay y el Colegio Libre de Segunda Enseñanza —dejando aparte las dos escuelas militares y el Liceo San Martín—. El colegio actualmente *reconocido* fue fundado en 1617 bajo Felipe V por los religiosos de la Compañía de Jesús, y ubicado provisionalmente en lo que hoy es Plaza de Mayo, entre la Casa Rosada y la Pirámide, donde permaneció hasta 1661. En ese año trasladóse a una espléndida planta y una iglesia magnífica sita en Bolívar entre Alsina y Moreno. El colegio ocupaba el solar —inmortalizado en JUVENILIA— del actual Colegio Nacional Central y la

iglesia, restaurada a principio de siglo, es nuestra presente San Ignacio, que el pobre Enrique Loncán cantó en versos graves. Allí sorprendió a los jesuitas el "*vandálico decreto de expulsión*" –en frase de Menéndez Pelayo– de 1767. Volvieron llamados por Juan Manuel de Rosas en 1836 y ocuparon el mismo sitio hasta 1841, en que salieron otra vez –aunque no de la Argentina– por orden del mismo Rosas. En 1868 abrieron el Colegio del Salvador en Callao, sin llamarlo de *San Ignacio* por delicadeza hacia el Nacional Central, que en aquel tiempo la Gran Aldea –que no amaba entonces cambiar los nombres de las calles y las cosas– seguía llamando fielmente San Ignacio, como recuerda Lucio López en su inmortal novela. A fin del siglo pasado, en 1874, una cantidad de garibaldinos y masones, que eran como los comunistas de aquel tiempo, prendieron fuego al colegio, de cuya hoguera renació inmediatamente como el Fénix –para usar la frase del doctor Cafferata en su conmovedor discurso–, el actual edificio entonces maravilloso y hoy ya viejo y demodado en medio de los rascacielos.

De modo que esto de hoy ha sido un reconocimiento en los dos sentidos de la palabra. Plegue a Dios este decreto marque el inicio de un nuevo espíritu generoso y progresista en nuestra política educacional; lo único que puede salvar y restaurar a fondo los valores profundos de la patria.

Porque de los hombres se hacen los obispos; pero de los muchachos se hacen los hombres. Y no hay que darle vueltas.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 329, 31 de agosto de 1943.

Escuela y beneficencia

La enseñanza nacional se parece a la Lotería Nacional, incluso en su origen; y en el principio de que ambas brotaron, que es bastante discutible, si no falso. El pueblo acepta la escuela fiscal, laica, obligatoria y gratuita, como acepta la Lotería, como una de tantas cosas de la vida por las cuales no se siente gran entusiasmo, pero no se puede cambiar. No se extraña mucho de que ambas hagan limosna, le parece natural que las dos repartan puestos y decenas, y, por desgracia, descastillada nuestra moral hidalga, también le va pareciendo natural que los que administran las grandes sumas de ambas pongan en práctica el refrán español: *Administrador que administra y enfermo que se enjuaga, algo se traga.* Tan es así, que, en los medios populares del Interior, las madres pobres pretenden exigir subsidios a los maestros en pago de la asistencia escolar del niño; y un ex ministro de Instrucción Pública (aquel que dijo que todo analfabeto es casi un criminal) había discurrido el peregrino medio de remediar la deserción escolar dando de almorzar en las escuelas primarias.

La reciente arenga del Poder Ejecutivo a los que tienen puestos de maestros por puro lujo ha producido en el medio docente un revuelo extraordinario. Es cierto que es un decreto del todo insólito. Un profesor me decía: "*¡Dónde se ha visto! ¡Ni que fueran decenas! Figúrese Ud. que el ministro del Interior nos dirigiese la misma exhortación a nosotros los médicos: «todo médico que cuenta con medios de vida aparte, que renuncie a su profesión». ¿Y si ese médico es un Chutro? ¿Y qué*

dirá el doctor Arce? Créame, mi amigo, estos militares...".

Pero el caso es que la *vox populi*, que en caso de revolución es *vox Dei*, aprobó unánimemente y se frotó las manos frente al bando que deroga la "cátedra de papá para el cine de las hijas" y lo que es peor, la cátedra de las hijas para los habanos de papá, o, a veces, para mantener al marido. El buen pueblo porteño de los tranvías y el subterráneo mostraba un regocijo parecido al tiempo de los *niños cantores*. El bando será producente o será *contraproducente*; pero entretanto el general Anaya fustigando a los maestros rentistas ha cantado una flor popular y periodística.

Ahora falta que el Gobierno se fustigue a sí mismo, lo cual hará sin duda en su momento. Estas cosas no podrían pasar si el profesor fuera lo que debe ser, es decir, un estudioso consagrado en vez de un hablador pagado mecánicamente a destajo. El enseñante debe tener por una parte un emolumento proporcionado a su dignidad, responsabilidad y gastador trabajo mental; pero debe ser obligado a consagrarse a su cátedra, a sus alumnos y a su colegio de un modo total. Hoy día somos pasantes apresurados que descargamos un trabucazo de conocimientos sobre un grupo de simpáticos desconocidos por 10 pesos moneda nacional la hora a cobrar a fin de mes en tres distintas secretarías. El argentino, que no es tonto ni siquiera cuando es profesor, al verse tan mezquinamente tratado por el amable superior gobierno de la Nación, acaba por fumarlo si puede al mismo Gobierno. A no ser que sea judío, porque en ese caso más bien se sacrifica y cumple su deber en una especie de martirio incruento por puro amor a su patria... adoptiva.

Nuestra docencia adolece todavía de una organización rudimentaria y mecánica: colegios, institutos, facultades, han sido hechos en serie, con fórmulas y con burocracias, sin excluir de esto los benditos "incorporados". Recuerdo lo que siempre me decía mi tío: "*¿A la enseñanza reformada? ¡Primero tienen que informarla!*". A nuestra escuela no le faltan programas ni reformas, ni

siquiera buenos profesores, sino sangre, aire y sol, es decir, más inteligencia y menos automatismo, más libertad y menos "pedagogos". Hay que quitarle los andadores, o sea los grillos, para dejarla crecer.

Llegamos al principio, a lo que dije al principio: ¡El principio! La Lotería de Beneficencia está basada en este principio: *El juego de azar puede llegar a ser bueno si se hace por caridad.* La enseñanza nacional está basada en este otro: *El Estado está encargado por Dios de formar maestros y darle puestos.* Los dos son muy discutibles.

El principio indudable es éste: *El juego de azar siempre es malo – El Estado está encargado por Dios de vigilar a los maestros y darles trabajo.*

¡De darles trabajo lo más que pueda!

Y pagárselo decentemente.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 335, 6 de setiembre de 1943.

Dios en la facultad

Cuando alguien se aleja de Dios, se hace a sí mismo un gran mal. Filosóficamente hablando, no habría que decir *se hace un gran mal* sino *hace el Gran Mal.* Y el castigo que Dios le da es éste: Dios se queda donde está. Esto es lo que dice esa parábola del Hijo Pródigo que muchos imaginan es solamente una imagen de la sensiblería de Dios, una imagen de la lenidad de un padrazo pachorriento o a lo más una imagen de la misericordia divina, siendo así que es ante todo una imagen de la trascendencia divina. El Hijo se va y el Padre no lo ataja; el Hijo pide "lo que es suyo" y el Padre se lo da sabiendo muy bien que *no* es suyo. Castiga a la criatura insensata con el terrible castigo de que habló el otro poeta correntino:

"A un hombre que se quiere engañar
¿qué castigo le hemos de dar?
Dejarlo que se engañe, ch'amigo.
¡No hay pior castigo!...".

La Universidad de Buenos Aires en un momento de su historia y por culpa de no sé quien, echó a Dios de su seno; y lo que le pasa ahora es muy sencillo: no tiene a Dios. Y sin Dios el hombre puede hacer muy pocas cosas divinas. El tratado teológico DE GRATIA afirma que sin Dios el hombre no puede guardar la ley natural entera. Y así, según la teología —y en cuanto puédese otear en lo recóndito— la universidad está en estado de pecado mortal. ¿De qué universidad hablamos, de la de aquí? En la de aquí nunca estuve; hablo

de la Sorbona, donde estuve dos años. Pero supongo que es igual que aquí.

Me propusieron dar una conferencia en una facultad acerca del *Problema universitario argentino.* La pensé y hasta escribí unas páginas —que son las que están ante ti—, y después de golpe me desdije: hice un pequeño papelón pero me libré de gran peligro. ¡De cuán pocas cosas puedo hablar yo, Dios mío! Solamente de las cosas que sé; y de esas mismas no de todas ni a todos. No sé la solución del problema universitario argentino; y no sabiendo la solución, ¿para qué hablar del problema? *Autour du problème,* dicen los franceses. Que hablen *autour* los franceses. Los españoles no hablamos *autour.*

Pero la solución ¿no será esa que dije arriba, a saber: que ella vuelva a Dios, como el Hijo Pródigo? ¡No! Ésa no es una solución sino que es una verdad. No es una verdad universitaria, ni es una verdad científica: es una verdad mística, una verdad para hacer, no para decir. No es una cosa que pueda decir un diletante que sabe escribir artículos, tendría que ser dicha por un pontífice. Es muy dura. Con ella quizá se pueda forjar una espada, pero no se puede amasar, pongamos por ejemplo, un bizcochuelo.

Pero ¿no se podría traducir del idioma *mística* al idioma *ciencia*? Quizá sí. Por ejemplo: traducir Dios por Verdad. Decir que la forma cómo se manifiesta la ausencia de Dios en las facultades es principalmente una gran sequía de Verdad, una torsión de toda la gran maquinaria más bien hacia la Utilidad, un desalojo de la Especulación por la Especialización. Esto es lo que quiso decir Alfredo L. Palacios en su libro: TÉCNICA Y ESPÍRITU EN LA UNIVERSIDAD. Lástima que no lo dijo. Lo que dicen todos: que la Universidad no contempla ya al Sabio, sino al Profesional, que ella es un grande y costoso aparato burocrático de fabricar profesionales en serie, profesionales que aun saliendo buenos —y gracias a Dios lo son muchos— no escapan al cabo de la cruel definición de Gaviola: "*patentados por el Estado para explotar las necesidades humanas* [salud, justicia, téc-

nica, verdad, belleza y mando] *a cambio de dinero y munidos de un diploma*". Que la cabeza de la Universidad fuese, pues, el Sabio; y que los profesionales que produce tuviesen al menos un algo de sabios, es decir, una unción sacral de la Verdad, besados una vez por la luz. El que ha sido sumergido una vez en la luz, para toda la vida no lo olvida. Si tu ojo ha mirado al sol, todo tu cuerpo será luminoso. Pero eso ¿quién no lo sabe? La cuestión no es decirlo, sino hacerlo:

"con hechos, que son varones
no palabras, que son hembras",

como dijo mi cofrade Baltasar Gracián.

Y volver a Dios ¿cómo se hace? *Prohibiendo la blasfemia*, como diría el bárbaro —casi pongo un nombre propio de un gran universitario mi amigo—... San Martín, el cual dio esta ley en el Ejército de los Andes: "*Todo el que blasfemare el Santo Nombre de Dios o de su Adorable Madre, o insultare la Religión: por primera vez sufrirá cuatro horas de mordaza, atado a un palo en público por el término de ocho días; y por segunda vez será atravesada su lengua por un hierro ardiente, y arrojado del cuerpo... Sea honrado el que no quiera sufrir: la patria no es abrigo de crímenes*".

Ahí ven ustedes por qué no acabé mi conferencia: si voy a decir esto me corren. Y con razón me corren, pues hubiese sido mal dicho. Somos profesores, no somos héroes; somos sacerdotes y no militares; somos en este momento traductores. Volver a Dios, la vuelta del Pródigo, ¿cómo se traduciría en universitario? Facultad de Teología. La Universidad es la serena morada de las ciencias —no es un ejército en campaña de vida o muerte— y existe una ciencia de Dios, que es la Teología. Nadie diría que la Teología es ciencia, visitando solamente las facultades de Teología que yo conozco en la Argentina, que parecen a primera vista colegios secundarios de catecismo y también parecen acaparadas por la formación de profesionales. Las apariencias engañan es cierto, y yo me puedo engañar y hasta lo deseo, como

el tío de la poesía; pero vive Dios que eso es lo que parecen, y si no que venga Dios y lo vea. Y sin embargo, Santo Tomás ha probado —con raciocinios y con el ejemplo— que la teología es, rigurosamente, ciencia: ciencia altísima y muy difícil. De manera que aquí en la Argentina el problema sería: *1.* Volver a introducir la Teología en la Universidad; *2.* Volver a introducir la Universidad en la Teología. Las dos cosas deben ir juntas; si no, no hacemos nada. Cada día se fundan "seminarios mayores" entre nosotros, que no son mayores sino iguales. ¿Cuándo se fundará el verdadero Mayor? Los "sabios" en teología son cosa escasísima, quizá la cosa más escasa que existe. Si yo encontrase cinco en Buenos Aires, sería capaz de adorarlos como un milagro.

Como ven, la solución del problema universitario es que por ahora no tiene solución. Y sin embargo, la facultad de teología no es imposible: la tiene la universidad en Inglaterra, la tiene la universidad en Alemania, la tuvo la universidad en la Argentina. Solamente, dice el mismo tratado DE GRATIA, que cuando alguien vuelve a Dios, es Dios que le ha salido al encuentro, como el Padre del Pródigo, justamente. Y aquí, entre nosotros, ojalá me equivoque; yo no lo diviso a Dios moviéndose, ni a la teología viniendo. Otra vez deseo equivocarme; pero si viene... Si viene vendrá de una de dos maneras:

1. O bien debe entrar en la Universidad como cenicienta y por sus propios medios de seducción debe llegar a conquistar el trono por matrimonio de amor y no por prepotencia de poder; como la Universidad de Lovaina.

2. O bien, creada fuera de la Universidad debe cobrar tanta fuerza intelectual que para saber a Dios necesitase de todas las otras ciencias y entonces las otras ciencias se percaten que necesitan de ella y se haga una ronda de manos y cuellos abrazados, como en la DANZA DE LA AURORA de Guido Reni, quiero decir, como en la Universidad de Milán.

Pero para todo esto se necesita un San Martín junto con un Mamerto Esquiú. Si predomina San Martín,

primera solución; si predomina Fray Mamerto, la segunda.

¡Gran Soldado y Gran Fraile de la Patria! ¡Levantaos de vuestras tumbas!

Cabildo, Buenos Aires, Nº 338, 9 de setiembre de 1943.

Cultura al revés

Yo tuve un profesor de historia de la literatura que nos enseñaba que Cervantes nació en Alcalá de Henares en 1547, y después nos decía: "*¿Ven? Estas cosas es necesario saberlas para después poder conversar con las personas cultas*". El santo varón creía que el QUIJOTE había sido escrito para que la gente culta supiera que Cervantes había nacido en 1547 y tuviera de qué conversar en consecuencia. No diré su nombre porque al fin el tipo no es el único y además ya ha muerto, después de haber ocupado un alto cargo en la Iglesia de Dios.

El diario LA PRENSA cree que los autores argentinos escriben libros a fin de que se pueda hacer una exposición del libro argentino en el Paraguay, y de ese modo ella poder hacer un "comentario" donde salgan las palabras "buena voluntad y paz", "genuinos valores morales", "cultura de espíritu", "comunión fraternal de los pueblos", robados de la terminología religiosa para *cuspidear* con ellas como una cabeza nimbada su morrudo cuerpo de avisos comerciales. Si Lugones o Martínez Zuviría no escribiesen un libro por año, LA PRENSA se sentiría herida en sus más "sagrados derechos", lo mismo que si los campos argentinos dejasen repentinamente de dar trigo; y mucho más todavía, porque los campos son moralmente irresponsables mientras que los escritores tienen libre albedrío, o por lo menos "imperativo categórico del deber".

Se podrían multiplicar los ejemplos. En la Argentina hay mucha cultura, pero una gran porción es cultura al revés, cultura con la cola adelante. Muchísimas

maestras buenísimas creen que Colón descubrió América a fin de que nosotros celebremos el Día de la Raza, y el Día de la Raza se instituyó para hacer una "clase conmemorativa", y las clases conmemorativas a fin de que las chicas se reúnan en el aula y no anden por la calle, porque nada bueno pueden aprender en la calle, mientras que en el aula pueden aprender innumerables "materias".

La pedagogía que empieza por la cola y que camina como el cangrejo padece de este defecto esencial: que sabe lo que hay que enseñar al niño pero no tiene idea de lo que quiere hacer del niño. Doña Blanca de Castilla quería hacer de San Luis un santo; Stalin quiere hacer de su *mujik* un utensilio perfecto; y aunque ambos diverjan diametralmente en los fines, son muchísimo más eficaces en los medios que el pedagogo laico y el predicador de La Prensa, porque por lo menos saben adónde van; y van para adelante. Éstos parten de una realidad, aunque sea una realidad mala, en el caso del ruso, y caminan hacia otra realidad. La Prensa parte de una realidad y se mueve hacia el vacío, no el vacío de su caja fuerte, se entiende, sino el vacío mental.

Dirá alguno que la pedagogía laica también tiene su fin, que es hacer del niño un "*hombre sano y feliz*", como lo dijera innumerables veces el ministro Coll. Que lo dicen, es verdad; y también lo es que algunos hombres lo creen; los que no lo creen son los niños. Ningún niño ve la relación que hay entre estar sano y estudiar aritmética, por ejemplo; y sacando Dominguito Sarmiento y otros niños excepcionales muertos en edad temprana, todos los demás niños hemos opinado que es más saludable buscar nidos que respirar tiza.

En cuanto a saber qué cosa es un archipiélago, casi todos los niños —sacando los "niños buenos" que existen en los libros de lectura— lo consideramos cosa muy distinta de la felicidad. Lo peor del caso es que la maestra misma suele padecer acerca de la felicidad de una extrema vaguedad de ideas, porque ni el programa de la Escuela Normal, ni la revista La Obra tratan de ella. Le han dicho de una manera general que la felicidad

consiste en la virtud, y ella fielmente lo repite; pero al ir llegando a la raya de los treinta años hay días terribles en que no está muy segura de ello. El cine y la radio le vociferan cada día que la felicidad está en el "amor", palabra turbadora: "*¡Oh! ¡ella amara, ella amaría o amase!*", lo cual en el fondo es cierto, pero la palabra *amor* tiene hoy día 27 significados, de los cuales 26 son falsificados. De esta lingüística moral no le han enseñado nada, porque en la Escuela Normal no se lee la ÉTICA A NICÓMACO, no digamos el KEMPIS. Resulta que la maestrita a veces siendo cristiana lee el KEMPIS por su cuenta, y así consigue a veces hacer un hombre sano y feliz, a pesar del reglamento y del inspector, y de sí misma. Pero su vida no es jubilosa, su vida es pequeña, engarabitada y triste. El fin de su vida y el fin de la escuela no lo ve claro.

Ahora viene el general Ramírez y dice que el fin de la escuela es hacer niños semejantes a San Martín. Eso es algo y aun bastante. "*Serás lo que debes ser, o si no no serás nada*". Eso ya lo sabíamos, pero la mayoría de los argentinos se contentaban, hasta ahora, con no ser nada. Pero la figura concreta de San Martín no es una máxima abstracta, es una silueta prócer rodeada de un halo de hermosura moral. Sólo lo hermoso se ama, sólo lo que se ama se imita. Pero a San Martín no todos lo podemos imitar: fue un jefe genial, hizo la guerra con éxito, tuvo la ética de su oficio y la tranquila religiosidad de su estirpe; y el acto heroico de Guayaquil muchos niegan que haya sido un acto heroico: lo sospechan de una defección debida a la falta de fuerzas, pues retirarse no es nunca una victoria, aunque puede ser una necesidad. Después vivió muchos años en Boulogne-Sur-Mer y murió en el exilio y en la ingratitud, como todos los argentinos que teniendo capacidad de estadistas han amado a la Patria. Tal vez eso fue lo realmente heroico, no a la manera homérica sino a la manera cristiana: el sacrificio. Pero mostrarle al niño el melancólico cuadro de Alice (el héroe envejecido y triste mirando fantasmáticamente en una humareda de recuerdos una carga de caballería) es caer de nuevo en la aritmética y en el archipiélago.

Cuando el doctor Molla Villanueva mandó retirar de las clases el crucifijo que por orden del doctor Fresco había puesto Mario Gorostarzu, muchas santas maestritas temieron una desgracia si lo tocaban, y lo mandaron arrancar por el portero; y muchos porteros se hicieron los locos y lo dejaron. Es mejor toda la vida el crucifijo que el cuadro de Alice; y el cuadro de Alice sin el crucifijo es una mentira horrenda: el portero italiano lo intuyó mejor que el doctor Molla Villanueva. Si en la vida de San Martín hubo algo de grande fue que se pareció al Crucificado, al hombre que murió por la verdad y resucitó por su virtud propia. Grandes y chicos, todos podemos parecernos a nuestro modo al dulce y atrevido Profeta vagabundo que sabía orar, hablar de Dios y del hombre, hacer poemas de *estilo oral* exquisitamente balanceados, hacer arados y manceras, perseguir a los hipócritas, defender a los débiles y ser una figura viviente de todo lo que se muere; Aquel que fue conveniente que naciera de una virgen, porque su naturaleza debía ser infinitamente pura; y fue conveniente que amara virginalmente a una pecadora, porque su amor debía ser infinitamente redentor. Con Él sí que se puede enseñar lo que dice Aristóteles que es lo único digno de saberse, el *athanatízein*, el *des-mortalizarse*, el superar la mortalidad: aquello que requería Dante cuando dijo:

"M'insegnerete come l'uom s'indía" [3].

El Crucifijo enseña que el fin de la vida es: el triunfo de la Vida, y la lucha contra la Muerte. Entonces, cuando usted sabe eso, todo lo demás se polariza y se frisa de estrías luminosas. La aritmética se hace soportable, San Martín deviene el Santo de la Espada, se sabe por qué no se deben romper los nidos de las *aves del cielo*, y el antipático archipiélago se pone a cantar en medio al mar azul con un nombre que suena

3 *"Me enseñaréis cómo se endiosa el hombre"*.

como un címbalo de plata: porque el archipiélago es Lepanto.

"Tornó un día a Madrid tras un largo quebranto
Rico en áureos trofeos de gloria y de conquista
Inquiriéronle todos y él volviendo la vista
«Vengo de un archipiélago», dijo. Y era Le-
[panto".

CABILDO, Buenos Aires, Nº 349, 20 de setiembre de 1943.

Siempre le digo a mi mejor amigo: "¡Que tanto pobre Italia, pobre Italia! Más pobres somos nosotros, porque Italia ha pasado su guerra civil y nosotros no; y además Italia es católica y nosotros medio protestantes". Mi mejor amigo me tiene por medio loco y nunca me discute nada. Pero en el fondo de esto hay una gran verdad.

Don Bosco dijo en 1870 que la dinastía de Saboya no reinaría tres generaciones y que en Italia habría guerra civil. Esto yo no se lo oí a Don Bosco, pero me lo contó un salesiano. Yo también algunas veces suelo tener sueños medio proféticos, como el santo turinés, para lo cual es necesario una de tres: ser santo o bien ser profeta o bien medio loco; es decir, poeta. Aquel día había tenido un sueño de ésos, que me hizo temblar, y por eso le dije a mi mejor amigo: "O la Argentina se vuelve católica del todo, o tiene una guerra civil. Los tiempos no están ya para ser medio protestante. Las guerras civiles de hoy son guerras de religión, marcan el final de la época de la Contrarreforma".

Mi mejor amigo, que es casi analfabeto, aunque tiene una inteligencia natural notable, me preguntó qué era la Contrarreforma. Respondí que era el tiempo en que los católicos luchaban contra los protestantes en vez de luchar entre sí. Me preguntó por qué no luchan ahora contra los otros, que es más fácil y rendidor, en vez de luchar contra sí mismos. Esta pregunta es más difícil, de modo que tosí dos veces, tomé mi tono más doctoral, y le espeté el siguiente discursito: "¿Qué vemos hoy en el mundo? Las naciones católicas de Europa han caído una tras otra en el desastre de la guerra civil; en

tanto que Rusia, donde la religión ha sido abolida de raíz, presenta hasta ahora una estricta unidad nacional, dirigida por desgracia hacia el mal, que es una amenaza para Europa. ¿Qué quiere decir eso?

"Dice Hilario Belloc en su gran libro LAS GRANDES HEREJÍAS que el protestantismo robusteció las naciones protestantes y debilitó las católicas.

"La primera parte se entiende fácil, porque toda religión, aunque sea falsa, robustece a una nación que la acepta en pleno, puesto que funda su unidad nacional sobre la base más fuerte que hay, que es el sentimiento religioso. Pero, ¿la segunda parte de la frase? ¿Cómo debilitó el protestantismo a las naciones católicas?

"El protestantismo fue arrojado de Austria, Italia, España y Francia en el siglo XVI gracias a los esfuerzos del Imperio Romano Germánico que presidía Carlos V. Pero entró en esos países en el siglo XVIII y XIX disfrazado con el bello nombre de liberalismo. Así como los protestantes se llaman cristianos pero no lo son, porque hoy día la mayoría de ellos no cree ni en la Divinidad de Cristo, así los liberales se llaman católicos pero no lo son, porque desobedecen a la Iglesia, la desprecian, quitan sus medios de acción, intentan servirse de ella para sus fines terrenos. El liberalismo, con los falsos dogmas de sus falsas libertades, es un protestantismo larvado y un catolicismo adulterado. Eso es lo que ha debilitado política y socialmente a las naciones católicas de Europa: la ficción del catolicismo.

"En esas naciones, como entre nosotros, la masa se llamaba católica; pero en realidad, la mitad eran católicos de corazón y la otra mitad eran católicos de nombre y protestantes y masones de veras. Había una unidad aparente pero una profunda división ideológica de fondo. Había una *confusión*, con lo cual nunca ganan las cosas verdaderas sino las falsas, porque cuando hay río revuelto los que ganan no son los peces sino los pescadores... «*los devoran los de afuera*».

"Dios no ama las confusiones. Entonces permitió que naciera del maridaje del liberalismo con la plutocracia un bichito colorado más bravo que el ají, que se

llama comunismo, el cual después de volverse contra sus padres, porque no hay nada más desmadrado que él, proyectó la destrucción de todo el orden social existente, por todos los medios posibles, incluso el engaño, la violencia, la traición y la masacre. Maldijo de Dios y se le vio la pinta al diablo.

"Fue el reactivo que precipitó la división latente. Primero España cayó en la más terrible y cruenta guerra civil. La gente vio que se era católico del todo o no se era católico, que no se podía prender una vela al diablo y otra a Dios. Después Francia cayó derrotada de un solo golpe, porque tenía un gobierno liberal izquierdista; y se formaron dos o tres gobiernos de Francia, que si no existieran los alemanes, probablemente andarían en feroz guerra intestina. Finalmente ahora estalla la división en el seno de Italia, por medio de la traición nada menos. El pueblo de esas naciones no estaba unido ni concorde, porque llamándose católico muchísimos eran anticatólicos hipócritas o inconscientes. Hacen como Mitre y Sarmiento que se llamaban católicos —y quizá lo creían—, pero el día antes de tomar el poder de presidentes echaban un discurso en la logia francmasona, por lo cual quedaban excomulgados, según los cánones de la Iglesia. Y lo más triste era que el clero de aquel tiempo, por interés o por cobardía, se callaba la boca".

Mi mejor amigo se secó dos fingidas lagrimitas —porque en realidad se trata de una dama— y me hizo la última pregunta:

—¿Qué hay que hacer?

—Escarmentar en cabeza ajena. Hoy día esa duplicidad ya no es posible, porque la presión enorme del acontecer mundial (es decir, Dios que anda limpiando el barbecho), lleva al mundo a las afirmaciones categóricas: *sí, sí, no, no,* como mandó Cristo. En la Argentina gracias a Dios el germen de la guerra civil es aún débil: el flagelo se podría conjurar con medidas de limpieza quirúrgica y con definiciones netas en el sentido de nuestra fe y tradición. No se trata de imponer por la fuerza la fe al que no la tiene; sino al que no la tiene

que no la toque y al que la tiene que la practique. La Prensa que no predique, Gerchunoff que no babee las cosas católicas. Iluminar escondrijos, limpiar albañales, enterrar carroñas...

"no para mal de ninguno
sino para bien de todos",

porque total meterlo en chirona a Damonte Taborda, sea por delitos comunes, sea por el delito extraordinario de ser dueño de Crítica, es hacerle un bien, ¡porque es aproximarlo a Dios!...

—¡Qué bárbaro! —me dijo mi mejor amigo.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 359, 1 de octubre de 1943.

Casarse por el civil

"Por causas ignoradas un hombre mató a una mujer de tres tiros", dice el diario. ¡Qué causas ignoradas! Son causas archisabidas: Amor, Vicio y Demencia, tres palabras que en la Argentina están tendiendo a convertirse en sinónimas. *"Laj esposas que te pone er cibí, son igúá que laj esposas que te bendice er cura: prisionej y ná más"*, dice mi portero que es andaluz. Y si se refiere al Registro Civil, el hombre es más filósofo que su paisano Séneca: "casarse *por el civil*", dice la gente pobre. El amor es una bestezuela indómita, que no la dirige ni un guardia civil ni un registro nacional, y Eduardo Wilde creyó que podría emplearla en la guerra contra el clericalismo y para abrir una nueva fuente de ingresos y de puestos al Estado por medio de la ley de Registro Civil. El desdichado era ciego y no vio que estaba sacando de la sutil estructura de la sociedad cristiana una pieza delicadísima. La historia nos dice que solamente la Iglesia ha podido *uñir* la bestezuela indómita, y hacerla servir no a fines temporales sino a la felicidad del hombre, al decoro de la raza y a la gloria de Dios. Pero le costó Dios y ayuda, le costó inventar un sacramento —que entre paréntesis ya estaba inventado—; y después un código de derecho canónico que nos hace salir canas antes de tiempo a los estudiantes de teología. Cristo tuvo que asistir a las bodas de Caná y hacer un milagrón, que es la desesperación de los bodegueros, para que el hombre pudiese vivir en paz relativa —que en paz absoluta no conviene— con su mujer.

Engañado por la solidez de la familia de su tiempo, fruto de la religión cristiana, Eduardo Wilde quiso pa-

rasitarla, desobedeció gravemente a esa misma religión cristiana y plantó por medio de su Ley de Registro Civil el foco infeccioso y funesto de la disolución de la familia, el deshonor de la Nación y la decadencia de la raza. Lo que hay que hacer hoy es simplemente y fuertemente esto: dejar que los curas párrocos reasuman su función de funcionarios sociales del matrimonio cristiano y suprimir el Registro Civil, que es una invención equivocada, protestante, antisocial y antieconómica. La moderna legislación italiana y la del Portugal, más fina todavía que la del Duce, resuelven con toda elegancia el problema jurídico: Registro Parroquial para los católicos, que pasa a hacer plena fe a los archivos del gobierno; y Registro Civil para los no católicos [4].

Los misioneros protestantes yanquis que vienen a evangelizarnos nos ponderan en libros y revistas que tengo a la vista [5] la cantidad de hijos naturales que produce el pueblo pobre argentino; porque de los adulterinos de la gente rica no hay estadísticas. Nosotros los argentinos no reconocemos autoridad a los misioneros yanquis para hablar de hijos naturales; porque es fácil no tener hijos naturales en un país donde tampoco se tienen legítimos; y donde la ley y la práctica del divorcio ha convertido con toda limpieza y corrección puritana a cerca de la mitad de la población en adulterinos legales. No les conviene a los yanquis llamarnos *"nación de bastardos"* como se propasó a decir una revista protestante; porque siempre resta un saldo a favor del primero entre el bastardo y el hijo de... adúltera.

Pero una vez rechazado el torpe dicterio del huarango protestante con otro más torpe si cabe, hay que examinar la conciencia: las estadísticas son exactas.

De alrededor de 3 millones de parejas emparejadas en la Argentina, 1 millón no están casados ni por la

[4] Ver la documentación estadística de este ensayo en el trabajo de Eduardo F. Mendilaharzu: *Bancarrota de nuestro Registro Civil*, en CABILDO del 4, 19, 20 de noviembre y 6 de diciembre de 1944 (N. del A.).

[5] Crivelli, EL PROTESTANTISMO EN AMÉRICA LATINA (N. del A.).

Iglesia ni por el Civil –lo cual no quiere decir que muchos de ellos no sean esposos válidos y lícitos delante de Dios, conforme al canon 1098–, lo que da un tercio de hijos naturales, aunque la proporción disminuye pronto porque es sabido que la proporción de mortalidad infantil es el doble que entre los legítimos la de los naturales, que ya en el primer año, según Le Fort, Hervieux, Alejandro Bunge y otros estadígrafos, es mayor de un 25 %. No es extraño, pues, que la Argentina tenga en algunas provincias la tasa de mortalidad pueril mayor del mundo después de la China (470 por mil); casi la mitad de las criaturas venidas a la luz perecen en la hecatombe herodiana, mientras en la Capital no se sabe, porque perecen antes de venir a luz, hecatombe en honor de los manes de Eduardo Wilde, predicha proféticamente por José Manuel Estrada en su magno discurso en el Colegio del Salvador del año 1884.

Pero las estadísticas no dicen nada al lado de lo que saben el misionero católico, el buen párroco, el magistrado y el médico acerca de la disolución de los vínculos familiares más primitivos y más instintivos en nuestro país; porque ya no es la moral sola, es la misma naturaleza la atacada. Matrimonios deshechos porque sí, hogares aniquilados con el menor pretexto o sin pretexto, hijos desparramados, abandonados y hasta vendidos, muchachitas prostituidas conscientemente, perfecto olvido del honor y del decoro, crímenes nefandos en que la bestialidad, la estupidez y la perversión se combinan en fórmula diabólicamente perfecta...; es mejor cerrar la lista y no dar detalles. La Iglesia había traído a este país sus grandes instituciones llenas de secular sabiduría revelada; hacía sus grandes ceremonias y fiestas que tienen el poder *ex opere operato* –como dice el teólogo– de hacer sentir el mismo misterio profundo y el elemento divino que existe en el fondo de la unión voluntaria del hombre y la mujer para toda la vida y en función de obediencia a la Vida; y viene un escritor de segundo orden, una especie de editorialista de La Prensa y un espíritu apóstata, deshuesado y maligno, y con una plumada destruye todo eso. Y pensar que han pa-

sado tantos años y todavía no lo hemos remediado. Dios nos va a caer si nos demoramos.

Yo quisiera amar a Dios: pero nunca lo he *visto* todavía; *sentido,* sí lo he sentido, he sentido su mano sobre mí. A falta de amar a Dios, me he propuesto amar al prójimo. Y mi método de amar al prójimo consiste en vivir en un furor permanente contra los errores religiosos y filosóficos que han arruinado la Argentina, de modo que cuando me enojo contra Wilde, no crean que me enojo contra el hombre –Dios le haya perdonado– sino contra el error que él encarnó un momento, llamado *liberalismo,* la religión del Dios-Estado, como lo llamó Estrada. "*La sociedad civil, instituida para asegurar a la familia su solidez a fin de que perpetúe la especie humana y eduque aptamente a los niños con la vista en su destino eterno, no puede arrogarse la facultad de constituir la familia, sacando el matrimonio de la tutela de la Iglesia y oscureciendo su carácter de sacramento sin trastornar el orden providencial de las cosas, y convertirse en un fin respecto a la sociedad doméstica; y de la misma suerte, usurpando la facultad de educar y limitando la educación a las necesidades aparentes de la vida económica y civil, subvierte la jerarquía de las instituciones, suplantando de su puesto a la familia y a la Iglesia. ¡Digo poco, señores! Desde que cambia el objeto único de la educación, que es el bien eterno del hombre, por los intereses políticos y económicos de las naciones, es evidente que suplanta también a Dios. Así resulta llanamente cierto que el liberalismo profesa la religión del Dios-Estado. Ya lo veis*. . .".

El mal ejemplo vino de arriba, el pueblo desprecia lo que ve que sus magnates desprecian; y por esto el pueblo no es el gran culpable, aunque sea el gran castigado. Lo que en verdad conturba y atormenta el ánimo de toda persona que tenga una chispa de fe religiosa no es precisamente el divorcismo de un sector de la clase adinerada (casamiento en Montevideo), la cual hace tiempo ha dejado de ser en la Argentina una verdadera aristocracia, por lo menos considerada en su conjunto y como clase; sino el ver que los pobres, a los

cuales está prometido el Reino, están siendo juguete del demonio más infame, que es el demonio de la Bestialidad, por falta de energía de los que nos llamamos cristianos. "Ya hay bastantes curas que viven de la religión —solía decir mi finado tío el canónigo—; ahora se precisaría unos cuantos que mueran por ella".

Y pasando a los que después de los curas tienen en un pueblo la misión más divina, según Santo Tomás, es decir, los Príncipes; dado que en la Argentina la ley de escuela laica y la ley del Registro Civil mantienen a la Nación en un estado de continua y formal desobediencia a la Iglesia, o sea en un estado de protestantismo virtual, yo no veo cómo un mandatario que no haga todo cuanto está en su poder y que no se rompa todo contra esas dos seudoleyes, pueda nombrarse delante de Dios católico, aunque se nombre mil veces delante de la Constitución Nacional, supuesto que la Constitución Nacional, encuadernada en marroquí y oro, tiene ojos y no ve, tiene oídos y no oye, y manos no tiene porque de otro modo abofetearía a muchos; en tanto que es muy diferente de eso Aquel del cual está escrito que es terrible caer en las manos del Dios Vivo.

En vez de la nota humorística de los martes, esto me está saliendo una jeremiada. Pediré al director que la publique un domingo, en vez del EVANGELIO; o mejor todavía el Viernes Santo, en vez de la Pasión. No todos los días está uno humorístico. Pero entretanto quede esto en pie. Esta es la verdad terrible: que la familia cristiana se deshace entre nosotros, gracias a la ley que arrancó a su íntimo amigo Roca la inquina apostólica del ornamental mamífero Wilde —que era un varón (o digamos un hombre) sin familia cristiana ni de ninguna clase, en el extremo más lejano a que se pueda llevar el término—, el cual sirvió de instrumento del demonio al querer ocultar, como se oculta un árbol en un bosque, sus propios bastardos en la bastardía de una nación entera, en frase terrible de José Manuel Estrada.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 361, 3 de octubre de 1943.

El sentido de un congreso

Con el fervor y la suavidad de un acontecimiento familiar, esta grande y desparramada aldea de Buenos Aires envió ayer desde todos sus barrios a sus niños a una misa a techo abierto en el espacioso estadio de Boca Juniors, donde quedaron empero muchos miles sin poder entrar por abarrotamiento. Como un eco de los extraordinarios conjuntos del Congreso Eucarístico Universal de 1934, todos los años, en una forma u otra, se han venido convocando reuniones parecidas, como si la Iglesia fuese una mujer de poca inventiva o de memoria perfecta. Este año ha tenido el honor de ser obstaculizada. El diario socialista se espeluzna de que los niños suburbanos tengan el honor de sentirse un día festejados, que paseen, que desfilen, y que diga una misa un príncipe de la Iglesia, para ellos solos. El Ejército de Salvación puso en práctica —según parece— contra la gran ceremonia una triquiñuela pérfida. Los comunistas repartieron volantes anunciando que no se trataba de Congreso alguno, sino de una *"maniobra de tipo totalitario"*; en lo cual no se equivocan, porque justamente la disolución en los dos últimos siglos de las grandes totalidades naturales, como el gremio, la parroquia y la familia, obliga en estos tiempos atomizados a la Iglesia a reunir a los individuos como puede, a juntar a los niños, que son el porvenir, sonando una campanilla por la calle, como San Francisco Javier, o por medio de vales de cine, como Don Bosco. Lo realmente totalitario sería que la familia entera concurriese espontáneamente los domingos a su parroquia y que ésta semejase una

familia. Eso vendrá, si Dios quiere. En cuanto a la prensa grande, la prensa grande no dijo nada. Perfecto.

La *Eucaristía*, la *cena*, *el partir del pan*, que andando los años se convirtió, como dijo el poeta Anzoátegui, en "*la vieja misa latina –que es lo primero que se dijo en la Argentina*", constituyó el centro vital y social de las primeras comunidades cristianas; la comunicación del Alimento y la Palabra era el foco y figura de la comunicación espiritual en doctrina, en sentimientos, en afectos, en esperanzas, en amor de los hermanos allí reunidos bajo un jerarca de tipo paterno. El que por alguna tacha se hacía indigno de esta fraterna unidad, era *excomulgado*, es decir, separado de la comunidad, hasta dar satisfacción condigna. He aquí por qué Belloc, en su magistral resumen [6] de la formación de la Cristiandad enumera la misa como uno de los elementos esenciales del *método* o *mecanismo* (mecanismo vital, tan silencioso e invisible como la circulación de la sangre) por el cual aquella nueva y pequeña sociedad, aquella *cosa* que fue la Iglesia "*consiguió en el lapso de dos siglos y medio convertir oficialmente al inmenso imperio hostil que la albergaba y después en otro período de siglo y medio incorporarse la masa humana al oeste y al este del mundo conocido, entre el Canal Inglés, el Rhin, el Danubio y el Desierto*...".

Actualmente el cristianismo, difundido por todo el mundo, pero también difuso en masas contaminadas, inasimiladas o desmoralizadas, no tiene ya aquellos pequeños núcleos, pequeños y homogéneos como células embrionarias; y la Eucaristía, gananciosa en su carácter de ceremonia sacral, ha perdido en su carácter de simbolismo social. El sacerdote *parte el pan* actualmente en maquinal ceremonia, muchas veces a desconocidos entre sí y con él, sin poder verificar a veces si entre ellos no hay por ventura un sacrílego o un loco, un teósofo o un hereje cualquiera. En la atmósfera confusa en que vivimos, la vida sacramental de la Iglesia ha perdido parte de su jugo representativo y de su percusión

6 La crisis de la civilización, pág. 1 (N. del A.).

social. El *signo sensible* que es el Sacramento se ha vuelto opaco para muchos, aun entre los que continúan recibiéndolo.

Providencialmente, pues, estas grandes asambleas en torno al misterio central del cristianismo vienen a restituir al Sacramento, en forma adaptada a los movimientos de masa de nuestros tiempos informes, su valor representativo de la Unidad, la Universalidad y el Supernaturalismo de la religión de Cristo. Al inclinarse como hoy sobre los niños de toda una ciudad, la Iglesia enseña de modo práctico que el cristianismo no consiste solamente, por ejemplo, en la democracia, las instituciones liberales, la beneficencia y una como especie de benevolencia general hacia todos, incluso los animales y los socialistas. Enseña que ella es una institución visible, actuante y jerárquica, que cree nada menos que en la encarnación de un Dios y en la salvación milagrosa de toda carne, llevada hasta el triunfo sobre la Muerte, y Vivificación del polvo por una comunicación directa de la actividad creadora con el barro humano.

La prensa grande y comercial ignora estas cosas y no está para aprenderlas; por eso hoy se calla. En cambio escribe un editorial campanudo: *De la intolerancia religiosa al laicismo escolar en los Estados Unidos*, donde hay 50 frases y cosa de 60 errores, y lo que es más triste, dos o tres mentiras. Por ejemplo, dice al final que *"las escuelas comunes no pueden ser sino laicas, así lo sostienen todos los norteamericanos, cualquiera que sea su creencia religiosa"*, lo cual es imposible que ellos mismos lo crean. La Iglesia teme más la mentira que la violencia; y en general se puede decir que todos aquellos que protestan demasiado contra la violencia son gente que han puesto su confianza en la mentira.

En cuanto a los pobres comunistas, dicen sin querer unas cuantas verdades. Dicen que la religión es un contagio, lo cual es verdad en un sentido que ellos no saben. Dicen que esto no ha sido un congreso porque allí no se ha deliberado –ni se han hecho concesiones a la CADE– y en eso tienen razón.

Esto no ha sido un congreso: ha sido una imploración y una promesa.

La imploración corrió por cuenta de las criaturas. La promesa ha sido nuestra, de los adultos en edad de criar criaturas y llevar armas.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 367, 11 de octubre de 1943.

Títulos

Un secretario —que fue— de Instrucción Pública repelió una vez con gracia una alusión a su falta de títulos con otra alusión a la sobra de títulos en la Argentina. La anécdota corre. *Se non é vera e trovata bene.*

Parece que un abogado cordobés a quien se había negado una cátedra quiso mortificarlo, y le preguntó:

—¿Qué carrera tiene usted, señor subsecretario?

—Periodista, orador, jefe de policía y —respondió sonriendo— dicen que entiendo algo de don de gentes.

—Bien, pero yo preguntaba ¿qué título tiene?

El funcionario levantó los ojos al cielo y juzgó como San Ignacio que en esa ocasión no era voluntad de Dios dejarse humillar; y bajando los ojos contestó tranquilamente:

—Tengo un título muy raro, que pocos argentinos tienen...

—¿Se puede saber?

—Soy de Córdoba, y no soy abogado.

En realidad el joven subsecretario tenía la carrera que los romanos llamaban *cursus honorum*, la más honorable de todas: la carrera del servicio público.

La reciente resolución del ministerio de suspender la llamada *"habilitación a la docencia"*, dada a personas idóneas sin títulos oficiales, basada en el conocido y neto "comunicado" del 26 de julio, debe ser aplaudida como medida de expediente *hic et nunc*, en las circunstancias de arbitrariedad intolerable en que corría la obtención de "puestos" y "cátedras". No se podría

en cambio erigir en principio general permanente de buen gobierno, sin perjuicio para la libertad cultural del país, como el mismo comunicado lo insinúa al llamarlo *"primera etapa"* y al decir que *"si el método presenta fallas, al menos ellas serán iguales para todos"*: Hay que distinguir, pues, la medida particular, con que era urgente restringir el acopio de candidatos a la docencia, levantando de paso el aprecio de los diplomas específicamente docentes; y las medidas generales futuras, en las cuales sería erróneo establecer la ecuación

con título = idoneidad
sin título = ineptitud,

sobre todo si el tal título se restringiera a los de escuelas normales oficiales, las cuales por desgracia, entre nosotros, no son todavía perfectas ni mucho menos.

La verdad es que el título es uno de varios medios de conocer la aptitud de un profesional a un oficio; y que no es un medio infalible ni siquiera el mejor de todos. Ni todos los titulares son aptos, ni todos los aptos son titulados; aunque convenga en este momento de desorden atenerse a ese criterio crudo, fácil y exterior para comenzar el primer ajuste y contener la superproducción.

Cuando yo era periodista —y por deber tenía que leer el diario socialista—, me rompía la cabeza para entender el criterio con que se tocaba allí la cuestión de los títulos oficiales; por un lado se reclamaba rígidamente que nadie pudiera enseñar, ni siquiera a hacer calceta, sin tener un título del gobierno, sobre todo los *"sacerdotes que enseñan en los colegios incorporados"*; y por otro lado se defendía a Aníbal Ponce, que había obtenido una cátedra sin título —y lo que es peor con título falso—, alegando que el Primer Pedagogo de la Nación (Sarmiento) y el Más Grande Poeta del Reino (Lugones) tampoco tenían títulos. Al fin me di cuenta de que el criterio era que no había criterio; y que se estaban manejando por táctica dos medias verdades aptas para hacer demagogia, llevadas al extremo en que

ellas se vuelven mentiras. Identificar idoneidad con título es caer en la superstición del papel sellado; rechazar la utilidad o la necesidad relativa del título, es caer en la otra superstición que dice:

"Había un muchacho en Madrí
que creía que él era un Cí
y si le preguntaban por qué
el muchacho contestaba que
no sabía, pero era ansí".

La cultura argentina es un cuerpo delicado que ha sufrido ya muchas intervenciones quirúrgicas; si se quiere continuar tratando en ella por vía de amputaciones toda nueva infección que se descubre, podía suceder lo que se quejaba el doctor Sangrado, que de tanto amputar ¡se encontró en el enfermo que ya no había más dónde! Hay que tratar de crearle sangre buena; y para eso hay que tener mucho cuidado con las ligaduras. Para mí es un escándalo imborrable que un príncipe de las letras como Leopoldo Lugones, que a los 63 años estaba todavía estudiando teología y latín, no tuviese lugar en nuestra Universidad: no estuviese *ni pudiese estar* en la facultad de Filosofía y Letras de Buenos Aires. Ése es un hecho enorme que arroja una luz fluorhídrica sobre la mecanización de la impartición del saber en la Argentina y que delata en su fondo alguna corrupción profunda. Que Dios haya dado a una nación uno de esos poetas que no nacen dos por siglo, y que esta nación lo coloque delicadamente de director de una pequeña biblioteca pública, sin servirse de su enorme conocimiento experiencial y cuasi-intuitivo de la lengua y de la estética, eso no puede ser una casualidad: es un pecado grave contra el orden, es tomar la antorcha y ponerla debajo del celemín, contra lo que manda el EVANGELIO.

Una Universidad donde eso acontece no responde a la famosa definición de Newman: *"La universidad en una nación es el lugar del intelecto imperial"*, significando que todo lo que haya de excelso intelectualmente en un país debe encontrar en ella su puesto, y

no de cualquier modo, sino jerárquicamente armonizado, como los reinos de un imperio. Que enseñe Levene, bien; pero que pueda enseñar también Lugones. Pero nuestra Universidad, más que *uni-versidad*, parece hoy día una *pluri-versatilidad*.

En resumen, el principio es que sólo los que tienen inteligencia, ciencia y habilidad para impartirla, *venga ella de donde viniere* —aunque sea ciencia infusa por el Espíritu Santo—, son los que deben enseñar; y que la inteligencia la distingue solamente la inteligencia; no hay ningún *test* mecánico ni papel de tornasol que sirva para eso. Pero la práctica aconseja hoy en la Argentina que se valoren más algunos títulos como los del Instituto Nacional de Profesorado, valorando al mismo tiempo también la calidad de sus egresados; y que se restrinja por los medios más a mano el número excesivo de aspirantes a Modeladores Mentales y Mecánicos Intelectuales de las Almas del Congreso de la Niñez Católica Argentina; vulgo, "catedráticos y profesores".

De acuerdo al verso que dice:

La Argentina tiene más profesores que soldados.
Eso sí casi todos están desocupados.
Y de los ocupados la mitad son judíos,
con gran ardor consagrados a educar a nuestros
[críos.
En la Escuela Normal les enseñamos esto:
Primero Pedagogía y después encontrar puesto.
Y luego es su oficio el enseñar a leer bien o mal,
por medio de escuela activa y de enseñanza
[sexual.
Con diez más asignaturas precisas y necesarias,
pero que jamás supieron ni San Martín ni
[Hernandarias...

Y todo lo demás que allí prosigue el maldiciente poeta.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 371, 15 de octubre de 1943.

Neutralidad

El Gobierno dice por radio: "*Si usted es hombre de bien, no permita la difusión de falsos rumores*". El Gobierno es hombre de bien, he aquí algo que nadie pone en duda, y ahora está sacando muestras de ser además bien hombre; y sin embargo es el primero del país en permitir los falsos rumores y manifiestas mentiras de la llamada "prensa grande". Paciencia, todo vendrá; ése es un problema difícil que vale más tomarlo con tiempo y repensarlo bien. Ya decía Sancho que siempre ha sido cosa de muchos bemoles "*meter en pretina a los mercaderes*".

Uno de estos rumores que circuló tenazmente, y hemos de agradecer a Dios haya resultado falso, fue que el miércoles 13, día de San Eduardo, rey de Inglaterra, la Argentina iba a *rupturar* con Alemania; dando de motivo la "conducta" —que escandaliza a CRITICA— de esos bárbaros nazis para con el padre santo en Roma; y que el decreto —*horribile dictu!*— sería refrendado por un popular prelado elevado para el caso al sitial de canciller.

No se puede pensar nada más ridículo, siniestro y grotesco a la vez. Nos da vergüenza pensar que esto se haya podido solamente *pensar* en la Argentina. Cuando un hombre da motivos falsos de sus acciones, ese hombre es un falso. Pero cuando da motivos falsamente divinos, ese hombre es un tartufo, tanto más cuanto más sean sus acciones viles. Nada más lejano al *estilo* del actual gobierno que alegar como móvil de una acción —que *hic et nunc* no podría ser movida sino por interés o miedo— nada menos que el más

puro y alto sentimiento religioso, un respeto a la Silla Apostólica que no se vio ni en el mismo San Eduardo, en plena Alta Edad Media. Los militares tienen todos los vicios posibles; pero son constitucionalmente impermeables al fariseísmo.

Los motivos reales de nuestras decisiones son casi siempre oscuros a los demás, y a veces pueden llegar a serlo a nosotros mismos; pero es cosa peligrosísima moralmente estampillar nuestra conducta profana con estampitas devotas, o como decía un gran maestro nuestro (J. M. Blanco): *"cubrir nuestros caprichos con el taparrabos de la gloria de Dios"*. En este pícaro mundo se puede ver hasta a superiores religiosos buscar en todo su mísera voluntad y en seguida convertirla en voluntad de Dios —"¡eso está muy claro en nuestras constituciones!"—; y ante esa vista —que no se la deseo a nadie— uno siente un horror sacro en los huesos, porque no hay cosa más peligrosa ni más aborrecida a los ojos de Dios, el cual dice por Isaías, LVIII, 3: *"Me tienes aborrecido, porque hasta en tus penitencias encuentro tu voluntad propia"*. Vale más dar una razón mala de nuestros actos buenos —como decir modestamente que uno escribe en CABILDO para hacerse rico— que no una razón santa de nuestros vicios. Si, inevitablemente, un día, la Argentina tuviera que caer a esta guerra laica —como profetizan muchos y yo no creo—, diremos como Portugal que no hemos podido menos; jamás diremos que fue por un mandato expreso del Sagrado Corazón de Jesús.

Hay una razón económica y una razón política de la neutralidad argentina, en las cuales no entro, que son expuestas por los compañeros de CABILDO y sentidas por todos los que no han perdido la sensibilidad del honor argentino. Pero hay una razón moral y religiosa que me toca a mí. *Sería declarar una guerra injusta* —si me equivoco corríjanme—; y los que muriesen en ella no morirían ni por Dios ni por la Patria, sino víctimas de una catástrofe como cuando se incendió el ómnibus 53. Todo el oro del mundo no justifica la declaración de una guerra, solamente la hace justa

el rechazo de una magna injusticia, según la moral católica. *"Que su principal motivo e intención sea apartar y desarraigar de la idolatría a los naturales... y que sean reducidos al conocimiento de Dios y de su Santa Fe; porque si con otra intención se hiciese la guerra, sería guerra injusta, y todo lo que en ella se ganase sería rapiña y sujeto a restitución"*, escribía Hernán Cortés a sus tenientes. Un solo pensamiento de hombre vale más que todo el Universo; así también la vida de un solo argentino vale más que el Ministerio de Hacienda; y la sangre del muchacho que arma CABILDO o del último grumete de la Flota Mercante no es pagada con todo el caucho y la "película virgen" del Universo, añadiéndole Eldorado y las Islas Filipinas. Es preferible que pasemos hambre todos los argentinos, empezando por los curas —que no la pasaremos— antes que ceder, aunque fuese sin peligro ulterior, a la presión de un prepotente; porque el que le da la mano al diablo, lo autoriza a tomarle el brazo. Méjico es el ejemplo patente: allí ya hace mucho tiempo, desde que cedió hace medio siglo a las inocentes solicitaciones del embajador Morrows, se está cumpliendo la Doctrina de Monroe y la Carta del Atlántico. *"Pobre Méjico* —dijo al morir Porfirio Díaz— *¡tan lejos de Dios y tan cerca de los Estados Unidos!"*.

Yo no lo tengo a Méjico por pobre sino por mártir, puesto por Dios como Polonia e Irlanda en las avanzadas de la cristiandad católica, para sufrir en su carne la mordedura de la herejía, y dar a Dios en nombre de la América el testimonio de la sangre. (Si cuando fusilaron al Padre Pro el gobierno argentino hubiese roto relaciones con Calles, ahora yo creería que es capaz de defender la Sede Apostólica). Pero nosotros que tenemos la dicha de no ser tan vecinos del Buen Vecino, ¿quién nos manda avecindarnos más por puro gusto en contra de nuestra evidente misión histórica y hasta de nuestros imperativos geográficos?

Si quieren que luchemos por la libertad de los mares, que supriman los *navicerts;* si quieren que luchemos por la democracia, que renuncie Vargas; si quieren que luchemos por la dignidad de la persona

humana, que no nos agarren de las solapas; si quieren que luchemos por la civilización cristiana, que se desaparten de los rusos.

Si por mantener una voluntad que reputamos recta, es decir, que creemos voluntad de Dios, tenemos que sufrir algo en la posguerra –que no tendremos–, paciencia, es la ley de la vida. Pero si por hacernos los hábiles, los vivos, los oportunistas y los maquiavelos, ponemos una acción irrazonable sobre un ruin cálculo de pérdidas y ganancias y un vil bajón de miedo, perderemos algo de lo poco que nos queda como nación– que es el respeto propio– y autorizamos a los potentes sin escrúpulos a tratarnos como se trata a los serviles.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 376, 20 de octubre de 1943.

Descontentos

Una monja inteligente y viejita que es superiora de un hospital, me dijo el otro día:

—Yo compadezco a todas las superioras de hospital, empezando por S.E. el general Ramírez.

—¿Cómo es eso?

—Sí —me dijo—. ¿Qué viene a ser un hospital sino una nación de descontentos? Y la Providencia ha puesto al general Ramírez a gobernar eso mismo. Todo enfermo, a no ser muy pobre o muy creyente, es un descontento constitucional, está descontento siempre. Todo lo que usted haga es siempre poco, sacando el devolverle la salud; y tiene razón el pobre en cierto modo. Ahora usted que conoce a los argentinos, me dirá si los argentinos no son lo mismo. Yo todos los días rezo por el general Ramírez, porque está gobernando una nación de descontentos, *¡y yo sé lo que es eso!*

—Algo hay de eso —le dije yo—. Pero para hablar más exacto psicológicamente, no todos los argentinos son descontentos. Algunos son excesivamente descontentos, y otros excesivamente contentos mitad y mitad. La enseñanza argentina es una gran usina de resentidos y una gran usina de aplastados; pero al decir enseñanza no digo solamente la Escuela y el Liceo, sino todo el conjunto directivo de la conducta argentina, incluyendo al mismo presidente, que es como dicen en Suecia *"el Primer Preceptor del Reino"*.

Esto es sibilino. Claro. Es psicología social, una ciencia difícil. El contento, según los psicólogos, es el cimiento del edificio de la dicha, cuyas paredes son los goces y alegrías y cuya cúpula es el *júbilo* (llamado

también embeleso, rapto, éxtasis, transporte de la visión creadora...), causado éste, según dicen, por la presencia o posesión del Último Fin, o Bien Supremo. El contento consiste en *contenerse* dentro del cerco de las propias posibilidades: *contentus* en latín significa *contenido,* del verbo *continere,* que significa tenerse firme por todos lados. El contento tiene tres grados: resignación, conformidad y satisfacción. Ninguno de estos grados se puede conseguir sino en función intelectual, porque la convicción intelectual es lo que pone estabilidad en nuestra alma y causa ese asiento y esa paz psíquica, ese equilibrio llamado contento. Para ser capaz de contentarse en este mundo es necesario tener lo que llaman *principios.* De ahí viene que una escuela donde el intelecto padece una atrofia por indigestión de memorismo, donde no hay principios, necesariamente producirá resentidos, como notó de nosotros el gran Ramiro de Maeztu: *"almas apocadas que necesitan el alero de un empleo público para poder ganarse el sustento";* y toda alma apocada es necesariamente o servil o rebelde.

La Conferencia de Panamá ha dicho que el primer fin de la escuela es producir la democracia. Es un error craso. El primer fin de la escuela es producir el contento, sin el cual no lo salva a usted la democracia. Ni la dictadura. Ni el corporativismo. Ni la cobeligerancia. Ni nada.

Los argentinos excesivamente contentos somos: los que cada mañana nos insertamos hechos un garabato en un colectivo *colí,* los que nos colgamos del estribo del tranvía, los que viajamos como hacienda en los trenes —y nos aguantamos—. Los ordenanzas con cuatro hijos que ganan 70 pesos, las costureras y las hilanderas que fabrican oro judío con sudor y pulmón criollo, los empleados que Borne y Banga echa a la calle después de hacerles firmar que se van por gusto, los agricultores expulsados un año de mala cosecha, mi amigo el tallista granadino a quien le compra las exquisitas tallas de roble a 30 pesos, y las vende el *marchand* a 700. El pobre obrajero Obregón que se hirió con una astilla de quebracho: el médico municipal de Resistencia le

amputó el ojo derecho, fue a cobrar indemnización a la Compañía y la Compañía no tenía "legalmente" nada que ver con él, el responsable era el contratista –el cual era insolvente–; el médico que se enojó se fue a un gran abogado de Santa Fe, el abogado hizo su oficio y al fin lo llamó y le dijo: *"Si usted quiere cobrar esta otra cuenta que tiene en Vialidad renuncie a la cuenta del obrajero; no hay nada que hacer, Fulano de Tal está en el directorio de la compañía y en el directorio de Vialidad. Largue una cuenta. Peor es nada"*. Y así fue. El médico cobró la otra cuenta y el obrajero no cobró nada. Éstos son los que yo digo que están demasiado contentos, con cuyo dolor me siento solidario porque es parecido al mío. Algunas veces me pregunto si somos realmente los nietos de aquellos gauchos de antes. A Martín Fierro le han quitado la guitarra y las bolas; y hoy día cualquier gringo platudo le pisa el poncho. Y tiene revólver el otro, no se puede hacer nada a ponchazos. (¿Y decir estas cosas en un diario, no será "comunismo"?).

Los que estamos excesivamente descontentos somos casi toda la Argentina, que estamos acostumbrados a querer remediar cualquier incomodidad propia cambiando de gobierno. La inestabilidad propia del régimen eleccionario-liberal nos ha metido en la sangre el famoso: *¿Piove? ¡Governo ladro!* de los italianos. Somos exactamente el cuento de las ranas que pedían rey, y a cada rey que les mandaba Júpiter se descontentaban más.

Claro que esa predisposición nuestra está fomentada en toda forma por las malignas fuerzas que conspiran hoy en todo el mundo a la destrucción del mortecino orden actual –y de todo orden con él– con furor anárquico anticristiano. Es una predisposición anárquica confusionista, una frivolidad producida por falta de educación intelectual, una insensatez alimentada por la prensa extranjerizante y mentirosa, una falta de continuidad (de *suite dans ses idées*) casi simiesca, una desmemoria y desprevisión que homologa las reacciones de la plebe porteña al *behaviour* del animal, el cual vive pendiente del presente y arrebatado por sus fuga-

ces impresiones; en fin, un descontento que no es el descontento normal de quien repugna a un mal, pero es en realidad un estado permanente, un incontento, o como dicen los italianos, un *malcontento.* Eso es lo que llevaba a la viejita italiana a compararnos a enfermos.

La Vanguardia dice que en el pueblo argentino —sacando los socialistas— hay falta de educación política. Así es nomás, porque nos falta su fundamento que es la educación moral. La educación moral es la que produce la virtud de la obediencia, que tiene dos vicios en su contra, la rebeldía y el servilismo. Aunque sean contrarios entre sí, estos vicios pueden hallarse en un mismo sujeto, porque sólo la virtud que asienta en la mediedad de la razón es contradictoria del vicio, es decir, lo expulsa radicalmente del alma; mientras que los contrarios nacen unos de otros y pueden alternarse en un mismo *subjectum.* Y así resulta verdad que los argentinos por carestía de la españolísima virtud de la obediencia tienen los vicios opuestos a ella, rebeldía y servilismo, y son a la vez resentidos y aplastados, o sea, excesivamente contentos y descontentos excesivamente.

No todos los argentinos, sino solamente los porteños y los provincianos aporteñados; y de los porteños solamente el tipo que Cide Hamete Hijo llamaba *"El Pequeño Porteño".*

Cabildo, Buenos Aires, Nº 384, 28 de octubre de 1943.

El "betaclán"

En un pueblo de Santa Fe la intervención descubrió esto: que el comisario en realidad era la señora del comisario. Lo cual para mí constituye un abuso insólito. "*Qué te crees tú eso* —comenta el español de la portería— *en toas partes pasa lo mismo, quien más quien menos, donde hay hombres casaos*". El portero es solterón empedernido. Cuando supo que habían hecho ministro de Instrucción Pública a Martínez Zuviría, como tiene la idea de que yo soy amigo del gran escritor —y quién no lo es en la Argentina— me chista y me dice: "*Misté. Digalusté. Lo primero que hay que arrancá ¡de raí! pa l'istrución de tóos, ej este abuso: ¡este «betaclán» de la calle Jorge Cubas, alante el Seminario, porque es un berdadero «betaclán»!*

Se trata de las parejas anochecidas que hacen sala de visita sin hermanitos del profundo claustro de la sombra de las acacias, que con el ahorro de electricidad se confunde ahora con la noche misma.

Esta ocurrencia del portero de conectar al ministro con medidas de policía y decencia urbana me trajo a la memoria una frase del gran patriota y noble maestro inspector H. A. Varela —cuyo excelente libro CONTRACORRIENTE acaba de llegar a mi mesa— a quien le oí decir poco antes de su serena y preciosa muerte: "*Padre, hacer planes de reforma y programas nuevos para nuestra enseñanza es un ejercicio académico. Quitar los absurdos de nuestra enseñanza, ése es el programa, no ya de un ministro sino de muchos ministerios*". ¿Qué absurdos? ¿Los inspectores sectarios, los directores con derecho de pernada, los "acuñados" para conse-

guir puesto a cambio de 3.000 pesos por cabeza? Esto pasó realmente en Resistencia: Había un hombre con "cuñas" que vendía a los maestros "traslados" a 2.000 pesos; "puestos" a 3.000 pesos cada uno.

Ésos no son absurdos, ésos son crímenes. Los absurdos son los que han hecho posible la irrupción del crimen en la enseñanza, las brechas por donde se ha colado el malhechor, o sea, en una palabra, el *betaclán*. Cuando se conocen los archivos secretos, o se habla con personas interiorizadas en la vida interna de ese vasto organismo burocrático, político-pedagógico encargado de luchar contra el crimen de no saber leer, uno se pregunta con espanto cómo ciertas alimañas han podido entrar ¡y subir! en la escuela; y aun cómo hay tantas alimañas en la Argentina; alimañas que saben leer ¡y muchas otras cosas más! Si la enseñanza fuese una colmena fuerte, no habría entrado la polilla. Si la enseñanza fuese una cosa sana, no habría tantos focos de queresa. Si en ella fuese efectiva la supervisión materna, si la escuela dependiese del padre y no del político, jamás hubiese campado en ella el adúltero, el tahur y la divorciada.

Sarmiento, que por momentos fue un iluso, pero nunca fue un tonto ni un perverso, si soñara que en la máquina importada por él para poblar el país en cincuenta años de 100 millones de argentinos perfectamente norteamericangallados, se habrían de insertar maquinitas criollas de dar "puestos" por 3.000 pesos, el sanjuanino se hubiese alzado como un león y no hubiese vacilado en fusilar a alguno. Justamente el sanjuanino se picaba de moral, se gloriaba de que las maestras puritanas que trajo de Yanquindia sabían hablar mejor y hablaban más frecuentemente de los deberes del hombre y del ciudadano, que las modestas monjitas criollas que para su gusto hablaban demasiado de Dios y de la Virgen Nuestra Señora.

Sarmiento es un escritor poderoso, tanto más cuanto menos impera en él la lógica. Es de esos que escriben *como quien se desangra*, como Mallea, como Alfredo Palacios, como Almafuerte. Escribe con la emo-

ción, y la emoción es siempre elocuente y cálida; pero no es exacta ni previsora nunca.

Lo que pasa en la escuela de hoy lo pudo haber previsto Sarmiento; estaba claramente en las premisas. Vamos a ver: ponga usted de un lado veinticinco mil maestras tituladas y desempleadas, tomadas de todas las clases sociales, con poca formación por un lado; ponga por otro lado los "puestos" en manos del político como propiedad del político, como instrumento democráticamente necesario de hacer política, junto con la carrera al dinero, que es uno de los vicios nacionales que ya están en la sangre del argentino —y el aparato de vender puestos a cambio de dinero o cosas equivalentes está prefigurado—. Que no aconteciera era un milagro; y para conseguir el milagro, empezaron por echar a Dios de la escuela. Como la ley de "prohibición" en Yanquindia tenía en su seno el gangsterismo, así la ley de instrucción laica forzosa, cara y obligatoria se traía necesariamente el "puestismo", el favoritismo, el soborno y las demás secuelas.

Este *betaclán* ha sido entregado a Hugo Wast y sus colaboradores, los cuales para mí han hecho al aceptarlo un gran acto de patriotismo, simplemente como soldados llamados al frente. Mi tío decía que todo aquel que hoy día se siente llamado a servir a la Patria debe saber primero que va a servir a la cosa más desagradecida que existe en el Universo; y con todo eso, debe marchar lo mismo. Los tiempos que corremos traen a la memoria la melancólica frase de Tácito: *"Res servabitur publica, servatores non servabuntur". ("Se salvará la república, los salvadores no se salvarán").*

Lo mejor que pueden hacer los salvadores es poner el *betaclán* en manos de Dios —si Dios lo quiere agarrar todavía— y ponerse ellos a las escuchas de la Providencia. Así por lo menos sacarán en limpio la corona de mártir. *"Dentro de la cordialidad con el extranjero, hay que cristianizar el país, en armonía con su historia y su constitución; hay que fomentar la natalidad más que la inmigración; hay que asegurar los beneficios del trabajo y un techo decoroso para cada*

hogar; hay que extirpar las doctrinas de odio y afianzar el imperio de la ley", dijo anteayer Hugo Wast. Todo eso apenas lo puede hacer Cristo Rey. Si el Señor no edifica la casa, en vano se afanaron los albañiles. Si Dios no custodia la ciudad, en vano se desojaron los centinelas.

Con tal que Dios nos quiera abrir. Dios no es un cantor de tango como aquel que decía: "*Ya que has vuelto, entrá no más*". Dios es un tipo más fidalgo, más español, más gitano, como aquel que dice:

"Argún día haj de yamá
y no te abriré la puerta...
¡Y me sentirás yorá!".

CABILDO, Buenos Aires, Nº 400, 13 de noviembre de 1943.

Hacia el estatuto

Todo argentino nativo es un gobernante nato. Por lo menos lo creemos así. Usted encuentra a cualquier porteño en la sala de espera del dentista y lo primero que pregunta es: "*¿Qué va a hacer este gobierno?*" —algunos añaden después de "*gobierno*" la preposición *de* y un sustantivo escogido—. Y en seguida, antes que usted conteste, le hace a usted la confidencia de lo que harían ellos si fuesen gobierno —sin *de*—. Hay para todos los gustos, desde el gusto sanguinario que habla de fusilar a todos los corrompidos, hasta el gusto beatífico que estima se deben poner en el candelero a todos "los buenos católicos", empezando por él —que si uno va a mirarlo, hace mucho que ya está en el candelero encima del altar—.

—¿Qué va a hacer este gobierno? Ir hacia el *estatuto,* o dígase *estamento*, que es el verdadero nombre castellano.

Hay un criterio fácil para medir si una medida de gobierno es buena: si va hacia el *estatuto* es buena, si no va hacia el *estatuto* podrá ser buena, pero no interesa.

Ir hacia el estatuto es descentralizar, crear los organismos intermedios, dejar nacer y crecen la *institución,* fomentar la vida funcional y celular en el yermo arenal de la atomización liberal. Saber gobernar no es querer asumir toda la responsabilidad, puesto que por grande que sea un hombre no puede curar de todo. Saber gobernar es saber dar y exigir responsabilidad. Los hombres que quieren hacerlo todo por sí, sea en una familia, en una oficina, en un seminario, en una dióce-

sis, en una gerencia, en un consejo, en una comuna o en una nación, son gobernantes mediocres o equivocados.

En 1934 escuché al célebre profesor Siegfried tres conferencias sobre Sudamérica, en el France-Amerique de París. El gran sociólogo explicaba muchas aberraciones políticas de Sudamérica por la falta de *organismos intermedios* entre el Ejecutivo y el pueblo; entre otras, las frecuentes revoluciones y asonadas estériles. "*Aquí en Francia no sabemos lo que es ser Presidente. Pero en una nación donde todo, desde el rector de la universidad hasta el último ordenanza de una escuela del Chaco está directamente pendiente del Jerarca, ¿no es verdad que vale la pena agarrarse a tiros para subir al Poder? ¡Porque eso es «poder»! ¿Quién de nosotros se agarraría a tiros por sustituir a Mr. Lebrun? Allons donc*". (Sin embargo pocos días después, el 3 de febrero, se agarraron a tiros los franceses— o mejor dicho, los agarraron— en la plaza Concordia. Pero fue sin pensar).

Hay que ir hacia los organismos intermedios, lo que llama el jurisconsulto Renaud "*l'Institution*", lo que palpita en la entraña del derecho romano, lo que la Alta Edad Media llamó *fuero*, lo que la Baja Edad Media concretó en *corporación*, lo que los fascistas llamaron *entes autárquicos*, aunque en Italia no eran hasta ahora muy autárquicos que digamos. Como decía aquel vasco que le rompió la cabeza a cuatro aduaneros antes que se la rompiesen a él, todo por no pagar un centavo de aforo por una docena de huevos: "*No por el huevo sino por el fuero*". Y tenía razón el vasco. Defendiendo a muerte el fuero vascongado, defendía un pilar básico de la sociedad cristiana, que al ser retirado por el individualismo liberal dejó al pueblo convertido en masa, a la sociedad en aglomeración, al vertebrado social en colonia de protozoarios y a las naciones en vastos campos de arena donde el cambio político no es posible sino en forma de inundación, que se lleva todo lo que se ha construido y donde los hombres de talento acaban por perder el ánimo de construir nada.

Pongamos por ejemplo el Consejo Nacional de Educación. Es muy posible que gobierne mal, no porque sea malo, sino por ser ingobernable. Es posible que no se pueda "reorganizar", porque nunca ha sido orgánico, porque no es un organismo. Hay un teorema clásico en la ÉTICA de Aristóteles donde se advierte que todo organismo tiene un tamaño-límite que no se puede rebalsar sin exponerlo a la anemia y a la muerte. Aristóteles dice que una ciudad no puede ser menor de 100, ni mayor de 100.000 habitantes, porque se volvería ingobernable, a no ser por medio de la tiranía.

Esos números son muy anticuados, por el progreso de la técnica vial; pero el principio es inconmovible. Un perro puede tener de grandor desde el de una rata hasta el de un ternero; pero no puede salir de esos límites, porque sería un caballo o una catanga, pero ya no sería un perro. Lo que puede crecer indefinidamente son las cosas muertas, como las máquinas. Los yanquis no pueden hacer ni el Partenón ni la Cúpula de San Pedro —aunque pueden destruirlos—, pero pueden hacer edificios de 30, 40, 50, 60, 70, 80 pisos... *e vía dicendo.* Así también el Consejo Nacional de Educación puede gobernar desde 10 hasta 50.000 escuelas ¿por qué no? Se aumenta el número de secretarios y de "fichas" y ya está. Pero es que en realidad no gobierna, y por eso entra la polilla y suceden cosas horribles. Agarre usted una colmena débil de 20.000 obreras y póngale cámara de cría y dos alzas, y verá lo que pasa, por buenas que sean las abejas.

Y así en todo lo demás. *Non omnia possumus omnes.* El arte de gobernar es el arte de hacer coparticipar. Y a esta coparticipación responsable la llamó Santo Tomás *"democracia verdadera"*.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 403, 16 de noviembre de 1943.

Digamos la verdad

El filósofo como el médico no tiene remedio para todas las enfermedades. Muchas veces todo lo que le da la ciencia es pronosticar la muerte, lo cual se puede omitir por misericordia o bien se puede decir duramente, para autenticar un posible milagro. A veces todo lo que puede dar como solución es oponerse a las falsas soluciones, obstaculizar la acción de los hombres de acción que no pueden con el genío y tiran de los cabos del otro ovillo, tan enredado que por donde usted tire se enreda más. Puede con el pensamiento poner obstáculos para retardar una catástrofe, puede apercibir puntales para los reconstructores —que él no verá— después de la catástrofe; pero en muchos casos no puede sino prever la catástrofe y callarse la boca, porque ve que no le van a hacer caso. Si Casandra hubiese callado sus profecías —¡total para lo que sirvieron!— no hubiese muerto joven.

Los pedagogos de los diarios cuando damos soluciones para la enseñanza argentina muchas veces tenemos conciencia de que estamos recetando Untisal para una lepra. Cuando decimos que hay que aumentar el sueldo de los profesores "incorporados", que hay que cambiar el "puntaje", que hay que hacer concursos, que hay que suprimir las *cuñas*... sabemos muchas veces que estamos atacando síntomas. No todos los días tiene uno ganas de decir toda la verdad y también hay que ganarse el puchero divirtiendo a la gente, ya que es sabido que los que dicen la verdad mueren en el hospital; y la gente hoy día a toda costa quiere divertirse.

Pero algún día habrá de atreverse a decir la verdad desnuda más o menos como sigue:

La actual organización escolar argentina fue cimentada sobre una apostasía nacional.

Ser maestra hoy día en la Argentina raramente es un honor; casi siempre es una equivocación.

Una nodriza cumple una misión más noble que una doctora en filosofía y letras.

Una niñera es más feliz que una profesora.

Una cocinera está más cerca de Dios que una pedagoga.

Una profesora de labores es más útil a la Iglesia que una Sociedad de Poetisas Católicas.

Las mujeres han sido pensadas más para inspirar poemas que para escribir poemas.

Para un promedio muy grande de gente, el alfabetismo es de hecho una desgracia, incluso para algunos escritores.

La Escuela Normal es un monumento de la insensatez argentina.

El «normalismo» es un atentado permanente al sentido común, que llega hasta perturbar el equilibrio de las órdenes religiosas femeninas.

La gran hazaña del Estado Liberal ha sido no crear en un siglo trabajo para el varón, ocupado en crear el falso tipo humano y verdadero problema social de la «maestra vacante».

Las tres nuevas carreras masculinas que debemos al Estado Liberal son las siguientes: inspector de inspectores, comisionista de puestos, y marido de maestra.

Los $ 210 que en la punta de un anzuelo el Gobierno hace relumbrar ante la boca abierta de innumera-

bles familias pobres argentinas representan para casi todas un peligro moral y familiar.

El gran aparato burocrático del monopolio escolar argentino representa un instrumento desintegrador de la Vida.

La mujer no ha sido hecha para ganar plata sino para gastarla; y no se puede convertirla en filón —o como dice el lunfardo, en «mina»— sino por medio de algún modo de prostitución.

Cuando el Estado hacía todo lo posible para mantener al varón en su lugar y a la mujer en el suyo, todavía había varones tentados de explotar a la mujer y convertir el tesoro vital que hay en ella en tesoro a secas; pero cuando el mismo Estado conspira a que la mujer quiera plata en vez de chicos, ayúdeme usted a pensar...

La mujer que sale buena y está en su lugar es una joya, que no se paga con todo el dinero del mundo; y para conseguir eso hay que gastar dinero en vez de pretender de ella que lo rinda antes de tiempo...

Todas estas proposiciones —y las que me ha borrado la censura— son antipáticas, odiosas, insólitas, escandalosas y ofensivas de las pías orejas; pero lo peor de todo es que son filosóficamente verdaderas.

Dado que el periodista tiene que decir algo, ¿por qué no decir la verdad de vez en cuando? Sobre todo que Voltaire dijo: *"Mentid, que algo queda..."*, que es una frase que siempre nos ha consolado; porque si algo queda mintiendo, mucho más quedará diciendo la verdad.

Esto no quiere decir que no haya muchas maestras buenas y hasta santas, a quienes beso la mano pidiéndoles perdón por maltratar al gremio, al cual yo también pertenezco, por desgracia; pero no son santas a causa sino a pesar del mecanismo muerto que las crea y las emplea, bajo el cual a veces están desvirtuadas y hasta martirizadas.

Lo que pasa es que la salud de la familia o la vitalidad de la raza o el heroísmo personal o el cuidado de la Iglesia o el sacrificio de algunos gobernantes o las reservas tradicionales o, en suma, Dios que es grande, no permiten que el mecanismo ciego nacido de un error y alimentado de intereses y prejuicios haga todo el daño que de suyo el diablo quisiera que haga.

Pero no se puede desafiar eternamente a la inteligencia, jugar con el absurdo y tentar a Dios pidiéndole milagros incesantes.

"Dios es criollo", dicen. Dios es criollo las veces que no lo cansan demasiado, y hasta que no lo obligan a ponerse furioso. Miren cómo está de criollo Dios en Europa. *"Et conversi sunt et tentaverunt Deum; et fortem Israel exacerbaverunt"*, dice el *Himno 77*: *"Se dieron vuelta a tentar a Dios; y lo enfurecieron al Dios dellos en contra dellos"*.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 413, 26 de noviembre de 1943.

Los casos del loco Benito

Cuando yo era chico, había en mi pueblo un loco llamado Benito, que era bastante divertido. No era un loco malo, sino un loco inofensivo. Era de una familia acomodada, tenía plata en el bolsillo y la sabía defender; lo dejaban vagar por las calles del pueblo y no hacía daño a nadie, más que a sí mismo, por más que yo soy contrario que a los locos, aunque sean mansos, los dejen vagar sobre todo por las redacciones de los diarios. El loco Benito tenía varias manías: una de ellas era armar cigarrillos perfectos, aunque para ello gastase una hora entera y gran cantidad de tabaco y papel; otra era un parasismo que le daba de salir disparando hacia el camino del puerto sin parar hasta caer extenuado: esto le daba cada luna nueva por una semana, y, gracias a este ejercicio violento, el loco se conservaba en buena salud. Los chistes del loco Benito eran famosos en el pueblo.

Una vez lo llevaron preso por prenderle un paquete de cohetes en las patas del parejero de La Llana, el cual rompió a coces la vitrina de la Confitería Las Colonias, que era la mejor del pueblo, o, mejor dicho, la única, en aquel tiempo. Estoy hablando de *cuando yo era chico.* El sargento Cleto fue a traerlo preso, y le dijo:

"*—Entréguese a la ley!*" —porque en realidad el sargento le tenía un poco de miedo.

"*—¿A qué ley?*" —dijo el loco.

"*—¡A la primera ley de la Constitución Argentina!*

"*—¡Está mal!* —dijo Benito—. *Esa ley manda que*

todos los soldados deben pasar por la peluquería y yo no soy soldao".

Resulta que el sargento tenía una porra negra, redonda, aceitosa, que no la habían tocado tijeras desde que nació, y donde podría haber, ¡vaya uno a saber!, hasta nidos de cucarachas. Se enojó muchísimo el sargento, lo agarraron entre dos, y le arrearon una manga de planazos. Y en el camino a la cafúa el pobre Benito iba rascándose y diciendo:

"—Pucha digo! ¡Qué país éste! ¡Tantas leyes como hay y todos quedan «impunes»!".

Esto me hace acordar la enseñanza argentina, que hay miles de leyes y de reformas, pero por suerte casi todas andan impunes, porque si se cumplieran la mitad solamente, la enseñanza ahora anda mal, pero andaría mucho peor.

Otro caso edificante del loco Benito era que cuando tenía plata se iba a la tienda del judío Hachuel a comprar 5 metros de batistín rojo para pescar ranas, porque el loco era aficionado a pescar ranas en los albañales con un alfilercito y un trapito colorado. El dependiente le medía y le cortaba el género, lo empaquetaba. cobraba el precio haciendo ruido con la máquina registradora; y cuando se lo pasaba a Benito, Benito se enojaba de golpe y le gritaba: *"¡Qué te has pensado vos que me estás mirando dése modo! ¡No te agarro el género! ¡Te lo dejo! ¡Te hago huelga!"*. Salía disparando de la tienda, y al primero que encontraba le decía: *"¡Lo embromé al judío Hachuel! ¡Le hice cortar género, lo hice empaquetar, lo hice bramar la maquinita de hacer boletos, y después lo dejé plantado!".*

Esto se parece a los estudiantes que hacen huelga y no quieren dar examen. Los estudiantes son el loco Benito y el Estado es el judío Hachuel. Los estudiantes han comprado los libros, han ido a clase todo el año, han estudiado mucho —es de suponer—, y cuando llega el momento de llevar la mercadería se la dejan con plata y todo, creyendo con esto pegarle un susto bárbaro al tendero.

Una vez hubo una sequía espantosa en Reconquista y el loco Benito se afanaba mucho por sacar todos los tapones de los botellones en el comedor de su casa. La sirvienta los volvía a poner y el loco los volvía a sacar. La sirvienta le dijo: "*¿Qué estás haciendo, Benito?*". Y el loco contestó muy serio: "*Quieren que llueva ¡y no dejan evaporar el agua!*".

Esto se parece a los proyectistas, reformistas, planeadores, arbitristas, memorialistas y truchimanes que andan elaborando planes perfectos para salvar el país, empezando por mí; sobre todo nuevos planes de enseñanza. El país no padece de falta de leyes, ni se puede hacer llover con botellones. En la enseñanza en particular hay exceso de ligaduras que no aprietan; y las que aprietan, atan donde no debían. Válgale la buena sangre del país, que todavía no se ha ahogado del todo; pero es una verdadera lástima ver cómo se hace perder el tiempo, y a veces la cabeza, a las criaturas que no tienen la culpa, en escuelas entecas y a veces absurdas.

Por mí pueden seguir destapando botellones. Yo ya acabé mis cursos, he dado todos mis exámenes, y conservo a mis maestros una inmensa gratitud, porque no me han arruinado del todo. Pero la seca va a seguir lo mismo.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 455, 9 de enero de 1944.

Libros (I)

La gente pregunta cuando lo encuentra a uno:

—¿Qué libro está escribiendo?

Y *uno* realmente no sabe qué decir que no sea mentira; porque decir *Ninguno*, es hacer que lo tengan por ocioso, y decir *Estoy leyendo el gran libro de la vida* es posarla de *posseur.* Es cierto que el obispo Esquiú antes de morir recomendó al clero que escribiera libros buenos. También preguntan más en concreto:

—¿Cuándo escribe *El Reinado de Dulcinea*?

El reinado de Dulcinea lo he escrito ya dos o tres veces mentalmente, y me he divertido bastante; pero escribirlo para los otros es otra cosa, es un trabajo bestial; y ¿dónde tengo ya el tiempo?; y cuando tuviese el tiempo, ¿para quién lo escribo? Para el pueblo; muy bien: ¿cómo hago para que llegue al pueblo?; por medio del editor; ¿dónde está el editor? ¡Se ve que usted los conoce a los editores!

Para no tener que vivir haciendo traducciones del francés, a $ 0,30 la página, para una editorial católica, Cervantes se enganchó de soldado, fue a la guerra y perdió una mano; pero con la que le quedó *escribió el* QUIJOTE. Si hubiese vivido en la Argentina 1944, lo quería ver yo al manco escribiendo el libro más excelso del mundo —después de la ÉTICA A NICÓMACO— y la más grande de las novelas cristianas. Como Cervantes no era tonto, hubiese visto en seguida que el autor argentino está sometido al comerciante no argentino; y probablemente hubiese contestado al proponerle escribir un libro, algo parecido a lo que decía mi tío el cura: "¿*Es-*

cribir un libro? ¿Yo? ¡No se embroma el gobierno! ¡Qué escriba libros Culaciatti!".

A todos sus sobrinos les dejó la siguiente recomendación: *"Si ustedes no saben, pueden impunemente adoptar la profesión de autores; pero si ustedes saben escribir, ni sueñen en ganarse la vida con esa infausta sabiduría, porque entran en un riesgo gravísimo, que los puede llevar al suicidio. El país está enfermo, y en un organismo contaminado sufren más los tejidos más delicados; y el tejido nervioso es el más delicado de todos, del cual está compuesto casi exclusivamente el cuerpo de un escritor de raza. Si usted pone a Enrique Méndez Calzada, Leopoldo Lugones u Horacio Quiroga a trabajar bajo la dirección de Gerchunoff o Valmaggia —sin denigrar a éstos, que quizá no tienen la culpa—. ¿Qué puede resultar de eso? Alguna cosa horrible, proporcionada a la magnitud del desorden que implica esa suposición. El hecho de que* LA NACIÓN *dé un porcentaje más grande de suicidios de escritores que* LA PRENSA *dirime quizá una cuestión muy debatida entre los devotos, a saber, cuál de los dos grandes diarios es más «malo», es decir, más anticatólico o pseudocatólico. Los escritores de* LA PRENSA *no se suicidan. Será porque son más brutos, será porque son más burgueses; el hecho es que no se suicidan. Aparentemente* LA PRENSA *es más «mala», es decir, más masónica; pero el masonismo de* LA PRENSA *no es del grado 33, sino de los grados subordinados, que no suelen brillar por su inteligencia.* LA PRENSA *tiene la mente pesada, cerrada, basta, beata y vacuna del buen burgués obeso. Burgueses se han visto morir en todas formas, incluso podridos, y también muertos a patadas; nadie ha visto un burgués suicida"*... Hasta aquí mi tío.

Si mi tío hablaba macabramente de la muerte al oír hablar de escribir libros —quizá porque ya entonces estaba él mismo tocado por el ala de la Muerte— era para acabar cristianamente afirmando que existía con todo una manera segura y sana —incluso en la Argentina— y era escribirlos por amor de Dios o purísimo amor del prójimo —que es lo mismo— aceptando si era necesario

el martirio como único premio. *"Si Cervantes viviera hoy día* —declamaba el viejo hecho un león— *tendría que escribir el* QUIJOTE *en una cárcel, tendría que imprimirlo por su cuenta, tendría que rejuntar dinero prestado para editarlo, ganaría un maravedí por cada cien ganados por el librero, sería tomado por zonzo que es lo más triste, ¡y recibiría disgustos tremendos de parte de sus superiores como único agradecimiento!".*

"—Y bueno —le replicó uno de los oyentes— *¿por ventura no le pasó eso mismo en el siglo XVI?".*

Meditó un momento el empecatado canónigo, y dándose una gran palmada en la frente, exclamó:

"¡Es verdad ¡Maldita sea nuestra mala estrella! ¡No tiene la culpa la época, ni el periodismo, ni los editores, ni los judíos! ¡Los autores somos como las mujeres!".

"C'était une femme, c'est-à-dire une malheureuse", dice Víctor Hugo. ¡La preñez es la maldición inevitable del amor! A lo cual contestó el interruptor, muy correctamente a mi entender, que también era por otro lado la gloria dolorosa del amor...

La primera vez en la vida que lo vi derrotado a mi tío en un contrapunto discutivo mano a mano sin insultar.

Pero también el interruptor era nada menos que don Gustavo Martínez Zuviría.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 458, 12 de enero de 1944.

Moral y moralina

Días pasados leímos en un documento oficial que *"la causa del desbarajuste nacional que hizo necesaria la revolución se encontraba en el desorden administrativo"*. Se trata de la causa próxima inmediata, pero no de las causas profundas, que son de naturaleza moral, las cuales a su vez están condicionadas últimamente por errores intelectuales, incluso teológicos. Porque en el hombre el corazón lleva los pies y los ojos *quiebran* el corazón, diría el viejo Sócrates: *"las fuerzas apetitivas en nuestra ánima siguen naturalmente a las aprensivas"*; y de las apetitivas se derivan las ejecutivas, que son las que al fin cristalizan en el orden *administrativo.* O como dice la copla, más sencillamente, pero con no menor filosofía:

"Asigún el hombre piensa
ansina el hombre camina
Y asigún comprìende el hombre
desea y patea ansina".

Hoy encontré en el hospital una mujer de 50 años que parecía de 70, que me contó en lamentable cocoliche su desastrosa historia: 8 hijos, el marido borrachón acaba de morir, la hija mayor casada con tres criaturas la abandona el marido y se refugia donde la madre, la cual trabajando en una chacra a peso diario se atrapa la mano derecha entre un alambre tenso y un poste y se arruina el brazo por tiempo indeterminado, quizás para siempre. El único consuelo que le pude dar es decirle que hay docenas de historias semejantes en cual-

quier núcleo poblado del rico campo argentino. Como se ve en este minúsculo ejemplo, hay una causa económica en esta miseria, que es el peso diario por un trabajo grave; pero peores son las causas morales, la inmoralidad, inconducta y falta de virtud de los dos varones. El régimen liberal al pueblo pobre lo largó solo; y el pueblo se "desmoralizó", se deseducó, perdió sus virtudes morales, al mismo tiempo que el ambiente social cristiano que las nutría se volatilizaba. Hay que "reeducar" al menor, y no "educar al Soberano"; tarea profunda y difícil que pide mucha inteligencia y también gracia de Dios.

Ahora bien, es menester prevenir al pueblo argentino sobre una falsa concepción de la moral. No se es moral solamente con decir: *Yo soy moral*, ni siquiera con decir: *Yo quiero ser moral.* Días pasados asistí a una distribución de premios en un internado. El director despidió a los bachilleres con un discurso digno de Séneca o San Ambrosio: "¡Sed leales: porque la lealtad es signo de nobleza! ¡Sed veraces: porque la mentira es el arma de las mujeres! ¡Sed altivos, porque el hombre que se abaja da muestras de ánimo apocado! Sed... etc.". La ristra de "Sed" constituía un *Tractatus de virtutibus,* aunque con algunas virtuditas discutibles; pero un educador que estaba a mi lado me decía: "*Yo espero que este señor los habrá hecho ser a los muchachos todo eso que les dice «sed», porque si no, yo le doy un premio de orador, pero lo aplazo como educacionista*". Para hacer a los hombres virtuosos se necesita Dios y ayuda.

Existe en nuestro ambiente una moral que podemos llamar *naturalista* y que otros llaman *moralina.* Para conocer la *moralina,* no es necesario ver películas "morales" extranjeras, basta abrir revistas "distinguidas" argentinas. Ella es de provenencia protestante y su última raíz se halla en el error teológico de J. J. Rousseau, llamado *naturalismo.* Este error consiste en creer que el hombre es naturalmente bueno, y que basta *dejarlo solo* para que se conduzca bien. Por el contrario, el cristianismo auténtico no ha cerrado jamás los ojos ante la se-

milla de perversidad que hay en nuestra natura, y ha asignado a la conducta moral dos raíces: el esfuerzo del albedrío y la ayuda de Dios. Cuidado, pues: la moral no es lo mismo que la moralina, y es mucho más que la simple disciplina.

La moralina es fácil, superficial, presuntuosa, puritana y palabrera. La moral es difícil, profunda, humilde, cauta, callada y alegre. La moralina está siempre pronta a hacer portar bien a los demás, a juzgarlos y a reprocharlos. La moral tiene la vista en sí misma. La moralina propone mucho, promete mucho y confía en sus propias fuerzas. La moral va poco a poco, y siempre termina por buscar su apoyo en el sentimiento religioso para poder superar con la esperanza de sanciones futuras la imperfección o falla total de las sanciones humanas. Una lee a Marsden y Smiles, y la otra a Thomas de Kempis. La moralina es sólo la ilusión, y a veces la falsificación de la moral.

La instauración de un régimen ético en la Argentina es una empresa tan vasta y comporta problemas tan intrincados y difíciles, que sería para desesperar si no existiera un camino derecho, que es el de la Tradición, y una pequeña cantidad de hombres próceres.

—Esto está todo podrido —así dicen—. Aquí hay que cambiarlo todo.

—¿Y con qué, si *todo* está podrido?

—Con hombres que se creen sanos...

—¡Ay! Los hombres que se creen sanos no son sanos.

—Entonces, según usted, con hombres que se creen podridos...

—Tampoco. Mejor es con hombres como aquel que dijo:

"No estoy bien ni mal conmigo
mas dice mi entendimiento
que un hombre que todo es alma
está cautivo en su cuerpo...".

Son hombres que sienten en sí la cautividad de este gran cuerpo enfermo que es la Argentina.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 476, 30 de enero de 1944.

San Juan

Creía que no iba a poder escribir sobre San Juan, porque soy sanjuanino espiritualmente y estoy reducido a tartamudez por la ciencia experimental de lo que es una catástrofe; es fácil hablar mucho cuando se siente poco. Pero la nota semanal es debida, y el deber cotidiano es en el fondo el único consuelo sólido al dolor de vivir. Hay pensamientos que perpetuados se volverían inaguantables; y que se interrumpen al menos en el momento que uno está llenando la pluma fuente.

El pueblo sanjuanino se ha portado admirablemente, dicen los funcionarios y los locuaces locutores. También dicen que la nación argentina se ha portado asimismo admirablemente. Digamos que por lo menos se ha portado *normalmente*, ha reaccionado como un ser sano, se ha emocionado, se ha dejado ganar por la emoción normal. Enfermedad es no poder emocionarse, así como emocionarse de modo aberrante, o, finalmente, emocionarse en forma que la emoción no encuentre su expresión natural y derivativa por el cauce de la acción o de la contemplación. Pero la emoción no es todo, y debe ser guiada y alumbrada por la inteligencia para desembocar salubremente en la voluntad. Todo se debe controlar, incluso la buena voluntad, pues no hay cosa más peligrosa que buena voluntad con ineptitud; ¿cuánto más, pues, la emoción? Los caracterólogos que han pasado por aquí nos atribuyen como pueblo una tendencia al exceso de emoción; y Ramón Doll ha notado frecuentemente la afición tanguera del argentino actual por los velorios "*con música*".

El pueblo argentino ha demostrado que tiene corazón, y de eso nunca hemos dudado: lo que nos gusta verle —y ésa es nuestra vocación— es más bien la cabeza. Se puede decir que es *materia bien dispuesta*, y que lo que le falla más bien es la *forma*, o sea, los principios estructurantes de la masa amorfa. Después del magnífico gesto de piedad impulsiva de los primeros momentos —que tuvo también sus excepciones, algunas muy elevadas— los espíritus vigilantes empiezan a vislumbrar detrás de la emoción la sensiblería y detrás de la sensiblería el aprovechamiento de la sensiblería y todo el conjunto de los viejos reflejos que configuran nuestros *vicios nacionales*; que sería cándido suponer extirpados por un repentino gesto de bondad incluso auténtica, como un farrista que al salir de la *boite* da un peso de limosna. Porque la bondad es atributo del hombre normal; pero sólo el hombre superior es capaz del amargo don de la Justicia.

En San Juan ha habido una catástrofe, han muerto miles de personas en las circunstancias más crueles, una cantidad de bienes materiales se han aniquilado en un instante, innumerables hogares apacibles han quedado en la calle; y bien, es lo que cada día la Inaccesible Justicia Increada permite que suceda en Europa, por mano de hombres. Reflexionemos sobre esto. Ahora lo hemos visto más de cerca, qué cosa es un desastre y ahora —sacando la patotita de pitucos maledicentes, los burgueses que ayunaron un día de radio porque tocaba "cantos de curas", y el corazón amojamado de los logreros—, ahora nos hemos puesto graves. Nos hemos sentido pequeños, hemos hecho silencio en nosotros, hemos acatado a la Universal Señora de la Materia Madame Muerte. Y bien, la Muerte hace tiempo está afirmando su señorío en Europa y nosotros, aquí, ¿lo entendíamos? Habíamos trivializado la guerra, como vamos a trivializar a San Juan, si no nos vigilamos; porque con todo se puede hacer negocio y se puede hacer teatro, incluso con un terremoto.

Habíamos ya comercializado la guerra, suceso de orden divino. La inconsciencia de la "información" de

los diarios mercantiles hacía truquitos de propaganda con los ceros de las cifras de muertos, los estrategos a distancia producían victorias y profecías, los locutores belicosos daban verdaderos aullidos de júbilo viril al dejar por el suelo noche a noche el tendal de enemigos "aniquilados" (¿de enemigos de quién, Dios mío?); en fin, el suceso de orden supraterreno que en estos momentos amasa el deleznable barro humano hacia una nueva ordenación divina parecía a través de nuestro frívolo tamiz nacional incapaz de ningún efecto sacro en este pueblo superficial y bueno, fuera del de aumentar su casquivanez congénita. Y así, una parte infinitesimal de lo que sucede en Europa ha querido el inescrutable juicio de Dios que pasara en San Juan. ¿Y por qué en San Juan, Dios mío?

San Juan es —San Juan fue una ciudad hospitalaria, trabajadora, pasional, morigerada, curtida en toda clase de combates. ¿Por qué justamente ella elegida para este barrido siniestro? Suponemos que en las impenetrables esferas donde estas cosas se disciernen pasará un poco como en un regimiento que debe ser diezmado, donde se tira simplemente a suerte el que debe caer por todos. ¡Que no se alegren demasiado los demás, sobre todo en el Puerto y Lonja de Santa María del Malaire! Por las dudas. No sea que nos hayan sangrado en el brazo por causa del desbordante mal de la cabeza.

Que al hacer nuestras esas ruinas y esas lágrimas en hermanal condolencia, merezcamos entrar a participar en el mérito de la expiación fraterna.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 479, 2 de febrero de 1944.

Política clerical

Los militares han *comenzado* una Revolución. Han hecho una cosa sana, por lo menos se ha producido un acto de decisión en un momento de marasmo nacional, como una hemorragia en un comienzo de apoplejía fulminante; ¿cómo acabará?; todavía no lo sabemos, aunque en Dios confiamos. Los militares son simpáticos, la conocida atracción que ejercen sobre las mujeres no depende solamente del uniforme —esto basta sólo para las tontas—; es que el ejercicio castrense mantiene por fuerza aunque sea la sombra y la cáscara —y la sustancia muchas veces, por suerte— de una cantidad de virtudes viriles, empezando por el deporte y acabando por el denuedo, que el degradante mercantilismo de la sociedad liberal tiende a aniquilar en nosotros los civiles. Cristo no se entendió con los fariseos, que eran —digamos— católicos y se entendió con unos cuantos militares paganos.

Los militares no son incorruptibles, tienen su corrupción propia —como los sacerdotes el fariseísmo— que se llama pretorianismo y es realmente temible. A falta de guerra exterior, ¡Dios sea loado!, los militares argentinos se han arrojado a la guerra cívica así como los españoles a la guerra civil y han hecho una cosa sana. Se han arrojado al agua: ahora hay que enseñarles a nadar. Para enseñar a nadar no hay teorías que valgan, hay que nadar al lado —y hay que saber nadar primero— o bien estar arriba del malecón con una cuerda dándole al aprendiz a grito pelado consignas enérgicas y tirones ídem; pero el principal esfuerzo y las tragadas de agua

son del que aprende; ¡y también se pueden ahogar los dos!

Si Bossuet le hubiese gritado a Luis XIV como San Ambrosio a Flavius Teodosius Magnus, se hubiese evitado la Revolución Francesa. Si el padre Lachaise le hubiese dado un tirón a Luis XV como San Juan Nepomuceno al otro rey bohemio, todavía era posible ahorrar al mundo el Terror y la Guillotina, aunque ya no el correr de la sangre, al menos de la sangre del padre Lachaise. Solamente el poder espiritual, representado en los países católicos por la Iglesia, puede posibilitar con su función normal —y en nuestros tiempos con salidas heroicas— la que llaman fecunda *revolución desde arriba*, que es hoy día lo único para evitar la infecunda *revolución desde abajo*. El terrible poder estatal, sobre todo cuando en tiempos turbados debe ejercerse absoluto, necesita un contrapeso que no puede venirle sino del Espíritu, eminentemente representado en el mundo cristiano por la Iglesia. El instinto popular adivina esto: la veneración que le conserva el pueblo a monseñor De Andrea proviene de la idea —inexacta a nuestro humilde entender— de que "es el único que le canta las verdades al Gobierno", como me decía un taximán el otro día.

La gente ha dado en decir que el gobierno actual hace una política *clerical*. ¡Dios nos libre y guarde! Lo que necesita el país es una política religiosa, que es algo mucho más amplio y profundo que una política eclesiástica, no digamos nada de una política clerical, que es su falsificación y contrahecho.

La diferencia entre la política religiosa y política clerical no la entenderá jamás La Vanguardia, pero es preciso que la entienda el pueblo argentino, por lo menos la gente inteligente.

Para la finada La Vanguardia todo Gobierno que no persigue a los curas hace política clerical: y hay en esta creencia un atisbo deforme de una gran verdad teológica, de esta distinción que dije arriba entre religioso y clerical. Un gobierno realmente religioso, como fue el gobierno de San Luis XI, de Cisneros, de Mussolini, tiene el instinto y el deber de perseguir un poco a los

curas, sobre todo a los curas indignos y ¿quién es del todo digno de este oficio de cura? En suma, tiene el deber temporal de hacer cumplir su deber temporal a todos los ciudadanos, de cualquier modo que vistan. Una política verdaderamente religiosa del Gobierno tendría, por ejemplo, el deber de hacerme llegar a mí puntualmente a clase ¡y a los exámenes!; pero, eso sí, para eso tendría que empezar por arreglar la Coordinación de Transportes.

Política religiosa fue José Antonio Primo de Rivera; política clerical fue Gil Robles. La política clerical es más fácil y más cómoda. La política religiosa, como no es otra cosa que religión en el fondo, tiene implicada toda clase de penitencias, humillaciones, riesgos y amenazas de martirio, así como tiene la promesa divina del júbilo y del fruto. (¡Oh, general Ramírez!, que los niños argentinos te paguen tu gesto osado en su favor haciéndote entrar por la senda estrecha del Reino, donde uno deja el pellejo y salva el alma, deja el pellejo como la serpiente y sale renovado como la juventud del águila...).

Rosas, cuando halagaba la chochez del arzobispo Escalada, hacía política clerical. Cuando le escribía desde San Antonio: "*Mándeme aquí un cura, pero que sea un buen cura*", hacía política religiosa. ¿Y cuando expulsó a los jesuitas? Hizo una cosa "impolítica"; por lo menos así opinan los jesuitas.

El gran caudillo católico Windhorst se oponía con todo su partido a las leyes militares de Bismarck en el año parlamentario de 1869. Bismarck negoció con León XIII, a cambio de ventajas temporales para la Iglesia, una exhortación (de votar la conscripción de tres años) al tremendo abogadillo de Westfalia. Windhorst se negó a obsecundar al papa —pero ¡qué sudores, qué insomnios, qué luchas interiores le costó esa decisión!— diciéndole respetuosamente que en eso no estaba obligado a obedecer, por ser cosa meramente temporal, en lo cual su conciencia lo obligaba ante Dios primero que ante los hombres. Después de un tiempo, el papa aprobó la actitud del caudillo católico, por más que al

principio le dolió naturalmente; aunque no tanto por cierto como al mismo civil caudillo; el cual por lo visto tenía al máximo las virtudes militares, la unión del coraje con la disciplina.

Bien. Bismarck hizo política clerical. Windhorst hizo política religiosa. ¿Y el papa? El papa, *"servus servorum Dei"*, hizo un pequeño error y un inmenso acto de humildad. ¡Ay, los actos de humildad del clero, cuán necesarios son aunque sea al precio de pequeños errores!

Los militares se han echado al agua; ahora hay que echarlo al agua al clero: al agua del trabajo, de la responsabilidad y de la humillación. Empezando por mí.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 498, 21 de febrero de 1944.

La ambición

En un ensayo sobre Sarmiento[7] estudié en otro tiempo los efectos del vicio de la ambición sobre este hombre verdaderamente grande. El vicio de la ambición es una cosa realmente seria, aunque sea inexistente para el vulgo, el cual no distingue más vicios que la pereza, la gula y la lujuria, es decir, las flaquezas de la carne, que más que vicios son vergüenzas, comparadas con las sutiles perversiones del espíritu. Las corrupciones del espíritu son peores que las corrupciones de la carne. Si los africanos incendiaron a España fue más por la ambición del conde Julián que por la lascivia de Rodrigo, diga lo que quiera Fray Luis de León. La ambición ha hundido más ciudades que los sismos, y ha muerto más hombres que la lúes. *"Muchos hombres han dejado el Amor por el Poder; ninguno ha dejado el Poder por el Amor"*, dijo Séneca; y los toscanos dicen lo mismo en un refrán, que no me atrevo a citar por pudor.

La ambición consiste en un apetito desordenado del mando por el placer del mando. El mando, elemento esencial de toda sociedad, es solamente un instrumento, una especie de espada filosa, formidable y frágil; y el ambicioso es una especie de criatura que agarra la espada sin saber el fin y el manejo de la espada, solamente porque es brillante y con un ansia inmensa de jugar con ella; con lo cual empieza a cortar donde no debe y acaba por cortarse a sí mismo. ¡Ordeno y mando, y

[7] En *La religión de Sarmiento* en el libro LAS IDEAS DE MI TÍO EL CURA, firmado por Jerónimo del Rey, de próxima publicación (N. del A.). Este libro nunca fue publicado (N. del E.).

lo que yo quiero se hace!, cuando la única dicha verdadera del hombre es conseguir que se haga lo que quiere Dios por medio suyo. La mayor picardía que el diablo puede hacerle a un hombre, dice con mucha razón don Benjamín Villafañe, es ponerlo en un puesto que le quede ancho, porque empieza a hacer daño al prójimo —lo cual a la larga es hacérselo a sí mismo—, y acaba miserablemente; y esa picardía del diablo es el vicio de la ambición.

El otro día le oí a una señora inteligente una frase que solamente una mujer es capaz de producir, un retrato caracterológico formidable hecho en dos palabras con una perfecta modestia. Le pregunté si Fulano de Tal era inteligente y me contestó: *"El cree que es inteligente, pero a mí no me parece..."*. ¡Formidable! ¡Ni Klages es capaz de decir más en menos palabras! Pues bien, el ambicioso cree que él está llamado a mandar, aunque a todos los demás no les parezca; mientras que el veramente llamado, a todos los demás les parece llamado a mandar mientras él duda, y tiembla de pavor, y al mismo tiempo de atracción hacia una obra grande que él ve que se ha de hacer y hay que empuñar para ella el instrumento peligrosísimo. *"J'ai le terreur et j'ai l'extase d'etre choisi"*. Como San Ignacio de Loyola el día de la elección a general de la Compañía de Jesús, rehúsa ser nombrado Jefe y rehúsa a la vez dar su voto a ninguno de los otros, en quienes no ve la preñez de la obra impostergable y divina; hasta que la voluntad de Dios se impone por encima de las voluntades de los hombres.

Ernesto Palacio en su libro CATILINA dijo que existe una ambición mala y una ambición buena; y describió la ambición buena. Eso es como decir que existe una lujuria buena, que es el amor o el matrimonio; y una lujuria mala, que es la prostitución. Toda ambición es mala. Lo que llama allí Ernesto *"ambición buena"* en realidad se llama *magnanimidad*, virtud tan escasa en la Argentina, que hasta el nombre hemos perdido; más que virtud, una especie de disposición general y deiforme del alma, que es columna y basamento de muchas

otras virtudes, justamente las virtudes necesarias para poder gobernar con provecho común y sin ruina propia. Confundir la Magnanimidad con la angurria demagógica y prostitútica de los que andan a las corridas, a los gritos y a los manotazos de un sitial para quitar a los otros y ponerse ellos sin saber a qué, es haber perdido la brújula y la luz de Dios. No es ése el retrato que hace del *magnánimo* Aristóteles, en páginas que se han hecho inmortales. ¡Y está llena la Argentina de esas mascaritas!

Hacer una revolución no es agarrar un arma, salir corriendo, sacar a otro de un sillón y ponerse él; eso es simplemente una elección fraudulenta. Revolución bien llamada es la realización externa de un principio: será buena si el principio es verdadero y mala si el principio —o llamémoslo mejor visión, cosmovisión— es falso. Lo contrario no es Revolución sino asonada centroamericana. El que no tenga una idea que realizar, simple y segura, más clara y real que este árbol que tengo delante, es mejor que no se meta; porque va a acabar mal, en esta vida y en la otra.

Y si está por casualidad en un sillón glomerulado por la esfera magnética del fluido social y divino que se llama *autoridad*, que no ha sido creado por Dios para bien de un particular sino de todo el pueblo, lo mejor para él es abandonarlo despacio y dignamente. Porque los rayos que de allí parten para todos lados le pueden abrasar las manos.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 501, 24 de febrero de 1944.

Una huelga en Mar del Plata

El año 1942 hubo en Mar del Plata una huelga de *pescaderas*, es decir, de las mujeres que trabajan en las fábricas de pescado.

Muchísimas provienen de Balcarce o de Tandil, atraídas por la naciente industria. El campo no da para vivir y mucho menos para divertirse. Según la radio, en la diversión consiste la felicidad: y las costumbres marplatenses lo confirman. La fábrica da hasta $ 8 diarios a las que adquieren tal maestría en descabezar y despanzurrar la anchoa que pueden hacer 8 cajones al día. Se trabaja a destajo. Pero la terrible tenaza de la industria comenzó a funcionar como está acabando de funcionar la del campo: los patrones empiezan a rebajar salarios para aumentar ganancias. Ellos dicen que se ven forzados por la "competencia". Posiblemente es verdad. Pero las poco hábiles que ganaban $ 3 al día ya no ganan para comer; y el marido o el padre desocupado ya se ha venido a Mar del Plata, donde su oficio es vagar por el centro, y su diversión preferida por ahora husmear el resaltante bienestar y lujo de los porteños, y concurrir a las excitantes y magnéticas sesiones semisecretas del *comité*.

Huelga de *pescaderas*. Por mes y medio no trabajan las fábricas, ni los pescadores pescan en consecuencia; y es noviembre, el tiempo de los cardúmenes. Se pliegan los albañiles, se paran las obras, varios hotelitos modestos o pensiones de poco capital que no tenían la menor culpa, pierden la *temporada* y quiebran. Cada uno de los albañiles en particular —o casi todos— querrían trabajar, pero en conjunto están dominados por las

órdenes del *comité:* explíqueme usted ese fenómeno. Los patrones se plantan. Empieza a escasear el pan, a faltar el crédito y a arder el furor. En la esquina de 12 de Octubre y Sarmiento un grupo de mujeres aborda a un vigilante de facción y le dice: "*Vos también estás con los explotadores, sinvergüenza, que me prometiste y no me cumpliste*", no sé qué cosa. "*Yo les voy a enseñar educación a ustedes*", dice el milico, y le sacude un planazo por las canillas a la más atrevida. Suena un tiro por ahí, y el morocho de uniforme rueda. Un grupo como de 500 mujeres empieza a asaltar tranvías y ómnibus, y quieren quemar la pescadería Spina solamente porque es de madera. Enfrente de la fábrica Cascabel, esperan con garrote a los *lomos blancos* que siguen trabajando; pero las otras salen armadas de piedras; y se arma una desgreñada y maldecente batalla campal, digna del Breughel. La policía agarra por comunistas a unos cuantos tipos inocentísimos, y tiene que ir el cura a sacarlos de presos. Se susurra que todo está dirigido por unos toritos que el Gobierno mismo ha traído en avión desde Montevideo. ¿Para qué? "*Para hacer política*". ¿Qué política? La política de subir *ellos* y quedarse *ellos* y no dejar subir a los *otros.* Eso es "política".

Los huelguistas ganaron la partida. *¿Los o las? ¡Los!* Las fábricas fijaron el salario de $ 4 uniforme, en lo cual no perdieron plata las fábricas sino las obreras mejores y ganaron las peores, en lo cual consiste la "igualdad". Como decía el correntino: "*En Corrientes chamigo la libertá es libre; y naide es más que naide, sino el que lo merece*". Pero desde ahora no puede trabajar en ninguna parte sino la obrera que tiene *carnet* del *comité*; el cual también quiso imponer a los patrones un "veedor" socialista que inspeccionase la fábrica; pretensión que fue rechazada ostensiblemente, pero que al fin se ha impuesto y ahora funciona *clam* (si se dice *carnet,* ¿por qué no vamos a decir *clam?*). En los talleres se hace con sigilo propaganda anticlerical y antisocial metódica.

Entré a visitar por perder tiempo —una manera ingeniosa de ganar tiempo, que recomendamos a los apu-

rados, es saber perder tiempo a tiempo—, entré a ver una fábrica, y unas muchachas de la puerta me gritaron: "*¡Aquí viene el cura a casarnos!*". "*¡Solamente a las lindas, a usted no, señorita!*", les dije. Me arrepiento públicamente de mi victoria demasiado fácil, pobres huaynas.

Bien. Solamente la JOC llevada con inteligencia puede quizá contrarrestar en este medio la hábil propaganda anárquica y corruptora que se hace sistemáticamente. ¡Qué vienen con "repartos de víveres" y con "casas baratas" en estos barrios! Son enteramente inefectivos. ¡Y "casas para empleadas"! Son contraproducentes. Aquí se necesitan buenos párrocos (párrocos con Registro Civil), buenas escuelas (escuelas pobres y fervientes), y algo como las antiguas congregaciones mariales de los jesuitas, pero renovadas al modo de células comunistas. En cuanto a lo político —de lo cual todo depende, aun lo religioso en cierto sentido, *materialiter*, como dicen— es claro que lo que se necesita es *Estado Ético* en lugar de *Estado Liberal* y gremios orgánicos, en lugar de la dispersión atómica del trabajador.

Pero mientras eso no llegue —y a lo mejor tarda dos generaciones, según andamos de atraso— la medida de transición clavada sería la institución de los *tribunos de la plebe*. ¿Cómo es que los genios políticos que nos timonean no han meditado todavía sobre esa institución romana de los tribunos de la plebe? ¿O es que no estudian en la facultad, derecho romano?

Aquí funciona clandestinamente el tribuno de la plebe. ¡Y a mí me gustaría encontrarme con uno! Son esos tipitos uruguayos o rusos del *comité*, que serán vividores, si usted quiere, pero zonzos no son nada, ¡y a mí me gusta conversar con gente que no es zonza! Ahora que me acuerdo, una vez conversé con uno en Villa Devoto...

A ese con quien conversé, yo lo sacaba hoy mismo de la cárcel, y le encargaba la creación del puesto de *tribuno de la plebe*; con otro nombre, ¡qué importa! De todos modos, la función subrepticia ya existe.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 513, 7 de marzo de 1944.

Estabilidad

1. Es absolutamente indispensable para la paz de la Nación, que en esta hora se confunde con su vida misma, que el actual gobierno legítimo alcance su máxima estabilidad. Para poder gobernar hay que estar sentado, que no de balde el símbolo de la autoridad ha sido siempre un trono o una silla. Puede ser una silla de montar, pero debe ser una silla. Hasta los hunos de Atila, que vivían a caballo y cocinaban sus chuletas poniéndolas abajo del cojinillo, se tiraban al suelo y se sentaban en los recados cuando había *Consejo*, según narra Sulpicio Severo.

2. Es conocida por otra parte la aguda réplica de Talleyrand a Napoleón de que *"con las bayonetas se puede hacer cualquier cosa, menos sentarse encima"*.

3. En los actuales tiempos los hombres han de guiar las instituciones. No constituye un sistema de gobierno la Constitución. Es de sí muy flexible y su espíritu se presta a diferentes interpretaciones. En las constituciones antiguas su espíritu es el espíritu del país; en las nuevas se ofrece la dificultad de conciliarla con el estado del país. Cada partido pretende desenvolver la constitución según sus opiniones.

Los partidos liberales pretenden ser los partidos del "progreso". Progresar es marchar hacia la perfección, que algunas veces será antidemocrática. Parecen demócratas porque invocan al pueblo; pero sólo invocan al pueblo que participa de sus ideas.

4. En los grandes hechos políticos, la cuestión en

la superficie es política, pero en el fondo es social. Este hecho explica muchas inconsecuencias. Así los partidos "democráticos" procurarán siempre que el elemento democrático no se desarrolle sino en ciertos puntos y bajo determinadas condiciones.

5. El principio del caudillo y el religioso son los polos de esta nación. Para gobernar es preciso atender a ellos.

6. El indiferentismo e incapacidad política de una gran masa de ciudadanos es un hecho. Es preciso vencerlo a fuerza de cordura y sabiduría. Las instituciones representativas son un semillero de males, si en ellas el país no está verdaderamente representado.

7. Hay que desenvolver la Constitución en el sentido del gobierno unipersonal tanto como sea posible. Propensión de los pueblos occidentales a la monarquía. Sentimiento del *Jefe* vivo en nuestro país. Son imaginarios los temores del despotismo; el peligro está en la anarquía. Con respecto a la religión sólo se pide al gobierno que no la estorbe. Fijados estos puntos, el gobierno debe salir pronto del terreno de la política, para poder ocuparse de la salvación del pueblo. Es preciso respetar la fuerza de aquellos ciudadanos que con justos títulos se levantan sobre el nivel de sus compatriotas. Hay que aprovechar todos los elementos de vida que puedan servir...

Bien. Todo esto que he dicho, salvo el párrafo *1*, no es mío; como habrá sospechado quizá el lector. Esto lo escribió Jaime Balmes en un denso estudio llamado *Consideraciones políticas sobre la situación de España*, que está en el Tomo I de sus ESCRITOS POLÍTICOS, volumen XXIII de sus OBRAS COMPLETAS, del cual he copiado un trozo del índice. Yo podía decir lo mismo quizá con mejor sintaxis, pero con infinitamente menos autoridad. La situación de la Argentina actual aparece singularmente análoga a la de aquel momento español del triunfo de Espartero, hace un siglo justo (mayo 1840 a mayo 1844). Vamos con un siglo de retraso

político con respecto a España, lo cual no parece de muy buena hija mayor.

Tampoco es mía esta observación, sino de un perspicaz político argentino. En 1844 había en España: *1.* una crisis terrible del sistema político liberal –2. una serie de intervenciones militares, Espartero, Prim, Serrano y Topete –*3.* una fuerte oposición *nacionalista,* llamada *carlismo,* bien intencionada y denodada, pero dividida y poco maniobrera –*4.* una especie de propaganda comunista, que explotaba el tema de la injusticia social, que se llamaba entonces *anarquismo* y fue responsable de la matanza de los frailes de 1835, y otros desastres por el estilo –*5.* una Iglesia nacional amansada, que sin embargo sabía ser fiera con algunos, como justamente con el pobre filósofo catalán, al cual probablemente le ocasionó muerte prematura. *"Dios les perdone a los que a fuerza de bárbaros disgustos le acortaron la vida"*, dice Menéndez Pelayo en su HISTORIA DE LOS HETERODOXOS ESPAÑOLES. Dios no los perdonó.

Según la constitución argentina el gobierno debe ser republicano, representativo, federal. Es evidente que ahora no es federal; y no se ve mucho cómo viene a ser representativo. Si no se quiere ir demasiado a un discrecionalismo peligroso, es necesario salvar al menos la esencia de la legalidad, representada por esas tres palabras. En el primer momento se dijo que, habiendo caducado la representación popular en unas cámaras enteramente desprestigiadas cuando no fraudulentas, en políticos venales hasta el crimen del *perduellio,* y en improbabilidad de elecciones libres, el Ejército representaba al pueblo ordenado bajo algún modo de jerarquía. Esto dijo monseñor Franceschi, y fue quizá el motivo de la acordada de la Corte Suprema.

Se ha dicho recientemente que *"la estabilidad sólo podrá lograrse por un gobierno de civiles presidido por un soldado"*. Por un soldado o por tres soldados, poco importa; lo esencial es que la aprensión de que el militar por el hecho de serlo es apto para gobernar y el civil –el político también, sí señor– por el hecho de

serlo es corrompido, corrompible o inepto –absurdo que no puede caber en la cabeza de ningún argentino– cese de amenazarnos con un gobierno de casta ni siquiera en las apariencias.

No conocemos bastante lo que anda en entretelones para arriesgarnos a dar consejos, que son siempre aventurados cuando no son pedidos. La especialidad de LA PRENSA no nos atrae. Pero está en la conciencia pública la necesidad de la formación de algo así como un *Consejo de Estado*, con los hombres más capacitados y rectos del país, que substituya al ausente Senado; autorice al Ejecutivo delante de las masas, que están enteradas de que un hombre solo no puede saberlo todo; y aconseje en los asuntos complejos. "*La decisión debe ser de uno solo, la deliberación de muchos*", dice Santo Tomás, apoyándose en la misma natura psicológica de la voluntad y el entendimiento. Es inaceptable que una decisión, tan grave como la famosa "ruptura", por ejemplo, la tome de la noche a la mañana un hombre solo, sin discusión ni consejo alguno. Cero régimen representativo. El consejo no es mío, es de Balmes.

No tenemos temor al escribir esto de salirnos de nuestra misión ni meternos por dominios vedados. El periodista cuando es bueno no habla de suyo –lo mismo que del profeta dice San Pedro– sino en nombre de muchos; del pueblo a veces; y quizá por ese camino puede estar algún día hablando en nombre mismo de lo divino, que los antiguos creían que se expresaba no pocas veces por la *vox populi*.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 523, 17 de marzo de 1944.

La destrucción de Roma

Es mejor que demos a Roma desde ya por destruida porque —dado que Dios pueda preservarla y los azares de la guerra son muchos— cometida ya deliberadamente la infracción contra la ciudad abierta y desoído el ruego del papa, no tiene salvación en lo humano. Atila se paró delante de sus muros. Pero Atila era "nazi", y no tenía sobre sí la tremenda responsabilidad de defender la civilización.

Atila era un bárbaro, y conservaba por tanto el sentimiento supersticioso de lo "sacro": y detrás del santo pontífice que le salió al encuentro, estaban visibles San Pedro y San Pablo —no una caterva de pequeños "monsignori" gorditos, aficionados a la política, y de sentimientos moderadamente democráticos.

> Tres años estuve en Roma, no le escribí poesía
> los versos son a las novias, las madres, no hay
> [para qué
> pero los recuerdos hondos reflorecerán un día
> en mi más grande poema henchido en gozo
> [de fe.

¡Quién me iba a decir cuando escribí estas líneas que el prometido poema sería una elegía, una elegía en prosa, una elegía imposible de transcribir, en que el Moisés de Miguel Ángel, la cúpula del Bramante, las canonizaciones en San Pedro, la vieja Gregoriana pulguienta, la nueva Gregoriana bulliciosa, el buen pueblo *romanaccio* alegre y pachorriento, los sermones del Gesú, la tumba de San Ignacio, la ordenación sacerdo-

tal, el padre Luis Billot, los dos años de estudio y conato enorme, las vacaciones en el Túsculo, la fiesta patronal de la Virgen del Carmen en el Trastévere...

> *"Trastévere, beato sé,*
> *oggi surgi a nova luce*
> *ci ai la Maronna e er Duce*
> *che véjjano sú dite...",*

se iban a volver una noche de insomnio, de oración y de maldiciones, iban a subirme a la garganta con sollozos impotentes y con imprecaciones inútiles, con trozos de Jeremías y de Gioacchino Belli mezclados con palabrotas santafesinas!...

La desaparición gradual del sentimiento de lo *sacro* es uno de los peores síntomas de la decadencia del mundo moderno, en el cual crece a la par de esa pérdida el sentimiento contrario de la *crueldad,* que Belloc pone como una de las notas de esa *última herejía* que se prepara a dar el asalto general a la Iglesia, herejía que no tiene nombre todavía, porque el de *modernismo* ya le queda chico, herejía que es la falsificación de la religión más temible que ha existido, y que será sin duda la religión del Anticristo. Así como el mundo no reaccionó eficazmente contra las matanzas de Rusia, las matanzas de Méjico y las matanzas de España, no se debe esperar que la llamada "opinión pública", perfectamente sujeta bajo los mecanismos de anestesia de la gran prensa mercantilizada, reaccione eficazmente contra la destrucción del centro de la unidad católica, pese a las protestas verbales aisladas de algunos obispos, y a la formal maldición del Papa. Porque hay una maldición en la alocución del 12 de marzo: el bombardeo de Roma es *"abominable a los ojos de Dios".*

Roma es el centro de la unidad católica y es como la cifra de las cuatro notas de la Iglesia visible. Son por lo tanto los otros núcleos de la unidad de la Iglesia, los obispos de todo el mundo, los que deben proteger al Primer Obispo con su protesta, que si fuera unáni-

me y universal ciertamente sería eficaz; pues por democráticos que sean los gobiernos democráticos de hoy día, todavía le conservan cierto vago respeto o miedo a la opinión pública, aunque no tanto como al dinero. Si esta protesta no se produce, y la confusión del momento o la tiranía del Estado moderno entregado a las fuerzas económicas impone el silencio a los sucesores de los Apóstoles, quiere decir que la catolicidad ha sufrido un momentáneo eclipse, y que los males del mundo actual son tan profundos que el remedio se ha marchado al cielo, para bajar de allí en forma de hierro y fuego.

Oh, grandes urbes del mundo, Buenos Aires no exceptuada, poned las barbas en remojo y haced sótanos antiaéreos, porque si Dios no perdona a Roma, como no perdonó a Jerusalén en su día, no presumáis vosotras; no rías ni siquiera tú, Nueva York, buena vecina. Habéis subido hasta el cielo, yo esconderé a vuestros hijos bajo la tierra, dice Dios. Madrid empezó el *galop* furibundo; lo que está debajo de la falsa paz liberal permitió Dios que saliese al aire; y en sus calles se ultrajaron religiosas, se quemaron hombres vivos, se masacró como quien da un paseo, y se asaron a tiros entre hermanos en la Ciudad Universitaria. Después siguió el baile en París, Berlín y Londres, ahora viene Roma. Grandes babeles del espíritu del hombre, habéis pecado no solamente contra el Hijo sino también contra el Padre, viviendo contra la natura, sometidas a un ídolo metálico, suprimiendo los hijos, cortando al hombre de la tierra y haciéndolo vivir en palomares dorados o en los chiqueros del conventillo. Ciudades de las setenta ventanas sin ninguna flor, hormigueros donde se agita sometida a la ley de la producción de dividendos la termitera humana mezclando los alientos y los excrementos; grandes urbes modernas en cuya universidad se enseñaba que ya no cae más fuego del cielo, hoteles antisépticos y alfombrados que no tienen un establo vacante donde nacer un dios perdido; casinos legales, grandes timbas con patente, lupanares que se echan a la calle, bailongos interminables con

cine continuado, almacenes de santos de yeso, iglesias que son usinas de venta de ceremonias mágicas, mentideros al por mayor, ferias de vanidades... ¡si vierais cómo nos sentimos orgullosos de vuestra radio, de vuestra prensa, de vuestros "apartamentos", de vuestros transportes, de vuestra electricidad, gas y pavimentos! Pero resulta que a Dios no le importa mucho todo eso, y no le conmueven ni siquiera los clamores del Presidente del Banco Hipotecario. Decididamente, Dios no es progresista. Inmovilizado en su eternidad, una ciudad que costó tanto trabajo hacerla, porque no llegaba a haber en ella diez santos, contados con los dedos, tranquilamente la borra del mapa, o deja que se borre ella sola y se queda tan tranquilo.

El cielo tiene sus estrellas
la tierra tiene sus burdeles
que no dejan ver la lumbre de ellas
con sus eléctricos carteles...,

y de repente, entre los avisos luminosos y los astros del firmamento aparecen las bengalas y las bombas incendiarias.

Oigo en el Boletín de Noticias Argentinas de la agencia inglesa Reuter, y de Noticias Inglesas de la agencia argentina Reuterio, que ha sido bombardeada en el Trastévere una estación terminal de ferrocarril y han muerto mil personas. En el Trastévere no hay ninguna estación terminal de ferrocarril ni fábrica de municiones ni sótanos antiaéreos. Han matado mil personas por gusto, supuesto que con eso no van a ganar la guerra ni adelantar un paso la victoria. Podían haber matado diez mil: y lo que me extraña es que no hayan matado diez mil, en esa aglomeración de plúteos color naranja, de innúmeras casas apiñadas, que son sin embargo lo contrario del conventillo y lo contrario del rascacielos, porque han crecido de adentro para afuera, por innumerables añadiduras de pisos, desvanes, bohardillas y suplementos, a medida que el clan patriarcal crecía.

Mi profesor Leiber nos decía en Roma un día: "*Me gusta esta ciudad. Es alegre. Parecen gentes «que tienen padre»*". Los católicos son gente que tienen padre. Los protestantes son gente sin padre conocido. Pero como ahora nos hemos protestantizado todos, permite Dios que las ciudades protestantes, que tienen la Técnica, destruyan matricidamente a las ciudades católicas, que tienen —o debieran tener— la Sabiduría, y además se destruyan entre ellas hasta que del fondo de las ruinas aprendan las nuevas generaciones a clamar el nombre del Autor de la Paternidad.

Los encerró a todos en el pecado para después conmiserarse de todos. "*Omnia in peccato conclusit ut omnium misereatur*".

CABILDO, Buenos Aires, Nº 529, 23 de marzo de 1944.

Profesionales

Si la Enseñanza Pública argentina sigue su camino de ahora nos convertiremos en un país de empleados y profesionales, entendiendo por esto también a los curas profesionales y a los políticos profesionales. Habrá tan gran cantidad de médicos que no va a quedar ningún enfermo. Habrá tan gran cantidad de oficinistas estabilizados, que surgirá un Aconcagua, un Himalaya de expedientes para cualquier negocio. Convertido en Único Dador de Trabajo, el Estado verá precipitarse sobre él una avalancha de hombres adultos y mujeres maestras exigiendo "puestos". Ya actualmente la ve venir, la conoce bien; lo estorba no poco en sus funciones específicas la avalancha. Actualmente ya existe cantidad de médicos que exigen "la oficialización de la medicina", o sea, que todos los galenos sean convertidos en empleados forzosos y estables, como presunta solución a la plétora profesional y a la competencia mercantil dentro de la profesión, que realmente es un problema serio. Pero la presunta solución es mucho peor que el problema: incurre en el vicio fatal del estatismo.

Este vicio es justamente el que ha traído el mal y nosotros ya hemos perdido la fe en la homoterapia liberal que decía el siglo pasado, pomposamente: *Los males del estatismo se curan con más estatismo.* En realidad ellos decían *libertad*, pero de hecho la libertad y el estatismo liberal son dos fenómenos parejos y mellizos, que se condicionan uno a otro, como lo han probado desde Donoso Cortés hasta Thierry Maulnier, y lo sigue probando la experiencia diaria. El monopolio de la enseñanza por parte del Estado, que es un pe-

cado contra el derecho natural, es el que ha traído en último resultado al médico judío —o falso cristiano, que es peor— que, por ejemplo, atrae clientes con charlatanería, los retiene con zalamería, no les cobra "nada más que las inyecciones" —que él recibe de muestra de los droguistas— y careciendo de clase y de conciencia y apremiado por la necesidad de llenar la barriga, finge curar un liquen con lavativas y acaba por conseguir que se convierta en epitelioma. Que los muchachos se hagan la "rata" del colegio nacional y que salgan de él sin saber ni francés, ni inglés, ni italiano, ni matemáticas, ni etcétera las otras catorce materias, ustedes dirán que no tiene nada que ver con esa otra monstruosidad del médico criminólogo: y yo les digo que tiene que ver muchísimo. Ahora, demostrarlo no lo voy a demostrar, porque no hay espacio en una nota, y porque se supone que los lectores de CABILDO tienen cinco centavos de inteligencia.

Por ejemplo, si existiese tan siquiera un bachillerato serio —porque el de ahora es chirimbaina— muchísimos muchachos sin vocación real para el trabajo intelectual serían detenidos a tiempo en el engranaje fatal que los lleva a la ruina como hombres, y al destino de ser desadaptados sociales y polilla de la sociedad. Un bachillerato largo y que empeñe el intelecto y no solamente la memoria, no digo que sería la panacea de la enseñanza —cuyos males tienen diversas raíces—, pero sí que la entonaría desde luego enérgicamente.

Cuando el ministro Bottai —hoy día condenado a muerte, ¡qué importa!, todos estamos hoy día condenados a muerte— preparaba su notable CARTA DELLA SCUOLA, respondió con razón a los que impugnaban los largos años de latín para alumnos que a la postre iban a seguir una carrera industrial que: "*no sólo interesa saber qué harán los muchachos con el latín, sino saber qué hará el latín con los muchachos; y esto interesa máximamente a los maestros, a la sociedad y al Estado, porque es la prueba de fuego de la vocación intelectual*". En efecto, un muchacho corto y terco, sin más curiosidad intelectual que la producida por las palizas de un

progenitor ambicioso y zafio, puede empollar artificialmente uno a uno todos los "años" y las "materias" inconexos de nuestra enseñanza media, que no exigen nunca el esfuerzo de síntesis, que es propio del intelecto, excepto las matemáticas; y puede hasta eximirse de ellas. Se han dado casos. Lo que no podría jamás sería dar razón completa del ÁLGEBRA de Euler, o de la ENEIDA de Virgilio, ante un tribunal de hombres realmente cultos. Pero entre nosotros se ha producido el temible fenómeno de la falsificación de la cultura, se ha sacrificado la calidad a la cantidad y se han multiplicado abaratándolos los centros de enseñanza con menosprecio del vigor de la enseñanza. Remediarlo ahora no es fácil, no se echa vino nuevo en odres viejos. Yo lo escribo aquí, no para que se haga un decreto de opereta encajando de golpe 8 años de latín en todos los colegios nacionales, para que falsifiquen tranquilamente el latín como han falsificado todo lo demás, ¡y quiera Dios no falsifiquen la Religión!, sino para que la gente sensata sepa de qué se trata. Se trata para nosotros nada menos que de hacer *poenitentia*. Penitencia, que en su origen etimológico significa *cambiar de mente (metanoia)*, empezar a darse cuenta de las cosas como son, decir la verdad y pensar profundamente la verdad. Tomarse la pena de hallar la verdad. No se puede hallar la verdad sin pena.

No se puede pedir a un período de transición como el que vivimos, que cambie de golpe las cosas, que dé robustez milagrosa a un organismo extenuado, que edifique cúpulas donde no hay paredes ni cimientos. Las falsas soluciones son peores que los problemas insolutos: mucho haremos si preparamos las soluciones verdaderas planteando en su propia luz los problemas. Pero para eso hay que empezar por hacer luz, conteniendo a esas grandes fábricas de humo, que son los diarios mercantiles argentinos. No se ve cómo se podría gobernar en rectitud una nación mientras se permite a esos emboscados prostituir el honor de la verdad.

Ellos también son *profesionales*. Son los profesionales de la "información". Información, ¡qué sarcasmo!

Si supiese LA NACIÓN latín, no podría soportar esa palabra y le parecería blasfemia: porque *información* significa ahora entre nosotros *noticias*; y por cierto noticias destinadas por lo común a embaucar, a desorientar, a anestesiar. Y en latín significa *infundir forma*, que es lo mismo que dar el ser. Infundir una forma accidental que supone existente la forma substancial. Para ser informado es preciso primero estar formado.

Nuestra enseñanza no da formación y por eso la Argentina soporta que la atosiguen de detestables "sardinas argentinas" —que eran anchoítas podridas— embromadas recientemente por la bromatología de Santa Fe.

Como dijo el otro:

Un país libre, un país donde viene cada peje
pero ni para un remedio se encuentra un solo
[hombre Jefe.

Un país sin Jefe, un país sin poeta,
un país que se divierte, un país que no se
[respeta
un país corajudo y bravo para jugar a la ruleta.

"Qué Argentina al Sur ni Argentina al Norte
a mí lo que me agrada es bailar con corte".
Un país que no sabe bien a dónde tira...

Un país que mira bizco cuando mira.
Un país que ha consentido que lo nutran de
[mentira.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 530, 24 de marzo de 1944.

Libros (II)

No es probable que gane la lotería sanjuanina porque no tengo billete, ¡y ojalá la ganen al menos los sanjuaninos!; pero realmente si sacara la grande de 5 millones, yo pondría la mitad en acciones de CABILDO y la otra mitad para editar libros de mis amigos —con algunos míos—, con tal que sean buenos libros, a juicio del Ministerio de Instrucción Pública y del obispo. De ese modo, cumpliría en cuanto está de mi parte con el testamento del obispo Esquiú, que dijo que la Argentina se podría perder por la ambición de los que mandan y por los malos libros. Junto con la edición de buenos libros, debería venir la impedición de los malos, lo mismo que en el campo se siembra maíz y se carpe el *yuyo-colorao*. Pero eso es una operación política delicada, que no veo todavía cómo se podría hacer. En cuanto a editar libros buenos, a decir verdad tampoco lo veo.

El quid de la cuestión está en que para producir un libro el editor es necesario y el autor no es necesario; y por lo tanto en virtud de la ley de Huglings-Jackson el autor depende del editor. Quiero decir que para el editor hay muchos libros y ninguno dellos para su "negocio" es estrictamente necesario, aunque el conjunto dellos sí lo sería, si los autores se unieran para defenderse, cosa imposible por ahora... ¡Para el editor hay muchos libros! ¡Para el autor el suyo es el único! Entonces lo que pasa es más o menos esto: Un autor concibe un libro, lo planea y medita largos años, lo riega con sangre de sus entrañas, lo escribe con dolores y trasudores, lo corrige, lo entrega al censor de su

orden, y al censor eclesiástico, donde se produce el gran lío y le dan bastante quehacer inútil; y después de todo esto, se va muy garifo con su criatura al editor, el cual le responde ipsofacto, con una cara más fría que el mármol, que su pergenio podrá ser una maravilla literaria; pero como negocio, "no es negocio". Sin embargo él lo va a tomar lo mismo —si el autor paga los gastos de impresión y le asegura un 50 por ciento de beneficio— porque él lo que tiene en vista primero de todo es el "apostolado". (Si es laico se trata del "Apostolado de la cultura"; si es devoto, se trata del "Apostolado católico"; pero nunca es negocio, siempre es apostolado). Después de lo cual se entabla entre el editor y el autor, pongamos por caso, el siguiente diálogo:

—¿Cómo se llama el libro?

—LOS NOMBRES DE CRISTO.

—El título no me parece muy vendedor. ¿De qué trata?

—De eso mismo: de los nombres que dan a Jesucristo las SAGRADAS ESCRITURAS; porque el profeta David, por ejemplo...

Aquí el editor lo para severamente al autor, que se está por embarcar en una "digresión" peligrosa, y le dice:

—Tengo aquí un manuscrito de un padre jesuita... ¿Usted es jesuita?

—No señor, agustino—.

—Es una lástima: los jesuitas hoy día suenan más que los agustinos.

—En efecto —contesta modesto el autor, aunque dándole en su interior malignamente un significado malo al verbo *sonar*—, en efecto.

—Como le estaba diciendo —prosigue el magnate— sin quitarle nada a su libro, este libro es de un jesuita gran "sociólogo" que tiene una fama bárbara y, lo que es más, se llama ELLA Y TÚ, MANUAL DE LAS NOVIAS, que es un título mucho más vendedor que el suyo; dígame ¿no habría manera de cambiarlo?

—Cómo no, señor. ¿Qué título le pondría usted?

—Hombre, yo no soy el autor; eso lo tiene que saber el autor.

—Pues señor, el autor le ha puesto Los NOMBRES DE CRISTO; el autor es profesor de Escritura Sacra desde hace diez años; es el hebraísta mayor de toda la cristiandad; ha sufrido tres años de cárcel por traducir EL CÁNTICO ENTRE LOS CÁNTICOS directamente del hebreo, haciendo adelantar con eso la ciencia exegética y la lengua española cinco leguas; y al salir de la cárcel, en vez de maldecir a sus envidiosos y calumniadores colegas de facultad, reinició sus clases con estas palabras que quizá se harán históricas: *"Decíamos la clase anterior...".* Finalmente, si me permite una sola palabra más...

Pero aquí el editor le pega una frenada fenomenal por divagar y "alienarse del asunto"; y termina la cuestión poniéndose de rodillas el autor, pidiéndole al editor que por favor saque su libro, y entregándole "a cuenta" $ 3.600 que tenía ahorrados para pagar a los médicos del sanatorio, a los cuales deja clavados como chinos. Porque mi Dios no me dio salud —como decía mi tío— pero me dio la enfermedad del prurito de trabajar, que vence a todas mis otras enfermedades, y me lleva con ellas a la tumba alegremente.

Ésta es la grave cuestión de los libros, que vienen a ser lo mismo que la cuestión general del capital y el trabajo. Así como el capital es de por su naturaleza el instrumento inanimado del trabajador, al cual trabajador el capitalista inflige de hecho *chantage*; porque, en efecto, el trabajador nada puede a mano limpia, aunque las manos sean más nobles que las máquinas; exactamente lo mismo el editor extorsiona —o puede extorsionar— al autor. Esto no lo puede remediar la Honorable Comisión de Cultura con los premios literarios en dinero; porque los premios llegan tarde, no cuando el libro se está haciendo, sino cuando está hecho —y a veces hasta olvidado— y el autor ya lo tiene todo, incluso la gloria. Se ha dado el caso de que a un autor le han premiado un libro, del cual ya estaba arrepentido —porque son muchos los que escriben libros; pero

pocos los que después nos arrepentimos—. La Comisión de Cultura debería estar para dispensar la gloria a los autores éditos y el dinero a los inéditos; bien entendido en el caso de que lo merezcan.

Pero no. Mejor dicho lo que necesita la Comisión de Cultura no es dinero para ejercer mecenazgos con retardo, como bombas de tiempo, sino poder político para restablecer el orden natural violado en la producción del libro, el cual debe pertenecer a quien lo produce, en riguroso orden de producción: *1.* Autor —2. Impresor —*3.* Distribuidor —*4.* Librero. Orden que actualmente está netamente invertido, con terribles efectos para la cultura verdadera y con gran regocijo de la cultura mistificada.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 538, 1 de abril de 1944.

Felices Pascuas

Ninguna otra cosa deseo a mis lectores como don pascual, sino la Sabiduría. Este don pascual no es una ópera, sino el regalo que en otro tiempo se hacían los amigos por Pascua. Por la Sabiduría hizo Dios los cielos y la tierra. La Sabiduría asistía al trono de Dios cuando hacía el mundo, y ella jugaba en su presencia con todas las cosas, los formidables juegos del cielo y del infierno, que son más serios aún que el terrible juego de la guerra, y el ardiente juego de la revolución. Dijo el rey Alfonso el Sabio que este mundo si no está mal hecho, por lo menos lo parece. En realidad ahora está mal hecho, *está al revés*; está desordenado por el Pecado, que es el receso de la Sabiduría. Por falta de Sapiencia el mundo está patas arriba y Dios se está divirtiendo en ponerlo de pie, cueste lo que cueste.

Dice Jules Romains en una de sus novelas (VERDÚN) esta blasfemia: "*El dulce Cristo de los* EVANGELIOS *¿no tenía otro modo de enseñar religión al mundo que esta masacre?*". Pues, no señor, no tenía. Y uno de los culpables de eso es usted, judío pérfido...

¡Oh Sapiencia de Dios! ven aprisa
ven, mi nurse y mi novia veraz
te he pedido al Señor en la misa
de la fiesta de Santo Tomás.

En tiempo de Santo Tomás había monjes que no hacían más que rezar, cantaban el breviario seis veces al día durante largas horas. Con ellos se educó Santo

Tomás en Montecasino. Ahora también los hay, pero la gente cree que son una especie de Open Door, que hay que dejarlos solos, ya que les da por eso. "Déjenlos no más que hagan iglesias —pensaban nuestros padres los liberales— total cuando necesitemos plata les quitamos los conventos y chau". Pero la gente antigua iba a estos conventos siempre abiertos: y miraba y oía cantar Vísperas y Maitines sin entender gran cosa: y aprendía una gran lección de Sabiduría, la lección de no hacer nada fuera de conocer a Dios. Veía interminablemente esos hombres muertos, inmovilizados, automatizados, en cuerpo y alma dedicados a cantar la palabra de Dios, porque una palabra no es del todo inteligible mientras no se convierta en canto. Y entonces el pueblo que no es zonzo cuando le muestran cosas —aunque lo es cuando lo emborrachan con palabras— entendía la lección de los Absortos en el Más Allá; que lo más importante de la vida es entender a Dios, mucho más que ganarse la vida; y que hay que cesar a ratos de ganarse la vida y reprimir el trajín de lo temporal, para ver si suena allá adentro la Voz antigua y nueva.

Ahora todo se acabó. El pueblo tiene la radio y oye la palabra de Dios, de Jesucristo y del "obispo de los obreros" por boca de Soiza Reilly a través de Radio Belgrano. Entonces, como Dios está de parte de la Sapiencia —que es su Hijo—, enseña la sapiencia a los pueblos como puede, con otro sistema que todos oyen incluso por radio, aunque tiene más de ruido que de canto. ¿Qué creen ustedes que saca Dios de la guerra? ¿Castigar los pecados? Desde luego. Pero ningún sabio castiga sin sacar algo del castigo, dice Santo Tomás de Aquino. Lo único que saca y puede sacar Dios de la guerra es sabiduría para los que queden. Es tan grande cosa la sabiduría, que juzga Dios bien empleados los miles de vidas jóvenes tronchadas en flor —¡y qué pérdida de mano de obra para la industria y el comercio!— con tal de que un solo joven acrezca un solo grado su conocimiento de lo divino. Para que un solo hombre lo conociese, hizo Dios todas las estrellas; y sería también capaz de deshacerlas, si fuera necesario.

Las admirables costumbres de los viejos pueblos europeos, ese equilibrio vivaz del italiano, esa sensatez recia del español, esos dichos, máximas, lenguajes, modos, normas de vida, rituales, rutinas y hasta supersticiones henchidas de luz y de sentido que hoy vamos a desenterrar a las aldeas fueron hechas a fuerza de siglos de lucha, de paciencia, de riesgo, de infatigable enseñanza. Ahora todo eso acabó; no lo salvarán los "folkloristas". *"Et erunt docibiles Dei"*. Serán enseñables a Dios. Sólo Dios puede enseñarnos de nuevo. Y para eso debe hacernos primero *"docibiles"*, es decir, dóciles. La letra con la sangre entra. ¡Cuán gran conciencia está entrando poco a poco en la humanidad de que todos los esfuerzos humanos, aun los mejor intencionados, sin Dios no son más que Cartas del Atlántico!

El mundo está al revés. La Argentina está en el mundo. Por ejemplo, aquí en la Argentina hay maestros frívolos, y también escandalosos, que no pueden educar a ningún niño; antes al contrario. Esto es sabido desde que yo nací; y también lo saben en La Prensa y La Nación. Hay maestros de los que dijo el Divino Maestro: *"Más les valiera que atada al cuello una muela molinera, los echaran al mar"*. Si una madre advertida quiere defender a sus hijos del mal ejemplo, no puede: a causa de la "obligatoriedad escolar". Para mejor, en la Provincia han suprimido hasta la precaria escapatoria de inscribir al niño, educarlo la madre y dar los exámenes como libre. Pues bien, todo eso: arrancar al niño pobre del hogar para entregarlo a la mala maestra es contra el derecho natural. ¿Han protestado alguna vez La Prensa y La Nación, esos "defensores de la persona humana"? Jamás. Viene el doctor Olmedo y pone en comisión al magisterio a ver si puede mejorarlo un poco; y estos hipócritas ponen el grito en las nubes, porque el doctor Olmedo ha cometido un sacrilegio. Los 50.000 abribocas que todavía se zampan los editoriales de La Prensa empiezan a decir: "*¡Miren lo que hizo Olmedo! ¡Miren lo que hizo Olmedo!*" y la gente se conmueve ¡oh, por poco tiempo! A esto lo llamamos nosotros el mundo al revés.

Y así podíamos seguir con los ejemplos hasta la página del extracto de la lotería. Le cuesta a la gente convencerse de que estamos en tiempo no ordinario. Por eso esta semana santa no he hecho más que pedir a Dios la Sabiduría. Europa ha entrado en la primavera sangrienta, y la Argentina en el invierno crítico. No nos distraigamos demasiado. Son los deseos de *Militis Militorum.*

CABILDO, Buenos Aires, Nº 544, 12 de abril de 1944.

Libros (III)

Hacer 15 notas que echen chispas con este título *Libros*, me sería fácil; me bastaría dejarme resollar por la herida. La herida del autor, que ya tenía Cervantes —véase EL LICENCIADO VIDRIERA— es el librero. "*Como los guerreros kanakas, los editores beben champaña en los cráneos de los autores*", dice un amigo mío que es medio kanaka, quiero decir, poeta.

Pero sería poco elegante, porque la opresión del autor por el librero hoy día no es más que una parte de la opresión general del trabajador por el capitalismo, *el chantaje del intermediario*. En virtud de condiciones históricas ya conocidas, el capital que es causa instrumental puede hoy día chantajear al trabajo, que es la causa principal del producto; cosa monstruosa a los ojos del filósofo; como si un pincel impusiese al pintor el cuadro a pintar; o un arado cobrase una vida vampírica, y se alimentase de la sangre del arador. Así, pues, el hecho común de que deducidos los gastos de producción de un libro, el librero gana el 30 %, el distribuidor (o editor) el 20 %, el impresor el 10 % y el autor el 5 % [8], en exacto orden inverso de la causalidad del producto —¡editado por cuenta del autor!— es lo mismo que pasa o tiende a pasar en todo (arte, agricultura, industria) en la hechicera época moderna; y el autor de libros tiene al menos la ventaja de orden moral de estar adentro de la vida de la sociedad a quien sirve, mientras que el obrero industrial (el ver-

[8] No es de este tipo el contrato que Ediciones Dictio firmó con el padre Castellani (N. del E.).

dadero *proletario*) ha sido puesto brutalmente al margen de ella. Es genial en Thierry Maulnier, en su libro MÁS ALLÁ DEL NACIONALISMO, haber establecido esta nota sociológica capital, que acabo de mentar, la cual esclarece el nacimiento del fascismo y del comunismo en el seno de la desintegración liberal, y planta la última diferencia intrínseca entre ambos; más allá de la mecánica política, que es la misma.

Por lo tanto, *niente* cuestión profesional o gremial autor versus librero. Se la paso a Torr [9], al Caballero de la Ardiente Espada, que tiene el demonio de la inspiración política.

Hay otra cuestión más grave. El libro es un producto especial. El libro a secas no existe. El libro a secas es un género, los cuales no existen a no ser en la filosofía de Platón. La especie son libros buenos o malos; y los individuos son libros buenos o malos —en la Argentina más bien malos— moralmente, intelectualmente o tipográficamente.

Con la angurria inútil del viejo bibliómano —como esos chicos pobres contra las vidrieras de las confiterías —he leído todos los títulos del BOLETÍN BIBLIOGRÁFICO ARGENTINO 1944 y a pesar de no ser ni gazmoño ni escrupuloso, he tarjado más libros dañinos que constructivos, más inútiles que útiles, más idiotas que geniales. El gran psicólogo peruano Honorio Delgado me decía en su reciente visita a Buenos Aires, viendo que el taximán que nos llevaba tenía escondido en mala parte —quiero decir debajo del almohadón— para leer a ratos perdidos un libro de Freud-Alberto Hidalgo, de Editorial Tor: "*¡Qué iniquidad que se permita envenenar de ese modo a la masa!*".

En la famosa Feria del Libro organizada hace dos años por la Cámara Argentina del Libro... extranjero, oí exclamar a uno de los prohombres que allí peroraban entre ballet y ballet sobre la *Kultura* en general, que era una gloria de la cultura argentina el hecho de que ese año se hubiesen vendido 6 millones de libros. Era

[9] Pseudónimo con el que José Luis Torres escribía en CABILDO (N. del E.).

un señor que hasta entonces, con mi fe en los diarios, lo había tenido por inteligente. Pero no me convenció. Según sean los libros, puede ser una gloria; y también puede ser una desgloria peor que una bolsa de alacranes hembras. Y me atrevo a decir simplemente que no es gloria, aunque todos hayan sido LA GUÍA DE PECADORES del padre Granada. Es comercio. Dejémonos de pamplinas. Uno puede ahogarse en aquello que lo alimenta. La cultura se alimenta —también— del libro; y el libro es un —entre otros— motor de la cultura; pero uno puede también ahogarse en leche... y en nafta —aunque convengo que esto último no es fácil por ahora—. Así una cultura puede morir por inmersión en libros, aunque sean libros manantes de leche y miel, y dotados de la explosión subitánea y motriz del espíritu; no digamos nada si son libros como aquel horroroso depósito de ácido sulfúrico en que cayeron dos obreros y un ingeniero el año pasado.

Un apreciado amigo me decía días pasados con indignación que el Estado debería cobrar derechos de autor por las ediciones de los clásicos que se hacen entre nosotros, y dedicar ese dinero a editar argentinos pobres, pero honrados; porque dado que los clásicos escribían gratis, no han escrito ciertamente para enriquecer a "*cuatro logreros internacionales*", como dice críticamente mi amigo. Me parece que esa ley es mejor que la haga primero el Uruguay, que está siempre en la vanguardia del progreso; porque dado que es muy razonable, todavía es insólita. Pero es cierto que sería espléndido que la Comisión de Cultura, en vez de tener dinerillos para ejercer un mecenazgo tibio y de eficacia discutible, tuviese poder político, por lo menos tanto como el egregio teniente coronel Lagos, para controlar la decencia aunque más no sea intelectual y tipográfica de los libros argentinos. ¿No dicen que van a prohibir las firmas comerciales que exportan whisky de aserrín y tejidos falsos al Transvaal? ¿Por qué no prohibir entonces las firmas que exportan a Venezuela una "Biblioteca Filosófica" a pesos 0,30 el tomo que es una verdadera ignominia filosófica? ¿Es

menos Venezuela que Transvaal? ¿Es menos el libro que el whisky? Es claro que Ravignani que acaba de escribir un artículo *Frente a la violencia* porque lo acaban de exonerar de filósofo —que nunca lo ha sido— si llegan a hacer esto escribiría: *Frente al despiporre, a la masacre y al abismo.* Pero que escriba Ravignani todo lo que quiera, no siendo filosofía.

¡Pensar que la literatura infantil argentina está a cargo absoluto de Tor —con una sola r, que es otro Tor muy diferente— y la literatura científica a cargo incontrolado —porque en el país no existe la crítica literaria— de Claridad. Yo digo: Si Antonio Zamora pudo hacer Claridad, los católicos argentinos... ¿no hemos querido, no hemos sabido o no hemos podido? ¿O no se nos ha ocurrido? Sin embargo allí está el testamento del santo obispo Esquiú. "*¡Los libros! ¡Los libros!*". Ese grito resuena en sus últimas cartas y pastorales: y es grito de acendrado celo y alta cultura: prueba de que en Córdoba va en aquel entonces vigía el instinto de la verdadera cultura.

Me han contado que el general Justo (q.e.p.d.), que fue un bibliófilo, fue una vez a visitar un convento y encontró allí una antiquísima SUMA TEOLÓGICA con notas manuscritas del cardenal Toledo: y le pidió al superior del convento que se la vendiera. El superior le contestó no sin empacho que le era imposible por la regla enajenar uno de los libros del convento. El presidente le preguntó entonces: "*¿Cuánto tiempo hace que usted ni uno de sus súbditos toca ese libro?*" —que efectivamente estaba cubierto de polvo—. Antes que pudiera responder el superior, salta el hermano portero y dice: "*Hace menos de 15 días lo pusimos al tomar café sobre una mesa, para no arruinar el barniz de la mesa*". De lo cual se rio no poco el general Justo y se reirán ustedes aunque equivocadamente. Tenía razón el lego. Hizo bien en no venderlo. Empolvado y todo, mejor que quedara donde estaba. Los libros son para los estudiosos, y no son ni para los nuevos ricos ni para los holgazanes. Pero en último caso mejor per-

manezcan entre tanto en manos de holgazanes. A ellos no les pueden hacer daño, y a los nuevos ricos...

El pueblo argentino en cuestión libros es un nuevo rico.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 548, 16 de abril de 1944.

¿No podría la Argentina unirse a España y a Irlanda para pedir a los beligerantes que no destruyan Roma? Ellos también saben pedir cosas ¡y con qué moditos a veces, Jesucristo! Contra el vicio de pedir, hay la virtud de contrapedir. ¿Toda la política internacional argentina se ha de reducir eternamente a pedir arbitrajes que fallen infaliblemente en contra nuestra?

He aquí un tema que si fuésemos redactores de LA PRENSA nos gustaría tratar; ¡y con qué dogmática seguridad lo definiríamos! Por desgracia en CABILDO no sabemos de todo, sino solamente unas cuantas cosas de cada uno; y no hablamos sino después de estar moralmente ciertos. Así y todo, algunos encuentran que sabemos demasiado, y andan desalados en la sombra buscando mordazas más o menos sigilosas para que no se digan verdades, que es imprudente que el pueblo sepa. Así pasó a España con el R. P. Bruno Ibeas O. S. A., que era capaz de predecir gran parte de las cosas que estallaron en España en el Decenio Trágico; y no lo dejaron hablar los hombres prudentes; y las predijo después que estallaron —ver revista RELIGIÓN Y CULTURA, 1939—, pero ya era un poco tarde para resucitar los muertos. *"No hay peor escándalo que querer suprimir la verdad por miedo al escándalo"*, dijo San Gregorio.

La verdad clamorosa por decir hoy, Día de la América, es que por amor o por necesidad tenemos que unirnos con España, madre de América un tiempo y ahora por lo menos hermana mayor. La Argentina en sus relaciones internacionales podrá ser independiente,

pero no puede ser sola. La *splendid isolation* no es para ella. Y si se vuelve hacia otra nación, o bien tiene que volverse hacia el Buen Vecino del Norte, por estar en la misma geografía; o bien hacia Europa representada por España, por estar en la misma Historia, sin dejar de aspirar a estar bien con todas en lo posible. Pero volverse hacia todas a la vez no es posible, a no ser convirtiéndose en veleta, que fue el error de nuestros gigantes padres, atenuado bastante porque en el fondo seguían en general a una sola —no la más afín a nosotros—: Francia, en todo lo que era cultural, o como dicen hoy, *"espiritual"*; mientras en lo económico obedecían mansamente a Inglaterra. Es mucho más ser hermana o madre que buen vecino.

Estamos al fin de la Contrarreforma: se cierra un período histórico determinado esencialmente por la disolución de la Cristiandad europea a causa de esa gran convulsión religiosa, política y social que se llamó Reforma o mejor Protestantismo. Después de esto, o se abrirá un conflicto más terrible todavía, la aparición de la última herejía que describe Belloc al final de su libro clásico, o Dios conducirá a la Iglesia temporariamente a un puerto de paz, y a un gran triunfo universal, como lo ha hecho otras veces. Sea como fuere, eso pertenece a Dios y a nuestros nietos o sobrinos. Para nosotros el camino es seguro aquí cerca, para quien no ha perdido el tiento, aunque sea oscurísimo a lo lejos: porque Dios jamás deja al hombre en oscuridad total acerca de su deber inmediato.

La Reforma tuvo tres etapas. En la primera, el estado de malestar y anquilosamiento de la Iglesia Medieval revienta con ocasión de la rebelión de Lutero en una lucha religiosa intestina, donde a lo primero no se pensaba propiamente en oponer credo a credo, sino en purificar el único Credo; lucha que por obra de Calvino se convierte en una herejía, o, mejor, una síntesis de herejía y cismas que constituyen una religión nueva. Una parte de las naciones de Europa, *"aquella donde crece la viña"*, permanece en la ortodoxia. Otra parte no, aquellas que beben avena o cebada fermentada.

La segunda etapa la constituye la lucha armada entre los dos fragmentos de la antigua Cristiandad, que termina prácticamente por un triunfo de los protestantes; triunfo no de las armas, las cuales son dejadas caer en un punto muerto de puro cansancio, sino triunfo económico y político, por haberse adueñado las naciones del Norte de las nuevas fuerzas económicas y técnicas, despertadas a costa de grandes destrucciones morales, fuerzas que invadían el mundo con ímpetu irresistible.

La tercera etapa ve florecer dos fenómenos contrarios comenzados en la segunda; fenómenos ahora internos, pero en cuyo fondo se puede poner también la acción del espíritu judío, liberado del *ghetto*, a saber: la degeneración interna del protestantismo en el Norte, que engendra monstruos peores que él mismo, pero libera enérgicas minorías católicas; y en los países católicos, la infumación lenta del espíritu protestante con el nombre de *liberalismo*, respaldado por el prestigio terreno de las naciones heréticas, que siembra en los católicos una división sutil, la cual con el tiempo se había de revelar irreconciliable. Esa división ha estallado hoy como un polvorín: primero en España en forma irrefragable, después en todos los otros países ex católicos. "*¿Qué tratados puede haber entre Cristo y Belial?*", dice San Pablo. ¿Creen ustedes que es posible que haya "conciliación" entre hombres como los que defendieron el Alcázar y los que mataron a Calvo Sotelo? Reconciliación, sí; conciliación, jamás. En Italia se ha visto que la idea nacional, la más alta después de Dios, puesta por el fascismo como unificante político, fracasó, al menos por ahora. La actual división del mundo en el fondo no es sólo política sino más bien religiosa.

La Argentina está en el mundo. La división interna que va hasta la misma raíz del alma y del espíritu existe en ella. Querer cubrirla con palabras o paliativos es miopía o insensatez. Querer volver atrás, a la segunda etapa, al estado beatífico —cómodo al comerciante— del catolicismo liberal es querer dar marcha atrás al reloj del tiempo, como una vieja coqueta. Y en esa posición

están hoy los que intelectualmente son viejos coquetos. Lo mejor es tomar posición de una vez tranquilamente donde nos manda la historia. Digo *tranquilamente*, pero la tranquilidad vendrá después. Una trépida tranquilidad en armas. He dicho.

—¿Y con qué autoridad dice usted esto? ¿Es usted profeta?

—No soy.

—¿Es hijo de profeta?

—Tampoco soy, aunque por ahí vamos más cerca.

—¿Y por qué habla entonces, si no es profeta ni hijo de profeta?

—Por la escasez de profetas verdaderos y la vocinglería de los falsos profetas. En cuanto aparezcan los profetas verdaderos, yo me callo. En cuanto cesen de engañar al pueblo los falsos profetas, también me callo. Por lo menos, así lo espero. Al personajón cuya es, referente a mí, la frase siguiente: "*Hay que cortar por lo sano*", ésta es la respuesta.

Al otro que me escribe: "*¿Qué desea usted en el fondo?*", la respuesta es así:

—¡Desdichado de mí! Deseo una sola cosa, que no se puede alcanzar sin morir.

—Ojalá la alcance entonces —dirá mi corresponsal.

—Amén —le digo yo.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 555, 23 de abril de 1944.

Cómo salir

¿Cómo vamos a salir de esto?

La gente ya quiere salir. A lo mejor quiere Dios que estemos "adentro" un rato largo todavía. Este país aplebeyado. Esta masa locuaz y engrupida...

Martín Aberg Cobo ha publicado un denso y claro estudio universitario sobre reforma electoral y sufragio familiar. Aunque naturalmente el ponderoso trabajo no aborda la actualidad menuda, sin embargo su tema y su oportuna aparición le dan el carácter extrínseco de una respuesta a la pregunta capital del momento: la solución del problema político argentino. Esa solución estaría en la línea de una reforma electoral que sustituyese el actual sufragio universal individualista por el sufragio múltiple de los jefes de familia. Pero, ¿volverá a creer en las "votaciones" el pueblo argentino, hagamos lo que hagamos?

Este trabajo ordenado y sapiente revela un auténtico universitario con todas las cualidades de buen jurista, incluso su parte de filosofía; lo que no quiere decir saber de memoria lo que dijo Kant y lo que dijo Aristóteles, sino más bien el hábito permanente de pensar en orden, sistemáticamente, y por ideas generales. Este

[10] Este artículo junto con otro (*Gobernar*, reproducido en pág. 189 de este libro) motivaron de parte de Ángel Ferreyra Cortés (h.), con el seudónimo de *Scriptor*, una réplica titulada *Nacionalismo Argentino*, que figura en el *Apéndice* de esta obra, pág. 291. El padre Castellani aceptó la polémica y escribió *Teoría y práctica* —también en este libro, pág. 201—, que no tuvo respuesta de *Scriptor* (N. del E.).

habitus filosófico hace que el autor macere el material de su disciplina —material que domina perfectamente— lo recueza en su intelecto, lo vuelva traslúcido y coherente y lo sepa transmitir al lector. *Cela qu'on comprend bien, on énonce aisement.* Toda la reforma del actual sistema electoral argentino se encierra en esta proposición: *Votan los argentinos de más de 22 años de edad: el padre de familia legítima votará por sí, por su esposa, por sus hijas solteras de cualquier edad, y por los hijos menores de 22 años.*

Lo que se debe decir a favor de esta reforma es en cifra lo siguiente: Destrozando las sociedades naturales en favor de la agrupación financiera, el liberalismo ha arrasado políticamente a nuestra nación, convirtiéndola en un Sahara sin oasis; con sus médanos, sus arroyos secos y sus vendavales de polvareda, donde no faltan tampoco fieras y osamentas. La salida es reconstruir las sociedades naturales. La primera sociedad natural es la familia.

Ése es el orden natural; la célula social es la familia. Uno se pregunta de inmediato si ese mismo es el orden de ejecución política, o sea el orden de oportunidad. Es necesario restaurar al plano político la familia, el gremio, la comuna, la corporación, las instituciones paraestatales (Universidad, Ejército, Iglesia) y por último al mismo Estado. En todo proceso de cambio sustancial —lo que llamaban *generación* los antiguos— la totalidad domina las partes. El Estado ha sido debilitado a fondo y desplazado en parte por la llamada "democracia", instrumento de dominación de las fuerzas económicas. Pensar que unos purísimos mercachifles de avisos como La Prensa se arrogaban el poder de voltear gobiernos y, lo que es más, de dispensar la gloria, el buen nombre y la fama, incluso literaria o filosófica; y que al atreverse el Gobierno a imponerles una ligera corrección se ha celebrado en el país como un acto de sobrehumano coraje; eso patentiza la extrema debilidad del Estado burócrata-gendarme; el cual, por otra parte, por una paradoja, es también abusivo y tiránico si a mano viene, lo que no deja de ser corriente en la psicología de los

habitus filosófico hace que el autor macere el material de su disciplina —material que domina perfectamente— lo recueza en su intelecto, lo vuelva traslúcido y coherente y lo sepa transmitir al lector. *Cela qu'on comprend bien, on énonce aisement.* Toda la reforma del actual sistema electoral argentino se encierra en esta proposición: *Votan los argentinos de más de 22 años de edad: el padre de familia legítima votará por sí, por su esposa, por sus hijas solteras de cualquier edad, y por los hijos menores de 22 años.*

Lo que se debe decir a favor de esta reforma es en cifra lo siguiente: Destrozando las sociedades naturales en favor de la agrupación financiera, el liberalismo ha arrasado políticamente a nuestra nación, convirtiéndola en un Sahara sin oasis; con sus médanos, sus arroyos secos y sus vendavales de polvareda, donde no faltan tampoco fieras y osamentas. La salida es reconstruir las sociedades naturales. La primera sociedad natural es la familia.

Ése es el orden natural; la célula social es la familia. Uno se pregunta de inmediato si ese mismo es el orden de ejecución política, o sea el orden de oportunidad. Es necesario restaurar al plano político la familia, el gremio, la comuna, la corporación, las instituciones paraestatales (Universidad, Ejército, Iglesia) y por último al mismo Estado. En todo proceso de cambio sustancial —lo que llamaban *generación* los antiguos— la totalidad domina las partes. El Estado ha sido debilitado a fondo y desplazado en parte por la llamada "democracia", instrumento de dominación de las fuerzas económicas. Pensar que unos purísimos mercachifles de avisos como LA PRENSA se arrogaban el poder de voltear gobiernos y, lo que es más, de dispensar la gloria, el buen nombre y la fama, incluso literaria o filosófica; y que al atreverse el Gobierno a imponerles una ligera corrección se ha celebrado en el país como un acto de sobrehumano coraje; eso patentiza la extrema debilidad del Estado burócrata-gendarme; el cual, por otra parte, por una paradoja, es también abusivo y tiránico si a mano viene, lo que no deja de ser corriente en la psicología de los

débiles. En las cosas que le toca hacer que son esencialmente tres: Guerra, Justicia y Caminos, el Estado moderno es débil. En las que no le toca hacer —y se mete igual— como enseñanza, religión, fiestas, negocios, arte, cultura, es abusador y duro como un demonio.

Un ejemplo concreto mostrará cuán necesario es que el Estado recobre cuanto antes su esfera propia y adquiera la absoluta autoridad que le falta; la cual es de orden moral y consiste en el consenso popular y en la confianza y entusiasmo del pueblo; no vayan a creer que se trata de hacer brutadas, o hacerse temer con violencia inicua.

Supongamos que por una desgracia subiese al poder un católico —quiero decir un católico "de etiqueta"— y basándose en las enseñanzas de los Papas implantase en el país por decreto el "corporatismo", encíclica QUADRAGESIMO ANNO... ¿Lo ven ustedes de aquí? Para figurarse el disloque que causaría a un Estado políticamente débil la organización prematura del cuerpo de las fuerzas económicas basta ver cuánto puede hoy día sobre el Estado y aun contra el Estado —lo que ha podido hasta hoy, queremos decir— la única corporación que está medio organizada entre nosotros, la de los ganaderos.

Todo el panorama del mundo está dominado por el gran hecho de la lucha de clases, y por los dos movimientos modernos que se pretenden soluciones a la injusticia y al caos, el comunismo y el nacionalismo.

El nacionalismo hasta ahora carece de doctrina y se presenta como una serie de reflejos necesarios y nobles, pero que aún no parecen trascender la región del sentimiento y del instinto. Corre el peligro de ilusionarse: de querer sustituir las soluciones específicamente políticas, que no posee, por la apelación a los sentimientos nobles como sacrificio, combatividad juvenil, heroísmo guerrero, aspiraciones al Reino de Dios; que son buenos propulsores pero malos constructores, cuando no se clarifican intelectualmente en sentimientos y en ideas operativas, como pasa siempre con las pasiones. No se gobierna con los impulsos de Don Quijote; y el que gobierna es Sancho.

Esto que es verdad incluso en Europa, entre nosotros es fabulosamente evidente. Detestar a los judíos, limpiar de pillastres la administración, multar a cuatro comerciantes, encarcelar comunistas —y aquí es donde temo campear con la debilidad el abuso— y nacionalizar los servicios públicos, con algunas reformas paternales de carácter relumbroso social, no constituyen un programa político especial, ni mucho menos tocan los profundos problemas de fondo del mundo contemporáneo. Muchas de las soluciones propuestas (como los seguros sociales) son plagiadas del socialismo; y su dirección focal no es el sentido militante de la vida, propio del cristianismo, sino el sentido burgués rebañego, propio del socialismo.

Una prueba concreta del empirismo nacionalista y su penuria de filosofía política es su conducta frente a la Iglesia. Ha tomado hacia ella dos actitudes igualmente pueriles: aprovecharla o molestarla. Primera: *He aquí una sociedad antigua y misteriosa, fuertemente organizada. Me conviene ponerla de mi parte para uncirla a mi política. Le haré concesiones y subsidios* (actitud italiana); segunda: *He aquí una sociedad antigua y misteriosa fuertemente organizada. Me puede estorbar en mi política. La aplastaré políticamente* (actitud prusiana). Las dos actitudes ignoran supinamente la natura incluso histórica y empírica del Catolicismo, y lo ponen simplemente a un lado del camino, lo mismo que los liberales. En España más reflexivamente el nacionalismo no ha adoptado actitud alguna; pero tampoco ha resuelto aún el problema eclesiástico, planteado por Unamuno. Eduardo Aunós decía, no sé si en broma, ¡que era insoluble!

La inteligencia argentina tiene hoy una tarea y un deber sacro, que es *pensar la patria.* Lo están cumpliendo Aberg Cobo y algunos otros. Fuera de eso, todo lo demás es pereza mental, falta de conciencia o esa sutil degeneración intelectual que se llama *diletantismo.* Una de las cosas repelentes de los grandes diarios es ese dopaje sistemático de la inteligencia popular con estudios enteramente superfarolíticos acerca de "La regla y

la excepción en Dickens" o bien "Un nuevo novelista del surrealismo Summer Spencer", que propinan a las masas a manera de opio.

Y esa tarea y ese deber de *pensar la patria* es lo que hace la importancia de un diario como... Basta. No es elegante hablar de uno mismo.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 570, 9 de mayo de 1944.

El héroe

Las naciones tienen grandes hombres a pesar suyo; lo mismo que las familias. Es una ley tan humana, que ni la Iglesia se exime del todo de ella. La Iglesia canoniza a los santos, *después de muertos.* Antes de morir, a veces hasta los ayuda a bien morir. Ningún hombre se elevó por sobre la Materia y el Destino sin quedarse cruelmente solo; ésta es una proposición casi analítica, ni siquiera sintética a priori. Por tanto, todo héroe tiene que desarrollar una fuerza de ataque superior a la fuerza de resistencia de millones de hombres. De aquí que haya tan pocos héroes. No todos los que tienen estatuas son héroes. En la Argentina si ha habido cuatro héroes, es mucho. Y uno fue un fraile que nadie conoce, y que no tendrá estatua hasta dentro de 100 años; un fraile del siglo XVII. Y para tener estatua en la Argentina, ahora, al lado de Garibaldi, es mejor no tenerla.

El domador quiere hacer un buen caballo de un bruto, es decir, quiere elevarlo de plano ontológico, izarlo al plano de lo racional, que no es el de su natura; y por tanto, diría un teólogo, quiere hacerlo cumplir el orden divino. El hombre hace con la bestia análogo a Dios con el hombre, la vuelve sobrenatural. ¡Quién va a decir! ¡Esos pobres criollos que acaban ordinariamente en hórridos Asilos de Ancianos!

Así también en política el verdadero santo es aquel que golpea al pueblo para el bien del pueblo. El pueblo lo saca a veces por el pescuezo, y lo manda a asilarse a Southampton o a Boulogne-Sur-Mer. Paciencia, son quiebras del oficio. Por eso hay tan gran escasez de domadores, como anunció el otro día el Ministerio de

Guerra. *"Seuls les coeurs de lion sont des vrais coeurs de pére"*. El carnero no tiene corazón de padre. Los leones son pocos.

El Estadista es el que golpea al pueblo para bien del pueblo. Dice Santo Tomás que por eso tienen un premio en el cielo próximo al Apóstol: *"en el cielo de Júpiter"*, dice el Dante. El Tirano es el que golpea al pueblo para bien propio; por eso Dante lo pone en el Tercer Círculo del Infierno. Pero hay uno peor que estos dos, que es el que *no* golpea al pueblo: el Demagogo. El Demagogo hace lo que la masa quiere que haga, y dice lo que cree que a la masa le gusta. Es un servil. Es un adulador. Es el tenorio de la muchedumbre. ¡Qué bien los conoció Platón, qué retratos que se salen del libro, y se ponen a caminar —en auto— por las calles de Buenos Aires!..., La república, El Gorgias, El político ¡qué manuales de política argentina!

El diario de hoy es viejo y dice lo mismo que ayer
Homero es nuevo como el sol
El diario lo sé de memoria y por eso me pongo a leer
L'última noticia en Platón.

El gran estadista es una creación providencial, lo mismo que el gran artista, y por eso hay que respetarlo. Leo en El Pueblo de hoy un artículo sobre los *Errores de Mussolini* de un respetado amigo mío y maestro; y no me convence nada. Dice que el gran error de Mussolini fue entrar en la guerra. Dice también que Abisinia, Albania y Córcega no valen nada al lado del *"imperialismo del arte"* que representa Florencia, que ahora va a ser destruida por los defensores de la civilización; lo cual debió prever Mussolini. ¡Qué ideas fin de siglo! ¡Cómo ha cambiado el mundo desde que estas ideas parecían verdaderas! Esto lo hubiera podido escribir Enrique Dickman.

El autor dice que él no es estadista y que Mussolini es un estadista genial. Por tanto, no se equivocó Mussolini al entrar en guerra. Lo contrario es como si yo le dijera a mi tocayo Leonardo da Vinci "Usted es un

pintor genial; pero esa cabeza de mujer que pinta usted allí como retrato de la señora de Meser Francesco del Giocondo es un grave error. Se lo digo yo, que no soy pintor".

En cuanto al *"imperialismo del arte. . ."*. Yo he visto en Roma a la mujer de un gran pintor descalcificada por haber tenido nueve hijos, y al marido sin dinero para comprarle remedios. Ése es el imperialismo del arte, que se quiere adjudicar gentilmente a Italia. Le quise encargar un cuadro, justamente de aquel fraile heroico que nombré arriba. Dio la casualidad que los superiores de la orden del fraile heroico eran gente sin gusto artístico ni otra excelencia intelectual de ninguna clase absolutamente: se opusieron al cuadro de Ridolfi. Y después hicieron hacer un bodrio inmundo, que es contrario a la mayor gloria de Dios, y el que le pegue fuego hará una obra agradable a Dios. Y creo que encima le salió más caro que la obra maestra que hubiera hecho Ridolfi. Ridolfi no es un Leonardo pero es un pintor sólido. A estas horas se debe haber muerto con todos sus hijos. ¡Divino Imperialismo del Arte! ¡Uf!

Dios no necesita del arte, Dios necesita justicia; y que el hombre se haga un poquito parecido a Él sobre la tierra. Nosotros no merecemos las obras de arte que produjeron hombres más grandes que nosotros; y por eso es muy posible que Dios permita que sean destruidas, para que nadie se glorie con lo que no es suyo; y nadie prefiera la añadidura al Reino de Dios y su Justicia. Si la Cristiandad no es capaz de defender a Roma, la Cristiandad no merece a Roma y es mejor que Roma sea arrasada. Puesto en el trance de elegir entre el neomaltusianismo y la Muerte, si Mussolini eligió la Muerte, hizo bien delante de los ojos de Dios, aunque su elección esté por encima de la comprensión de EL PUEBLO, y de toda esa raza chabacana e inútil que nos llamábamos en otro tiempo República Argentina!

¡Oh República Argentina! ¡Quién te mandará un santo de la espada, un Estadista! ¡Quién sacará de Ti un hombre duro y riguroso por amor, porque el amor verdadero es más duro que la Muerte y el Infierno, dice

el Libro Santo! ¡Pide a Dios que te dé un domador por amor, de la raza de los viejos domadores! ¡Pide a Dios que te dé un varón inexorable y tierno que sea capaz de empuñar ese montón de gente entreverada entre el Andes árido y el Río sucio; y hacer con ella una imagen un poquito parecida a la imagen de Dios que está en tu cielo y en tu tierra!

CABILDO, Buenos Aires, Nº 575, 14 de mayo de 1944.

Gobernar

No puedo contestar a las cartas que me dirigen, aunque las colecciono. Hoy he recibido la número 100 y he "batido un récord" que me honra y honra a los lectores de CABILDO: aunque hay algunos reproches, no hay ningún insulto. Tengo un amigo predicador que recibe de vez en cuando anónimos con insultos; yo ni uno solo. Quiere decir que a través de mis *palabras malas* la gente ve en el fondo un alma buena. Al que me pregunta por qué firmo *Militis Militorum*, le diré que en el latín clásico del diario LA NACIÓN eso significa *militar entre militares.* Yo soy un hombre que está en guerra.

Por eso en materia de militarismo yo soy una especie de CANTAR DE LOS CANTARES; aunque confieso que no soy militar, sino solamente hijo de militar. A los que se quejan de mis *palabras malas* les diré que el género de estas notas penuriosas de espacio exige exageración. No se pide matices a un aguafuerte. Tampoco al soldado en campaña se le pide la pulcritud del oficial de salón. El periodismo tal como lo encara CABILDO es en el fondo obra de gobierno. Gobernar es duro y difícil.

Si gobernar es tan difícil como dicen, ¿cómo es que nuestros gigantes padres gobernaron como jugando?

—¿Gobernaron, dice usted?

—Sí.

—¡Ah!

Gobernar es una cosa increíblemente dura y peligrosa; pero no por lo tantísimo de cosas que hay que hacer, como cree el vulgo, sino por lo bravísimo de las tres únicas cosas que tiene que hacer el gobierno —se-

gún he leído en Maquiavelo el cual lo trae de Tito Livio–; que son tres, y no más, como las personas de la Santísima Trinidad: hacer la guerra, hacer caminos, y hacer justicia. ¿Y repartir nafta? Eso se deja a los pinches. Robarán algo; ¡paciencia! Si los agarro robando, entonces dentra el hacer justicia. Así como queda mal un cura duro, así queda mal un militar blando.

Con el nombre de *liberales* existieron en otro tiempo unos tipos habladores y eufóricos, que no se sabe cómo –se cree que por castigo de Dios– llegaron a gobernar este país. Lo desgobernaron tan bien durante 90 años, que el país está ahora como ustedes saben. ¿Qué hicieron?

Eran gente fuerte en parola: las tres cosas fuertes del gobernante no eran para ellos. Hicieron la guerra a los flacos, no al extranjero audaz, no al injusto, no al prepotente; sino a la gente del país que no le caía en gracia, al gaucho, al indio, al "opositor", al Paraguay, a los curas, a los analfabetos, que no eran mala gente, por lo menos eran de aquí. Hicieron la justicia del embudo, que describe Martín Fierro. Y en vez de hacer caminos, le dieron carta blanca y terrenos encima a los ingleses para que hicieran ferrocarriles. Los otros qué más querían, la llave del cuarto de la señora. Por suerte se puso furiosa la señora (Dulcinea) que ahora está hecha una leona.

Después empezaron a decir ¿qué vamos a hacer ahora? ¡Algo tenemos que hacer! Y empezaron a hacer todas las cosas que el gobierno no debe hacer, con entusiasmo digno de mejor causa.

Vamos a hacer escuelas. El gobierno va a enseñar y nadie más que el gobierno: el Gobierno Nacional ¡ojo! Enseñar para ellos significaba juntar dinero con bárbaros "impuestos" y después repartirlo a los amigos en forma de "puestos"; formar maestros en serie con espíritu protestante y hacer programas nuevos cada santiamén y "reformas de la enseñanza".

Cualquiera que haya enseñado sabe que eso *no* es enseñar. El gobierno no está hecho para enseñar, sino para gobernar la enseñanza de los enseñantes, lo mismo

que todo lo demás. En consecuencia, la enseñanza del gobierno anda mal, o mejor dicho, en cuanto es *del gobierno*, no anda; es decir, no existe. El gobierno enseña tanto como aran los mosquitos y cinchan las garrapatas, es decir, que los bueyes aran y cinchan *notwithstanding*. Los bueyes son los maestros. Bien comidos los bueyes nacionales. Mal comidos los bueyes provinciales. Como si estos últimos no fuesen también argentinos. De los bueyes "incorporados" no digamos nada, por ahora. Ni tampoco del problema de la enseñanza en sí. No es posible todavía la solución de fondo. Estamos en el tiempo del enérgico vaciado de tumores; y de la vociferación de principios. La enseñanza religiosa ¿qué fue más que la proclamación de un principio? Más que una creación, un gesto.

De lo demás que hicieron al margen de su deber gubernativo los pobres liberales, que todo les salió al revés, abreviemos. Rompo tres páginas del borrador llenas de fáciles sarcasmos. "¡Vamos a fomentar las letras, las artes, la cultura!". El poeta más argentino de esta época es Almafuerte, que oblitera a Obligado. El director de la cultura intelectual es Antonio Aita. El director de la filosofía llegó a ser Ravignani. El "libro argentino" está en manos del comerciante extranjero; del comerciante en todo caso. En la Argentina ha habido contra el gobierno unos cuantos poemas y una cuantas novelas buenas; y los millones de pesos para fomentar "la cultura" se han gastado en evitar que hubiese más. No hemos producido ni una obra de teatro, ni una obra de filosofía, ni una obra de religión de valor ni lejos universal. Las musas tienen horror a la Casa Rosada, la cual en materia intelectual ha producido los versos de Mitre en el margen de la "Ley Mitre".

¿Qué otra cosa vamos a hacer? ¡Vamos a suprimir la pena de muerte y la tortura! Véase acerca de esto el libro MARTITA OFELIA Y OTROS CUENTOS DE FANTASMAS, de Jerónimo del Rey, que imprimió Amorrortu por cuenta del Club de Lectores.

¡Vamos a suprimir la esclavitud! Suprimieron la raza negra y crearon la esclavitud blanca, el proletariado campesino y el proletariado fabril.

¡Vamos a suprimir la guerra, "el crimen de la guerra"! Debilitaron militarmente al país, lo castraron de su capacidad de lucha, que es un instinto normal del animal macho. Actualmente el Uruguay nos hace el pito catalán.

¡Vamos a suprimir la superstición! Aservilaron al clero, consiguieron hacerlo escaso y mal preparado, se arreglaron para sacar obispos de esos que no son *de respeto* —como dicen los tauromacos— sino más bien "vistosos".

¡Vamos a suprimir esto! ¡Vamos a crear lo otro! Etcétera. No han suprimido nada ni han creado nada. Suprimieron lo que no pensaban y crearon lo que ni soñaban. Y era que habiendo los cuitadillos empezado por suprimir a Dios, no de sus palabras pero sí de sus mentes y de sus obras —que eso sí puede el hombre fácilmente, con solo dejarse caer— incurrieron en esa maldición que dice la ESCRITURA, la maldición de Los que Dicen y no Hacen.

Y ahora la Argentina está lista para tres generaciones si no hacemos penitencia (*metanoia*), es decir *cambio-de-mente.* Hacer cada uno lo suyo. Y el gobierno dejando despacio todas las cosas que no le tocan, y a toda furia hacer las cosas que le tocan, que son tres y ni una más, como las personas de la Santísima Trinidad: *hacer la guerra,* que supongo significa también industria pesada, minería y tener a los hijos de Marte disciplinados y ágiles como *"perros flacos"* que dice Platón; *hacer caminos*, que incluye también oleoductos, aviones, bases, radiotelefonía; y *hacer justicia*, que es lo más difícil y que más se asemeja a Dios, desde derrocar los *trusts* hasta impedir la vigencia de los cuatro pecados que *"claman al cielo"*, uno de los cuales es robar al trabajador su jornal.

—¡Pero el mundo de hoy es muy complicado!

—No importa. Cuanto más complicado un problema, menos deben ser los principios de solución. En el *Reinado de Dulcinea* se cuenta que no había más que tres ministerios con tres secretarías cada uno: *1.* El de *Conservación Nacional*, con Guerra, Interior y Exterior -

2. El de *Adelanto Nacional,* con Vialidad, Industria y Salud Pública - 3. El de *Gloria Nacional,* con Trabajo, Justicia y Cultura, correspondientes a las tres fuerzas que hay en el hombre, la Nutritiva, la Aumentativa y la Cognoscitiva. ¡Qué tiempos aquéllos!

Y una de las cosas para las cuales no sirve el Gobierno es para inventar fiestas. Las fiestas verdaderas se inventan solas. Cuando estuve en San Juan —antes del terremoto— oí la siguiente copla:

"Basta de centenarios
Basta de días
¡Quiero papas baratas
Fritas y frías!
Basta ya de homenajes
Y homenajiados
¡Y hagan más penitencia
por los pecados!".

CABILDO, Buenos Aires, Nº 578, 17 de mayo de 1944.

Radio

En su HISTOIRE DE LA DANSE, Tomo II, el coreógrafo Raymond Duncan (hijo de Isadora), estudiando el significado del tango llega a esta conclusión: "*El tango ha sido inventado por hombres con gran experiencia de...* [perdón], *pero todavía radicalmente insatisfechos*". En su HISTORIA DE LOS ANIMALES, Libro Z, Capítulo 8, 581, 4, Aristóteles dice que las mujeres que han tenido ciertas experiencias prematuras quedan muy salaces y para siempre insatisfechas. La República Argentina, con todo su gorro frigio y a sus plantas rendido un león, es una pobre muchacha de ésas, a juzgar por la impresión que dejan su Radio, su Cine, sus Revistas Ilustradas y sus Diarios Grandes. Y ésa es la impresión del extranjero. Dios me perdone, pero estoy obligado a decirlo. Raymond Poincaré dijo una vez: ...Bueno, esto ya no me animo a repetirlo en público. Albert Londres escribió un libro... Herta Thiele rodó una película...

Lo más educativo y lo más "cultural" de la radiotelefonía argentina creo que son las recetas de cocina de doña Petrona de Gandulfo en su "cruzada" pro aceite Ottone. San Pablo pensaba que por regla general todas las mujeres que hablan en público son tontas; por eso dijo "*mulieres in ecclesia taceant*"; pero ésta es una excepción, porque habla de cosas caseras y es casi la única que sabe hablar con gracia el castellano casero. ¡Pero hay otras! El otro día estaba enfermo, y escuché la audición *Después de las 24* de Radio El Mundo. Fue exactamente el sábado 6 de mayo. Era una audición sobre Víctor Hugo, hecha por un hombre y una mujer. El hombre parecía mujer. La mujer parecía... ¡Dios!

¡Si yo pudiese escribir lo que parecía! ¡Qué artículo me salía! Bueno, estaba enfermo y me sané. Me dormí con el pecho henchido de gozo estético y una gran paz en el alma. Nunca había oído tantas bobadas juntas y concéntricas; en racimo, de a tres y de a cuatro en cada frase, una obra maestra de humorismo *malgré soi*. Pero el otro día me remordió fuertemente mi alegría: ¡toda la pobre gente que se traga eso y no se da cuenta de que es humorismo *malgré soi*! ¡Toda la pobre gente que se alimenta de eso! A las doce de la noche, abrir su corazón y su inteligencia para "ilustrarse" un poco acerca de un poeta que vivió en Francia hace 140 años y no tiene ni tuvo nunca nada que ver con nosotros, inaccesible a la masa como poeta, y como hombre mal hombre; y les atracan el número y el nombre de las "amantes" adúlteras que tuvo —que a lo mejor son macanas—, diálogos sentimentales con ellas —fingidos por el hombre y la mujer—, todo confitado en consideraciones religiosoculturales del más azucarado almíbar literario. Menos mal que en el pueblo hay bastante comunismo; y los comunistas enseñan eficazmente a odiar toda esta pudrición, que llaman "cultura" los mercaderes.

Cualquiera diría que estamos injuriando gratuitamente a doña Anita Serrano Redonnet, Atahualpa Yupanqui, Manuel de Góngora, Lisardo Zia, *Néstor*, Aurelio García León, Daniel Arroyo, la fina porteñísima comedia de Dartés y Damel; y lo que es peor, unos cuantos cofrades de profesión que utilizan también la Radio... No. Quien los injuria es la correntada de tonterías, sentimentalismos y mala educación que ellos no pueden detener y en medio de la cual tienen que actuar. Sabemos que Radio Municipal, Estado, Buenos Aires, Provincia y Argentina son inteligentes bastante, en la música al menos, no siempre cuando trasmiten discursos; pero Radio Belgrano y Radio Splendid son guarangas, Radio Excelsior y Radio Libertad son vendidas, Radio El Mundo es inglés, pero inglés para las colonias, no para la metrópoli. De las otras no hablemos.

Ahora mismo estoy oyendo la *Historia de Thelma Jab, la emperatriz que murió de amor*, por una muy

señora mía que no sabe hablar, ni modular, ni siquiera pronunciar (*"maniana liama"*) pero que es un "besuvio" de sentimentalismo. Lo peor es que cuando uno les grita: *¡Cállate!*, contestan diabólicamente: *"No señor, no me «calio»; quiero lo mejor, quiero Aceite «Gayo»"*.

Para consolarme, estaba ayer enfrascado profundamente en la lectura de PROSA DE COMBATE, *sermones laicos* de Josué Quesada –usted manda 0,05 a Radio Excelsior y le mandan uno de regalo– cuando oigo una conferencia en Harrods sobre la BBC de Londres del profesor Yoni Píquilis Mángulis –el nombre exacto en inglés no me acuerdo– y ésta salió buena. Conozco la BBC. Me he pasado horas enteras en 1933 en la enfermería de Manresa House, Roehampton N. W., oyendo la radio inglesa para aprender inglés. Es quizá la mejor solución del mundo en materia de broncaste. Ni monopolio del Estado, ni libre y desvergonzada explotación comercial, sino ente autónomo responsable ante el Estado, pero libre durante 10 años para desenvolverse a su entender con un consejo directivo integrado por hombres de la más alta cultura, nombrados por el rey. Claro que según nuestro punto de vista, está viciado por la dirección neta y celosamente protestante que es inevitable en aquel país; sin embargo esto no impedía que Chesterton comentase cada lunes los libros de la semana, y otro católico que no recuerdo (¿Dawson quizá?) tuviese espléndidas conferencias semanales sobre política internacional. Pero técnica y culturalmente la solución era espléndida. Estos ingleses tienen orden en su casa. ¡Lástima su afición a asegurársela desordenando las ajenas!

Bien. No hay que dejarse desordenar de afuera: el padre de familia que permite eso es un colmo.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 584, 23 de mayo de 1944.

El actual gobierno nacional está ejerciendo un recuperador y restaurador estatismo, al haberse hecho cargo, incluso por medio de juicios de expropiación, de varios servicios públicos detentados hasta ahora por "empresas privadas", que en realidad son monopolios extranjeros. Esto ha puesto en el tapete entre nosotros la vieja cuestión del *estatismo*. En la fenecida Conferencia Interamericana de Estados Unidos, donde asistió un delegado argentino de dudosa autenticidad y de acción nula, se hizo la apología de las empresas privadas; y uno de los consejos que allí se dieron fue el de restringir la intervención del Estado en toda clase de empresas y negocios, fomentando en cambio la iniciativa privada. Es un consejo vago en la formulación, interesado en la tendencia.

Existe una tesis de filosofía católica que sostiene que el Estado en una sociedad no tiene todos los derechos, ni debe ejercer todas las actividades, abuso que se ha bautizado con el nombre de totalitarismo. Existe otra tesis de la herejía liberal, formulada explícitamente por el ingeniero filosofante Herberto Spencer: que la iniciativa privada es siempre y en todo más exitosa, apta y fecunda que la del Estado, el cual debe abandonar por tanto todo terreno donde la actividad individual pida piedra libre. Entre estas dos tesis media un abismo, que los mediocres teorizadores de nuestra prensa mercantil –en especial La Prensa que ha hecho del tema un sonsonete y una manía– cubren con cortinas de humo, provenientes quizá de genuina confusión propia, probablemente incurable a causa de sus concomitancias con el bolsillo.

El Estado es una sociedad perfecta y total, y por tanto en cierto sentido puede hacerlo todo. Por otra parte, existe un derecho natural, que es anterior al mis-

mo Estado, y ante el cual debe detenerse. La reciente discusión en Rosario de los leprólogos argentinos acerca del matrimonio de los leprosos, es un ejemplo, que por suerte —y gracias al doctor Guillermo Basombrío— dio un resultado halagüeño al sentido moral de nuestra gente y hasta a la inteligencia de nuestros médicos.

La conciliación del poder político y del derecho natural no puede hacerse enumerando una serie de objetos tabú a los cuales el Estado no podría tocar, sino distinguiendo el modo de operación de la sociedad civil y su fin particular, o sea, lo que llaman en la escuela el *objeto formal*, de lo cual no todos son capaces. El Estado lo puede todo, pero no totalmente, dicen los filósofos. Se inmiscuye rectamente en la familia, cuando retira los derechos paternos al padre desalmado; se inmiscuye en la instrucción, cuando controla, premia o castiga a los enseñantes; se inmiscuye en la religión cuando pacta concordatos o bien objeta candidatos a obispos. Pero no puede sustituirse enteramente en la esfera propia de la familia, de la religión, de la cultura, que son cosas delicadas, aptas a ser lastimadas por su guantelete de fierro o anemiadas por su indispensable burocracia.

Nuestro siglo ha visto el fenómeno del retorno de la política contra la economía. Un fenómeno paralelo es el retiro gradual de la política de esferas particulares, donde se había entrometido indebidamente. La falsa democracia, que resultó el instrumento de las inmensas fuerzas económicas desatadas en el siglo XVII, había persuadido al Estado a abandonar su esfera propia, que es la política, lo había debilitado en la dirección general de la procura del bien común, distrayéndolo entretanto con las pretensiones fáciles y ociosas —y a veces tiránicas— de ser pontífice, sacerdote, sabio, maestro, mecenas, nodriza, o cualquier otra cosa particular.

Estamos asistiendo por suerte a la restauración de las esferas de acción a sus propios centros. Por tanto, no es el estatismo de Y.P.F. lo que hay que temer, al contrario; sino el totalitarismo de la Escuela Normal o de la ley de examen prenupcial.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 588, 27 de mayo de 1944.

Teoría y práctica

El compañero *Scriptor* me ha tomado a partido en estas columnas el 20 de mayo próximo pasado a propósito de dos artículos míos. Me alegro porque me da ocasión de explicarme. Porque en un sentido *Scriptor* tiene bastante razón; pero por desgracia yo tengo bastante más: a ver si nos entendemos. El entenderse es necesario entre amigos. En toda amistad llega un momento en que hay que decir: *Yo soy A y tú también eres A. Los dos somos uno; puesto que los dos somos A. Pero ¿qué entiendes tú por A?* Eso acaece incluso entre novios. *¿Qué entiendes tú por amor?* O como decimos los hispanos: *¿Me quieres con buen fin?*

Las dos tesis mías contestadas por *Scriptor* son: *1. El nacionalismo todavía no tiene doctrina propia - 2. Al Estado le toca hacer solamente tres cosas, a saber: guerra, justicia y caminos.* Siento mucho que sean dos tesis heterogéneas y la *2* sea muy difícil de explicar. Entonces, abandonemos la *2.* Concedamos a *Scriptor* que el Estado no tiene que hacer sólo tres cosas, sino que generosamente tiene que hacerlo todo. ¿Que hay muchos ancianos abandonados? El Estado debe hacer Asilos de Ancianos. ¿La vida es cara? El Estado debe aumentar los salarios. ¿Los alquileres son altos? El Estado debe rebajar los alquileres. ¿Hay analfabetos? El Estado debe construir más escuelas. ¿Hay muchos leprosos? El Estado debe prohibir el matrimonio del leproso. Puestos en ese camino, vamos hasta el fin. ¿Muchos se ordenan de curas sin vocación? El Estado debe ordenar los curas. ¿Muchos médicos yerran las curas?

El Estado debe curar. ¿Muchos se equivocan en elegir mujer? El Estado debe elegirnos la media naranja. ¿A muchas madres les falta leche? El Estado debe dar de mamar a los nenes. ¿Y por qué no hacerlos también, ya que debe cuidar de la famosa "natalidad"? Eso es ridículo, eso es un absurdo totalitarismo. Según eso, ¿hay una línea que divide la esfera de operación del Estado de la esfera de operación de los otros seres que son capaces de operación espontánea, como las personas, las familias, las instituciones? Pues ¿quién lo duda? Bueno; yo he tratado de definir gruesamente esa línea. Hasta que ustedes no nos den una definición mejor, dejen allí provisionalmente la pobrecita definición mía. Con enumerarme lo que el Estado hace en Brasil, España y Gran Bretaña, no ganamos nada. Pudiera ser que haga todo eso y no tenga derecho. Pudiera ser también que algo de eso entre en el ámbito de mis tres palabras *simbólicas*. Por lo menos Eudoro Cisneros, que conoce Catamarca, propone para salvar Catamarca de un modo decoroso y perenne —en CABILDO del 21 de mayo de 1944— cuatro medidas que bien miradas están enteramente dentro de mi línea.

—Pero entonces su línea es muy oscura, explíquemela mejor.

—No tengo fuerzas. Le abandono esa línea y me retiro a la otra línea, en neta *defensa elástica*.

El nacionalismo todavía no tiene doctrina. ¿Qué entiendes tú por nacionalismo?

Si se entiende por nacionalismo la virtud del patriotismo el nacionalismo es una cosa buena y su doctrina está hecha. Si se entiende el gobernar bien, también es bueno y hay mucha doctrina sobre eso. En esos dos sentidos le concedo a *Scriptor* que Inglaterra es nacionalista. Si nacionalismo es un estado de exaltada conciencia colectiva, de hervor y fervor nacional, de entusiasmo político, como en la Francia de Richelieu,

en la Roma de los Fabios, en la España de Carlos V, eso puede ser bueno o malo, asegún; porque eso es una pasión; y también hay doctrina hecha de las pasiones. Y también así Inglaterra es nacionalista. Y también Eduardo Mallea.

Pero si nacionalismo es: *un fenómeno histórico sociológico del mundo actual aparecido después de la guerra del 14, concretado por primera vez en Italia con el nombre de fascismo, que pretende* —con razón o sin ella, prescindo ahora— *ser la solución al problema político contemporáneo, entre la insuficiencia indudable de la solución liberal y la falsedad manifiesta de la solución marxista,* entonces eso todavía no tiene doctrina. No digo que no la haya de tener, ni menos que sea una vergüenza el no tenerla. Digo simplemente: *Eso —ahora— no la tiene.* Y eso que describí arriba es el nacionalismo; cada vez que yo diga *nacionalismo,* entiendo eso. Si *Scriptor* entiende otra cosa, entonces toda discusión y toda crítica es ociosa. Yo creía que conforme a Spengler, Gonzaga de Reynold, Adrian Tilgher, Karlos Schmidt, Ortega y Gasset, Thierry Maulnier, todos entendían eso por *nacionalismo.*

Pero en realidad *Scriptor* me hace caer en la cuenta de que hay que dar entre nosotros otra definición de nacionalismo, a saber: una cosa todavía informe compuesta de dos elementos sentimentales: una repulsión total hacia el estado de cosas llamado "régimen", unida a una viva emoción de patria.

Yo no he querido pues de ningún modo decir esto: "La Prensa tiene razón cuando dice que la Actividad Privada es siempre y en todo más industriosa y exitosa que la del Estado. Además, los nacionalistas argentinos son gente que procede al tuntún y no sabe lo que hace". Si yo hubiese querido decir eso, lo hubiera dicho así mismo, con esas mismas 40 palabras, no hubiera gastado 600 palabras y dos artículos. Pero entonces hubiera caído un rayo del cielo y me hubiera reducido a cenizas. De hecho hoy cayó un rayó en mi casa. Pero no venía por mí. Creo que venía por uno del primer piso. A mí solamente me quemó los fusibles.

Scriptor nos dice que el nacionalismo tiene doctrina: porque *"tiene un pensamiento coherente aunque no tenga un sistema completo de soluciones ideadas en detalle"* para todos los casos que la realidad va poniendo. Bien, ninguna de esas dos cosas es doctrina, propiamente hablando.

Entre la pura teoría —que es filosofía—, en el sentido en que yo hablaba y la pura práctica —que es arte política— existe una zona media en donde la idea se encarna y en donde el problema singular se intelectualiza. Eso se llama *doctrina política.* Y eso es absolutamente necesario para fijar el médano. La idea es el viento. Los hechos son la arena. El árbol es la doctrina que se nutre de los dos. A estas tres esferas de la inteligencia los filósofos llaman teórica a la primera, teóricopráctica a la segunda, y prácticopráctica a la tercera. Si quiere, podemos llamarlas: la idea, la doctrina y la aplicación. En materia política por ejemplo, el POLITICÓN de Aristóteles es pura teoría; la Constitución Argentina es pura práctica. ¿No hay algo en medio? Sí, están la BASES de Alberdi, EL FEDERALISTA de Hamilton. El nacionalismo argentino no tiene todavía doctrina, porque no tiene todavía lo que EL CAPITAL de Marx es para el socialismo y LA RIQUEZA DE LAS NACIONES de Adam Smith es para el liberal. *Doctrina* significa una cosa que se puede enseñar (doctor, docére). Si se fundara una cátedra de nacionalismo argentino y me nombraran profesor a mí ¿qué libro de texto pondría? ¿La colección del diario EL PAMPERO? La quiero mucho. Pero no es un libro de texto.

No hay que molestarse, asustarse ni "desedificarse" por eso. Si es lícito poner un ejemplo de otro plano, los primeros cristianos no tenían doctrina; y eran sin embargo un movimiento destinado a hacer historia; aunque no sin labrarse simultáneamente una doctrina, es decir, sin tomar conciencia de sí mismos. Tenían la idea, que era el EVANGELIO (uno de los cuatro, quizá un fragmento, ni siquiera escrito); tenían la práctica más fervorosa y pujante: de las dos cosas surgió la

doctrina, que son el Canon, las obras de los Padres, la Teología Católica, la Liturgia, la Moral, el Derecho Canónico. Si yo me hubiera presentado a un ágape de las catacumbas gritando: "¡Ustedes no tienen doctrina!", ninguno se hubiese molestado. Era un hecho obvio. El más viejo (el "*presbítero*") me hubiese contestado:

—Tenemos algo mejor, tenemos vida, somos un germen.

—Pero un germen debe desarrollarse.

—Eso esperamos en Dios.

—Pero ¿ustedes creen que se va a desarrollar sólo con la gracia de Dios?

—¡Toma, no! —me hubiesen respondido—. Hay que trabajar, estamos trabajando con alma y vida.

Bien: eso mismo quiero yo decirle a los patriotas de mi patria, que hay que *pensar la patria,* y que no basta hacer muchos discursos, muchos cambios de personal técnico, muchos arbitrios de momento, muchas improvisaciones espléndidamente bien intencionadas; ni siquiera muchos artículos. Y se me erizan como un avispero.

—¡Déjalos! —me diría quizá el anciano.

—¡No puedo, caramba! —le diría yo.

En una palabra, le temo al vicio capital de la mente argentina, que es la "improvisación". Le temo al "*médano*", como dice en su preciosa meditación sobre la incapacidad criolla —haciendo doctrina, justamente— Fortunato E. Mendilaharzu el 19 de mayo de este año en este mismo diario. Le temo a la inestabilidad del médano. Le temo a los sábelotodo, a los avivados, a los explosivos, a los facilones, a los practicones, a los suficientes, a los presuntuosos, a los precipitados, a los copistas, a los plagiarios, a los agitados, a los aplebeyados, a los eufóricos, y a los fanáticos: entre quienes declaro categóricamente que no cuento ni en sueños a mi amigo *Scriptor* —que es un periodista bien preparado y un perito en su rama— ni a ningún conocido mío en particular, sino a todos los argentinos en general, empezando por mí.

Hablando del apostolado católico San Juan de la Cruz dijo: *"Hay algunos que se arrojan impetuosamente a la acción careciendo de contemplación. Creen que van a salvar al mundo con sus predicaciones y sus obras. ¿Qué hacen ellos en el fondo? Muy poco bien. Algunos nada. Otros positivamente dañan".*

CABILDO, Buenos Aires, Nº 589, 28 de mayo de 1944.

Prensa archivenal

"Questo angrese — se mándano cada telécrama — que lo asústano ¡a cuarquiera!". Esto me dijo un viejo italiano que estaba por morir en el hospital. Había venido a la Argentina el año 84 a los 27 años; saquen la cuenta de la edad. Me dijo que cuando llegó la Argentina estaba en revolución, por lo cual se quedó un año en el Uruguay. Anduvo trabajando de peón por esos campos hasta el momento de morir, desde aquellos tiempos en que no había alambrado y había indiada. Según él, una vez lo corrieron los indios a flechazos y tiros de carabina; porque había indios con carabina —siempre según él— que a veces resultaban blancos renegados. Tardó como dos horas para confesarse, porque no había cura que entendiese los dos idiomas que hablaba, a saber: dialecto calabrés olvidado y echado a perder, y un cocoliche horripilante. Por supuesto tenía dos mujeres con una retahíla de hijos cada una, una en Calabria y otra aquí; pero por suerte una se había muerto, probablemente las dos. A este cristiano la sociedad argentina lo hizo trabajar hasta último momento, no le enseñó la lengua del país, y cuando se quiso morir lo mandó al hospital. Pero lo peor de todo es que todo el alimento intelectual y espiritual que le servimos por medio siglo fue la lectura de nuestros diarios. Había que ver cómo tenía el tipo el mate. La religión había quedado "en disponibilidad" desde que el sujeto pisó el Muelle Viejo: no se había confesado en 60 años. Menos mal que tenía una gruesa medalla de cobre de la Madona de Monferrato en un trapo mugriento, que se sacó del seno, besó y se puso a

llorar con mucho desconsuelo sus indescifrables pecados. *"¡Mi pento!"*. Es decir, que lo único que tenía de hombre racional y no de bestia de carga, se lo había dado Italia antes de venir acá. Acá lo hemos deshombrado en todo caso. Estaba leyendo el infeliz un diario argentino con la defección de Badoglio, y la famosa crónica ésa: *Parece que Mussolini quiso hacer fusilar a su propia hija.* Un semanario ilustrado de 0,15, maldito sea. Y sudaba el desdichado de congoja leyendo lo que decía el bodrio. Cuando le pregunté qué le pasaba, me dijo la frase esa, que fue casi lo único que le entendí de toda la conversación: *"Questo angrese — se mándano cada telécrama — que lo asústano ¡a cuarquiera!"*.

Se me hace que la prensa grande por eso anda tan entusiasmada con traer inmigrantes después de la guerra, aunque sean judíos: quiere tener más lectores. Pero después ¿qué les da a leer? Basura. Es decir, mentira. Dice San Agustín que la mentira es un vicio antisocial, ya que el error es el mal más grande del hombre. Como el monedero falso, el mentiroso ataca un bien común social, que es la expresión inteligible, sin la cual no habría sociedad; y por eso debe ser reprimido por la autoridad en los casos graves. San Agustín se oponía a que las autoridades romanas persiguiesen a los herejes donatistas en su diócesis de Cartago; porque decía que no se bautiza a la fuerza y que la Fe se persuade pero no se impone. Pero cuando le probaron que los donatistas hacían su propaganda a base de mentiras, soltó las manos y dijo: *"Entonces ya no tengo nada que ver. Aquí entra el César"*.

Aldous Huxley, que es una especie de donatista de hoy día y según dicen el hombre más inteligente de Inglaterra, se enfurece en su libro THE END AND THE MEANS con el fenómeno actual de la propaganda, o sea, propaganda de medias verdades amañadas, cuando no de impudentes mentiras, para arrastrar a las masas del anillo de la nariz como a los guarros; y el hecho de que en algunas naciones haya abiertamente "Ministro de Propaganda" lo considera una vergüenza para Euro-

pa. Y eso que la propaganda en Inglaterra por lo menos es inglesa. Aquí es mucho peor: porque es también inglesa.

Santo Tomás se pregunta si será lícito en tiempo de guerra engañar al enemigo; y resuelve que sí, porque eso se llama *ardid de guerra*. Pero aquí ya no engañan al enemigo; engañan al amigo, al enemigo, al neutral, al rupturado, al semirrupturado, al no beligerante y al pre-beligerante. En una palabra, como decía el viejo "*¡lo asústano a cuarquiera!*".

Entre paréntesis, al día siguiente fui a verlo al viejo y se había ido. ¿No estaba moribundo? Se sanó. ¿No tenía cáncer? No, enfermedad al corazón. Vino una hija suya de Trenque Lauquen, le trajo una botella de vino, el viejo la tomó, se levantó y se fue. Por lo menos así me contó la monja.

Volviendo a los diarios, hay algunos de mis cofrades que andan energumenizados con la cuestión de la prensa grande. Yo no la tomo tan a la tremenda. Días pasados vino un compañero de redacción con un furibundo artículo, que al fin rechazamos. Muy truculento. "*La prensa argentina* —declamaba— *se divide en tres clases: prensa patriótica, prensa pagada y prensa podrida. A la primera hay que ayudarla, a la segunda desenmascararla, a la terceda hundirla. Pero hundirla no es tan fácil, testigo Uriburu. Habría que hundir también las condiciones que la posibilitan, ya que el chantage, por ejemplo, no es posible sino donde hay trapos sucios... No discuto si la corrupción argentina produce el pasquín, o el pasquín produce la corrupción argentina. Mi filosofía me enseña*"... Y así seguía un rato. Después decía: "*La prensa pérfida es la peor en el fondo*"... Aquí apareció una prensa cuarta, que no mencionó al principio, aunque también empieza por p. "*La prensa pérfida es la... Llamo prensa pérfida a la que publica cuarta columna con «Las bodas de plata del reverendo señor cura párroco de Beazley» y al mismo tiempo no nombra durante 20 años a monseñor Franceschi; que celebra a los sacerdotes que se equivocan, y silencia a los que definen o*

enseñan; que publica disquisiciones teológicas de una señora bienintencionada y boicotea a los doctores en teología; que confunde deliberadamente pastores protestantes y sacerdotes católicos; que el 15 de agosto publica un titulón que dice: «Con intenso fervor religioso se rindió culto a la Virgen de la Asunción»; que hace a la vez amoralismo Sux, moralina protestante Nelson y culto católico en letra chica; que encomienda la noticia fúnebre de Chesterton y del Papa Pío XI a un judío maligno que se burla solapadamente; que con la religión del pueblo desprevenido hace el triplete de: 1. Sacar plata; 2. Encubrir sus propios fines no píos y 3. Burlarse entre dientes de todo lo más sacro...". Así el compañero. Es un muchacho joven. Lo tomamos para el titeo. Lo llamamos Donoso Cortés y Savonarola.

Yo me atengo a lo que me dijo mi tío. Antes de morir me dijo el viejo canónigo:

—Mirá, la prensa grande argentina ha tenido tres etapas y ahora está en la tercera. No te aflijás por ella. La primera etapa: era una especie de manifestación bastante fiel del país. Era una tribuna de doctrina livianita y optimista, al tono de la mentalidad nacional. Doctrina liberal, por tanto falsa; pero todo el país estaba entonces eufóricamente liberalizado. Yo mismo. Aunque inferior, era entonces un genuino producto nacional. Engañaba, pero no mentía. Vino la Gran Guerra y la prensa grande se emboscó; segunda etapa. Dejó de reflejar al país real, fingió seguir reflejándolo. Entonces, fue realmente peligrosa. Engañaba y mentía. Pero ahora vino la guerra en serio. El emboscado fue desemboscado. ¡Mancha para el capital usurero que está allá detrás de aquel farol! El pueblo ya los ha calado, ya sabe de qué se trata. Lo podrán asustar de primer momento, pero enseguida reflexiona: "*Questo angrese...*". El mentiroso que es conocido como mentiroso ya no es mentiroso. Ahora miente, pero ya no engaña.

Hasta aquí mi tío. Yo había ido muy quejumbroso a decirle:

—La Nación me ha hecho una chanchada y La Prensa me ha hecho una porquería.

Me contestó:

—Hacéles algún bien, dales un buen consejo, rezá por ellos en el 75º aniversario. Yo te aseguro que en un tiempo que no puedo precisar, pero que es tan seguro como la vuelta del cometa Halley, de LA NACIÓN y LA PRENSA no van a quedar ni las cenizas.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 600, 8 de junio de 1944.

Acerca del sufragio

Ha tenido lugar recientemente en LA FRONDA una interesante polémica del presbítero Julio Meinvielle y el doctor Martín Aberg Cobo, con ocasión del libro de este último llamado REFORMA ELECTORAL Y SUFRAGIO FAMILIAR. La polémica terminó anteayer (29 de mayo de 1944) con una breve carta del padre Meinvielle, en que reduciendo la cuestión a sus términos más enjutos: *¿Sería una manera conveniente de salir del atolladero político una consulta electoral al pueblo con el método del sufragio familiar?*, responde negativamente.

Las polémicas llevadas con altura y buena educación son útiles. De ésta se desprenden algunos puntos claros. Es evidente que hace bien el doctor Aberg Cobo en su empeño de pensar el problema político e institucional de la Argentina a la luz de los mejores documentos y en términos de posibilidad inmediata. Es evidente también que tiene razón cuando afirma que tarde o temprano se planteará la cuestión de la *salida* del actual estado de emergencia con algún modo razonable de régimen representativo. Puede ser que el término sea largo; pero por largo que sea llegará. No es concebible en teoría como sistema de designación gubernativa una serie de sustituciones de militares y ministros por procesos enteramente ocultos. La Argentina es demasiado adulta ya para el sistema del *chambardement*. Lo mismo que le dijo Clemente Onelli a las buenas señoras de la Sociedad de Beneficencia una vez que le encargaron un discurso para el día de "Los Premios a la Virtud". *"La República Argentina, señoras mías, es ya demasiado grande para esas cosas"*. Eso

que dice Tomás de Aquino, que el gobierno es más llevadero y más durable cuando todos tienen en él alguna participación según sus méritos, traducido al lenguaje sanchipancesco quiere decir que, dado lo que es la naturaleza humana, es menester que exista una válvula y un desaguadero por el cual los malhumores, resentimientos y necedades de Calibán, en vez de traducirse en hechos, se evaporicen en palabras, por boca de un Belisario Roldán o un Lisandro de la Torre. Para eso los romanos inventaron los tribunos de la plebe, y los ingleses, el Parlamento, que, como su nombre lo indica, dio resultado en Inglaterra, que es gente que parla poco; pero trasplantado a otras naciones que parlan más, se convirtió en un loquero. En suma, hablando con respeto, la posición inquebrantable del doctor Aberg Cobo es la siguiente: *A mí no me preocupa la entrada sino la salida.* Como decía aquel perro que se tragó sin querer una hojita Gillete, añade aquí un chusco a mi lado.

En cuanto al padre Meinvielle, hay una cosa muy fuerte y muy segura en sus exposiciones, que no sintiéndonos capaces de exponer mejor que él, expresaremos con un parágrafo del gran filósofo y jurista Tapparelli D'Azeglio en su libro TRATTATO DI DIRITTO NATURALE — *Appendice I. — Della nazionalitá.* Dice así el eminente italiano: *"No hay duda que es fácil hoy día idear nuevos progresos de civilización y nacionalidad. Pero de tal especulación debe excluirse en primer lugar al vulgo; el cual ocupado en la agricultura, en la industria, en el comercio, sabe poco o nada de las gentes extranjeras o de la civilidad propia. Después se deben excluir todos aquellos que con errónea opinión confunden civilización con progreso material, de donde nace el temor que tienen muchos de los progresos sociales, incluso razonables, espantados con las petulancias de los irrazonantes. Todos éstos, o no saben cómo se promueve la civilización, o no sienten el deber de promoverla, y por tanto no pueden ser obligados a eso por deber moral* [les falta el *ethos* del gobernante, diríamos hoy], *a no ser solamente siendo obligados a la honestidad*

natural, conduciéndolos ésta infaliblemente a la perfecta cultura, como se dijo antaño de los bárbaros. (San Agustín). Queda, pues, que solamente puede imponerse el deber moral del patriotismo activo a una clase de hombres cultivados y probos, que libres de preocupaciones de interés material, y de resentimientos o pasiones turbias, puedan contemplar el vero progreso de la civilidad, su conexión con el ser real de la nación, y las condiciones propias del nacionalismo. Todos los demás están obligados a vivir bien [no a votar, diría Meinvielle]. *Éste es el deber seguro que hay que imponer a todos, el cual cumpliendo promoverán necesariamente el bien común, aun sin conocerlo, en la manera en que cada uno está capacitado a ello".*

CABILDO, Buenos Aires, Nº 602, 10 de junio de 1944.

Liberalismo

Dice Juan Jacobo Rousseau que cuando el niño nace, grita: "No quiero que me fajen". Pronuncia *fajen* con un ligero acento lunfardo; pero no expresa que no quiere que le peguen, lo cual sería muy natural, sino que no quiere que lo envuelvan. Pero lo envuelven lo mismo. *"Los hombres nacen y permanecen libres e iguales"*, dice Rousseau. Nacen sí, pero no permanecen; ¡pobres de ellos si permanecieran! En seguida la madre, con un perverso instinto antiliberal, empieza a establecer entre ella y el rorró toda clase de vínculos; y nótese bien que la palabra *vínculos* en latín significa *cadenas.*

El hombre es un esencial buscador de cadenas; y no digamos nada de las mujeres. Justamente por eso les gusta tanto oír el ruido de rotas cadenas. Es para buscar otras. Juramentos de amor, contrato matrimonial, votos religiosos, promesas de fidelidad eterna, férrea disciplina militar, jurídica construcción de leyes, constituciones y cartas magnas, lealtad al jefe, consecuencia al amigo, apego a la tierra natal... donde quiera que el hombre puede encontrar una cadena que lo libere de su esencial cambiabilidad y contingencia y que lo ate a un algo permanente, como un náufrago a un mástil, allí se siente feliz y noble. Y lo más fenomenal es que se siente *libre.* Uno de los hombres más libres que yo he conocido era un jesuita, que, además del cuarto voto que hacen los jesuitas, había hecho otros cinco o seis votos por su cuenta. Y decía que con uno de ellos se había libertado de una tiranía interna. Creo que no mentía. Todo esto milita funda-

mentalmente en contra de un libro de Rousseau llamado EL CONTRATO SOCIAL, que recuerdo qué trabajo me dio a mí entenderlo cuando iba a la escuela.

Lo peor es que otro libro de Rousseau, el EMILIO, es más dudoso que éste. Según él, el niño, al llegar a la edad de la escuela, es un ser que ama lavarse la cara, le gusta estar limpio, le encanta ir al colegio y aprender todas las cosas, empezando por la botánica en los libros.

¡Oh Botánica dulce y Geografía!
¡Oh confortable Mineralogía!
¡Sois las tres musas de la mente mía!

Éste es el niño de Rusó. Pero resulta que al niño real le gusta el barro, andar por la calle, pelearse con otros, robar mandarinas y aprender todas las cosas por sí solo. Cuando el maestro desesperado le dice que es un cachafaz, que es un perdido, que es un desastre y que es un sinvergüenza, todo rapaz que se respeta y que no es un enfermo ni un tonto, le contesta con otra frase de Rousseau que es el núcleo de toda la doctrina liberal, inventada por este célebre autor: "*¡Déjeme en paz!*". Entonces es cuando por imperio de las circunstancias, los dos significados del verbo *fajar* se confunden; y el maestro a quien en la Escuela Normal le han enseñado a respetar al EMILIO como la biblia de la Educación Moderna, se comporta en la práctica, también si no es enfermo ni tonto, como el absolutista y antirrusonista más vulgar.

Sigue ahora otro libro del inventor del liberalismo que se llama JULIA O LA NUEVA ELOÍSA. Aquí viene el liberalismo aplicado a las mujeres, y aquí se acaba mi sabiduría, porque nunca lo he podido leer más de la mitad de la primera parte; y tiene cinco. Eso sí, leí todo el índice, donde está un resumen del intríngulis, porque se trata de una novela; y me dejó con un mareo que no pude trabajar una tarde entera, una mezcla de ganas de vomitar y de dormir, que es la enfermedad del filósofo cuando traga de una vez una dosis excesiva de absurdo. El liberalismo aplicado a las mujeres es un perfecto fracaso. Hay tres palabras que una mujer

no entenderá jamás y son: *libertad, igualdad, fraternidad.*

El liberalismo aplicado a los pueblos está en el cuarto libro de Rusó, llamado LAS CONFESIONES, que tiene tres tomos: porque cada uno de estos libros es más largo que el otro. Allí uno lo comprende todo. Se trata de un loco. Un loco es el ser menos libre que existe, aunque parezca lo contrario, aunque ande suelto, porque el loco está agarrotado por adentro... Pero este Rousseau fue un loco de los más peligrosos, porque era un loco que sabía muy bien el francés y, además, como todo loco, la mímica imitativa. Un loco, además de ser un mentiroso nato, es un miedo ambulante de que lo encierren y un permanente escrúpulo de hacer mal en cualquier cosa que hace. Para reaccionar contra estos dos afectos matadores, Rousseau inventó la teoría del "*¡Dejadme en paz!*" y la teoría de la bondad esencial del hombre; definió que todo lo que él hacía era necesariamente bueno y además *jolí* y *mignón*. Sólo un hombre obseso es capaz de escribir esa minuciosa descripción de las insignificancias y las suciedades de su vida envueltas en un vaho acaramelado con resabio a chinche y ropa sucia, que hoy nos causa repulsión; pero en su momento y ambiente, que parece fue el ambiente de lo *jolí* y de lo *mignón* produjo un efecto considerable. Hasta parece que se dio el gusto de inventar suciedades para darse el gusto de embellecerlas: como esa de que tuvo cinco hijos y los arrojó a los Expósitos. Hoy día se cree con gran fundamento fisiológico y psicológico –según J. Lemaître– que no engendró ningún hijo. Por suerte.

La verdadera libertad es un estado de obediencia. El hombre se liberta de la corrupción de la carne obedeciendo a la razón, se liberta de la materia sujetándose al perfil diamantino de una forma, se liberta de lo efímero atándose a un estilo, de lo caprichoso adaptándose a los usos; se liberta de su infecundidad solitaria obedeciendo a la vida, y de su misma vida caduca y mortal se liberta, a veces, perdiéndola en obediencia a Aquel que dijo: "*Yo soy la Vida*". Sólo el mal poeta

pide el verso libre, decía Lugones. El buen poeta multiplica las ataduras de su materia, para hacer más visible el triunfo de la forma, en lo cual consiste la belleza. Lugones fue a buscar la arena y el barro del Río Seco para hacer su última obra, que supervivirá al cedro, al marfil y a la plata de las anteriores. Donde el loco, el esclavo, el preso y el plebeyo dicen: *Libertad*, el noble dice: *Honor*, *Belleza*, *Amor* o *Sabiduría*. La máxima libertad nace del máximo rigor, dijo Leonardo da Vinci: porque el hombre es más libre a medida que es más fuerte –como se enseña en la cátedra de Defensa Nacional de La Plata– y la obsesión de la libertad es la prueba de la máxima debilidad, que es la debilidad de la mente. ¿Quién hay en el mundo que quiera ser libre como lo son los uruguayos, que son los hombres más libres del mundo, a juzgar por lo que ellos dicen?

Bien. Esa obsesión de la libertad propia de un loco vino a servir maravillosamente a las fuerzas económicas que en aquel tiempo se desataron; y al poder del Dinero y de la Usura, que también andaban con la obsesión de que los dejasen en paz. Los dejaron en paz: triunfó sobre el alma y la sangre, la técnica y la mercadería; y se inauguró en todo el mundo una época en que nunca se ha hablado tanto de libertad y nunca el hombre ha sido en realidad menos libre. Una herejía medio católica, medio protestante y medio atea –porque Rousseau fue sucesivamente protestante, católico y ateo– vino a la vida justamente cuando nosotros los argentinos veníamos a la independencia. Nos hizo tanto mal como una damajuana de caña en una jaula de monos: y no nos arruinó del todo, porque por gracia de Dios aquí había fuertes vitaminas españolas. Y también había hombres que no eran monos.

Pero el mal que hizo el liberalismo en el viejo mundo donde nació fue quizás peor: aquí el pampero, el sol y las distancias orean mucho. Allá en Europa tenemos ahora esta horrible guerra, que no puedo ni pensar en ella. Y otras destrucciones morales y espirituales mucho peores que la guerra, si cabe, que no

puedo dejar de pensarlas aunque quiera; y pesan sobre mi mente de tal modo que me envejecen a destiempo y me volverían seguramente loco a mí también, si no tuviese yo las dos celestes consolaciones de la filosofía y el periodismo.

El filósofo Santayana soñó una vez que veía pasar cuatro caballeros en cuatro caballos, negro, alazán, bayo, y el último era blanco. Los vio pasar empenachados y armados y les dijo:

—¿Adónde van?

—Vamos a libertar a los pueblos.

—¿Libertarlos de qué? —les gritó el filósofo.

El hombre coronado del caballo blanco le dijo:

—De las consecuencias de la libertad.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 606, 14 de junio de 1944.

Revolución (1)

A una negrita que yo conocí la habían bautizado Blanca. A esto que ha pasado aquí lo han llamado Revolución. Yo no pretendo cambiarle el nombre. Pero me gustaría que se explicase bien qué clase de Revolución es, en este caso. Las palabras soportan todo; pero si uno le pierde demasiado el respeto a las palabras, nunca sabe dónde va a ir a parar su cabeza. Si empezamos por llamar Revolución a la Redención de Jesucristo, mientras la gente sigue llamando Revolución —y tiene derecho— a la Española de Azaña, a la Rusa de Lenin y a la Francesa de Robespierre, no ayudamos mucho a disipar el embrollo increíble que la mala educación ha producido en la cabeza argentina. Cuando a una palabra se le hace significar todo, acaba por no significar nada. Yo me pregunto qué definición puede abarcar a la vez la Redención de Jesucristo, la Revolución Francesa y la Revolución de Septiembre del 30. Que el vulgo bautice a sus hijos como quiera, pero los que tienen obligación de enseñar, ¡caramba!; si le traen a un cura a bautizar las quintillizas Diligenti, que no las denomine a la brasilera Quintupleta, Pentámera, Cinquea, Fivelisa y Agripina. Que proponga los nombres cristianos de las cinco vírgenes hermanas que martirizó el juez Félix en tiempo de Diocleciano, a saber, Marta, María, Melisa, Amelia y Amaranto. El cristiano debe respetar las palabras porque cree en la Encarnación de la Palabra.

Entretanto, el pobre encargado en CABILDO de la policía de los conceptos se desespera viendo la desbandada de las palabras. Por momentos se siente tentado

de refugiarse en el silencio. Su misión se vuelve aterradora en tiempos de niebla y polvareda. En otros tiempos había cantado confiadamente:

Dios no me ha dado pan que repartir
Templo que hacer ni enfermo que curar
Tan sólo la misión de ver salir
El sol cada mañana sobre el mar
No me mandó ayudar a bien morir
Sino a saber vivir y me hizo dar
El verbo inteligible que formar
Y qué decir sabiéndolo decir...

Pero ahora ya no sabe cómo formar y cómo decir el verbo inteligible. Ve que se está volviendo vano y hasta altamente peligroso en el medio argentino predicar doctrinas. Se ha perdido el estilo, se han falsificados los *ethos*, el terrible fenómeno de *"la confusión de las personas"* que lloraba el Dante se ha producido con caracteres universales, y *no queda ninguna doctrina que no pueda ser falsificada*, desde que la misma doctrina católica se falsificó en esa terrible herejía moderna llamada *modernismo*. La última falsificación que me han contado es una de distintivos de la Acción Católica. Francamente yo quitaría todos los distintivos de la Acción Católica, y dejaría que los católicos se distinguiesen solamente por eso: por su acción. Los receptores están tan descompuestos que usted trasmite una melodía —según piensa— y ve luego con asombro que han recibido un barullo. Se malentiende lo más sencillo y se buscan alusiones personales siniestras en las tesis generales.

—¿Cómo se atreve usted a aludir irreverentemente al Super Archisinagogo del Tibet?

—Dispense, patrón, no lo conozco, ni sabía que existía. Yo siempre hablo en tesis general, aunque naturalmente procuro hablar de la realidad. Si seguimos así, no se va a poder hablar. ¿Quién predica en un loquero?

Y sin embargo, hay una manera de predicar que

vale hasta en un loquero, y son los hechos. Hay que rogar a la Luz Increada que le dé a uno la palabra que es un hecho, como dicen del Hijo de Dios, que sus hechos eran palabras y sus palabras eran hechos. El mismo fue el Logos hecho carne, la Verdad en un cuerpo y alma de Varón, la gran Idea-Hecho que soñara Platón. Un hecho no se falsifica, él existe. La mejor manera de predicar la fe cristiana es ser un hecho cristiano. La mejor manera de enseñar a Cristo es hacerse otro Cristo, aunque sea —si uno no puede más— un pobre cristo.

El hecho del 4 de junio consistió en un alzamiento militar con una promesa de Restauración Nacional. Mi opinión personal acerca de esa promesa es que está en un azaroso comienzo de cumplimiento. Por ahora debe seguir llamándose Revolución. La Historia lo llamará un día, o bien Restauración, o bien Golpe de Estado del 4 de junio. Pero la palabra Revolución comienza a usarse en el siglo XVIII con la gran convulsión social empezada en el Golpe de Estado del Frontón (*Jeu de Paume*) en que el Estado Llano, miembro legal de los Estados Generales de Francia, se insubordina y se atribuye ilegalmente la soberanía o al menos la independencia de las otras instancias gubernativas. Allí comienza propiamente la Revolución Francesa, fenómeno sumamente vasto y complicado, cuyo nombre estamos aplicando por un abuso verbal a todo cuanto cambio brusco con pretensiones de profundo se verifica en la posesión de algunos de los instrumentos sociales del poder. Este abuso verbal comenzó cuando un socialista le dijo a Donoso Cortés: *"Jesucristo fue el primer Revolucionario del Mundo"* a lo que contestó el orador español: *"Es cierto. Pero Jesucristo no derramó más sangre que la suya"*. Si así como era orador hubiese sido filósofo y santo, con una puntita de hombre de acción —como el padre Meinvielle— le hubiese respondido brevemente: "¡Un cuerno!" Y le hubiese escrachado la cara de un sopapo, librándolo a él de un error y librando a la humanidad para siempre de esa necedad de empastelar los conceptos, que es propia de

los oradores. De los oradores socialistas, siempre; de todos los oradores, a ratos.

En esa clase de revoluciones como la Revolución Francesa son especialistas los socialistas. Allí jamás los venceremos: porque ellos las inventaron. Nosotros somos especialistas en Restauraciones y Regeneraciones; las cuales en efecto se hacen con sangre propia: si lo sabré yo a estas horas. Jesucristo no revolucionó nada, ni siquiera se enteraron en la Casa de Gobierno de que había existido; quiero decir, en el Palacio de Tiberio en Capri. Jesucristo regeneró la Humanidad y *"restauró todas las cosas en el cielo y en la tierra"*, dice San Pablo, *in proprio sanguine*, sin cambiar ningún gobierno, sin apoderarse de los instrumentos temporales del poder, lo cual es el objeto de toda revolución, y la define. No mezclemos, pues, a Jesucristo donde Él no quiso mezclarse. Y definamos el término *revolución*.

Sociológicamente *revolución* significa la revuelta de las masas contra la autoridad, y más precisamente el revuelco social de tipo democrático como la Revolución Francesa de 1789 y la Rusa en 1917. Es un fenómeno contemporáneo. En la antigüedad tales conflictos no existían, a no ser embrionalmente en algunas herejías, como los albigenses. Las *revoluciones* nacían entonces de una rivalidad de jefes, pasaban en el seno de un élite y el papel del pueblo o del ejército tenía carácter instrumental. Los legionarios combatían por Syla o por César. O por lo menos, si existieron levantamientos del tipo popular (Espartaco, la Jacquerie, la revuelta de los colonos alemanes), todos ellos abortaron y fueron atrozmente reprimidos, lo cual vuelve su estudio sociológico menos fértil en enseñanzas que el de las convulsiones recientes, que pudieron gracias a su triunfo madurar sus frutos. Estamos, en efecto, en la edad de oro, en que los pueblos llegados a mayor edad —*"naciones núbiles"* que decía Víctor Hugo— cambian ellos mismos sus destinos —tal como se lo indica un pequeño grupo de conductores, que les hacen ver qué es lo que deben hacer si quieren alcanzar el Paraíso en la Tierra.

La aguja pasa y queda el hilo. Lo político pasa y queda lo moral. Pero si la aguja no tiene hilo, pasa la aguja y no queda nada. Claro que no se puede coser sin aguja; pero mucho menos se puede coser sin hilo.

Así también tiene que ocurrir con este Pronunciamiento que requiere ser Restauración y provisoriamente se llama Revolución. Si tiene un contenido moral, coserá algo; si no lo tiene no coserá nada, y es muy probable que nos deje *cocidos*. Se convertirá en "revolución sudamericana", como dijo Augusto Comte que se convierte todo gobierno militar en América. Mejor hubiera podido decir en el mundo moderno.

Yo doy gracias a la Providencia de haber pasado dos años como interno —no como internado— en el Manicomio de Santa Ana de París, lo cual me ha habilitado enormemente a entender al mundo moderno. Según los psiquiatras hay actualmente en Buenos Aires 50.536 locos sueltos, sin contar los que no entran en las estadísticas. Este hecho simple hace sumamente peligrosas en la Argentina todas las cosas que pueden interpretarse a lo loco, empezando por las Revoluciones y acabando por las conferencias y los artículos.

Yo no niego que sea lícito dar una conferencia o escribir un artículo con greguerías o juegos de palabras en una sala de Buenos Aires, donde según el cálculo de probabilidades tiene que haber por fuerza 2 ó 3 de los 50.536. Pero afirmo que hay que tener cuidado exquisito, y estar seguro de que ésa es la misión que uno tiene de Dios; porque de lo contrario puede salir de allí algún taita de los 50.000 con una palabra atravesada, entenderla al revés, sacar un revólver y empezar a tirar tiros al aire. Hay que inventar o restaurar de nuevo las conferencias en silencio. Las conferencias en silencio son las buenas obras. No conoce el arte de escribir artículos el que ignora el arte de romper un artículo.

Esta meditación la hice el domingo pasado a la mañana para determinar si debía o no seguir escribiendo artículos. Como ven ustedes el resultado fue otro artículo.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 608, 16 de junio de 1944.

Revolución (II)

Un amigo[11] nos replica victoriosamente desde Comodoro Rivadavia a nuestra nota llamada *Revolución I* en que poníamos en tela de juicio la exactitud lingüística de esa palabra aplicada a la patriada del 4 de junio: afirmándonos con resolución que esa patriada no es otra que la Revolución de Mayo de 1810, continuada. Entonces sí que es revolución y medio, no hay duda; pero ¿dónde estuvo escondida tanto tiempo? Me hace acordar a aquel napolitano que le estaba pidiendo una gracia a San Antonio de Padua, y San Antonio no se la concedía; por lo cual se fastidió el tano tanto que pensó darle una paliza al santo. Entretanto el cura que había olido algo y no quería exponer su estatua mayor, la hizo cambiar esa noche y poner en el altar otra estatuita ordinaria de medio metro. Vino al otro día el tano con un garrote escondido y al llegarse al santo chiquito, le dice: "*¡Ché! ¡Sant'Antonio! ¿Está tu papá?*" Así, a esta revolución chiquita que hemos hecho —es decir, que yo no he hecho más que verla hacer—, hay que recordarle entonces su imagen grande y decirle de vez en cuando: *¡Ché! ¡Revolución! Acordáte de tu mamá.* Por lo demás el folleto de Amancio González Paz: LA REVOLUCIÓN Y LAS REVOLUCIONES, no lleva otra intención que ésta, está muy bien escrito, es una buena homilía aunque sea soñada, y quien la entienda al revés es un *arrevesao.*

[11] El amigo es el presbítero Amancio González Paz. La réplica no fue conservada ni por el destinatario ni por el remitente (N. del E.).

Es cierto que si la Revolución de Mayo consistió en separar el cuerpo político de este virreinato del cuerpo total del ibérico reinado sin matar el alma, o como dijo Avellaneda: *"romper con su Rey tomando gran precaución de no romper con su Dios"*, la tarea que nos aguarda de recuperación económica y restauración del alma nacional es singularmente parecida a la de los hombres del 10; menos violenta, quizá más compleja. Tenemos que desempeñar del Banco Internacional de Préstamos la seda y el oro solar de la bandera argentina, la cual no ha sido atada al carro triunfal de ningún triunfador extranjero, por cierto; pero ha sido hipotecada sigilosamente por varios prestidigitadores felones, voraces y enteramente *desmadrados*, como dicen los paisanos.

Nuestra tarea es más compleja y bemólica; y requiere, más que arrojo, inteligencia, como dijo el otro día el doctor Cárcano; aunque el arrojo nunca está de más. No se puede acusar de cobarde a ningún prócer argentino, ni siquiera a los próceres liberales, que no fueron nunca del todo liberales –y el ejemplo neto es ese mismo Avellaneda–; y en la variable medida en que no fueron liberales, fueron buenos gobernantes. Pero se puede acusar al argentino en general de impreparado, ingenuo, dejado, improvisador y siestero. No se hubiese verificado la enajenación de la economía nacional, si no hubiesen faltado sabios y técnicos; no hubiesen faltado sabios y técnicos, si no hubiese fallado la instrucción pública. La falla de la instrucción pública argentina es una falla profunda, que no se remedia ni con exoneraciones ni con traslados de maestros solamente. Así lo confiesa hasta el mismo Caballero de la Ardiente Espada José Luis Torres cuando después de afirmar en este diario, el 4 de mayo de 1944, que *"nadie mejor que los argentinos para manejar los asuntos argentinos"*, añade: *"El pueblo argentino es uno de los más inteligentes de la tierra; y lo único que le falta es aquella codicia desenfrenada, que se ha lanzado sobre la despreocupación y la generosidad argentina como un Atila sobre campos de*

promisión, abandonados por pura generosidad [¡hum!], *por imprevisión* [¡hola, hola!] *y acaso por falta de cultura fundamental*".

Sin "*acaso*", compañero. Rompimos la tradición de nuestra cultura; y lo mismo que los hombres, las naciones no pueden ser libres sino empezando por la cabeza. La introducción de la escuela laica, protestantoide y extranjerizante, y el monopolio estatal de la enseñanza, atrasaron y anemiaron nuestra educación. Yo confieso que siento en la subconciencia —¿o es que no se siente en la subconciencia?— una especie de secreta y nefanda connivencia con la idea de Bemberg de no pagar los millones al Consejo de Educación en el tiempo en que Bemberg la tuvo; porque en ese tiempo el Consejo no educaba. Pero en este tiempo de ahora tengo connivencia no secreta más enteramente *fanda* con el doctor Olmedo, verdadero prócer civil tan valeroso como cualquier prócer militar, hombre de ley y de justicia, padre legal actualmente de millares de escolaritos argentinos, y padre bondadoso pese a todas las apariencias. No que el Consejo de Educación eduque tampoco ahora; pero está en camino de poder llegar a educar.

El Consejo Nacional de Educación ha sido hasta ahora una gran máquina de colocar, trasladar, pagar, reprender y exonerar maestros y programas nuevos. Puede ser que en Buenos Aires eso sea educar; en mi tierra eso no es educar.

No puede crear un maestro bueno; puede a lo más castigar a uno muy malo, a veces. Antes era una máquina que funcionaba contra los cristianos, ahora usted la puede hacer funcionar contra los judíos, si tal es su militar gana; pero no la puede hacer sembrar, porque es una máquina de segar. La siembra de frases escogidas que hizo el 25 de Mayo, no dio buen resultado. En cuanto a segar, el mismo segar lo hace medio a lo grueso. Los actuales manejantes no tienen la culpa: la máquina la han recibido hecha; y encima, descompuesta.

Al menos ésa es la idea que tenemos nosotros, los

provincianos de Estanislao López, que la estamos viendo funcionar desde chicos en la tierra del quebracho y del maní: tierra linda. Allá sabemos de trilla y allá opinamos que no hay que complicar ni cargar todavía más la máquina, sino al contrario. Hay que descentralizar la enseñanza y no burocratizarla más. Probablemente para vitalizarla, hay que federalizarla. Cada día me siento más federal. Llevo en el gabán una escarapela blanquiazul con flámula roja, la bandera de López y Artigas, que allí me cosió mi madre; y un día un vigilante me la quiso quitar ¡por comunista!, porque estos porteños creen que ¡ellos solos! existen en el mundo. Uno de los absurdos más chillones que existen en la enseñanza es que el maestro provincial tenga menos de la mitad del sueldo que el maestro nacional, sin más razón que ésa, la del nombre que lleva de provinciano, como si fuesen enemigos. De ese modo la Nación —o mejor dicho, la Capital y no la Nación— hace la competencia y —digamos la verdad— la guerra a la enseñanza de origen provincial, diametralmente en contra del precepto constitucional que le manda fomentar la enseñanza primaria en las provincias, lo mismo que la enseñanza fiscal hace de hecho la guerra a la enseñanza privada. Y bien, la escuela primaria, que debe ser la más paterna posible, como prolongación que es del hogar paterno, cuanto más se aleja de su centro natural, más se deseca y más susceptiva se hace del virus, la polilla y la carcoma. ¡Déle cortar carcoma! ¡No la dejen entrar, canario!

El domingo 2 de julio don Esteban Piacenza habló delante del presidente de la Nación en nombre de la Federación Agraria Argentina. El gringo tiene elocuencia natural; pero naturalmente no tiene preparación para resolver los grandes problemas gubernativos, sobre todo cuando no son agrarios. Parecía un pedazo de tierra hablando. Dijo que había que suprimir todas las escuelas provinciales y convertirlas todas en nacionales, a fin de simplificar la escuela. Pero la escuela argentina no se debe simplificar, se debe diversificar. Piacenza habla como un chico enfermo, que pide remedio a lo

que le duele —y realmente se ve que le duele—, pero ¿cuál es el remedio? Él no lo sabe. Todos los que propuso son remedios simplistas, de esos que se le ocurren naturalmente al vulgo. Se queja de que la Escuela Provincial está dominada por la politiquería; y rabioso quiere suprimir la Escuela Provincial. ¿No es mejor suprimir la politiquería? Y de la politiquería nacional, ¿que me cuenta? No, la escuela argentina está apolillada porque le falta vida. Le falta vida por haber sido contranatura estatizada y burocratizada. No va a cobrar más vida aumentando las causas que le menguaron la vida.

Todo lo que se está haciendo, que es poco, está muy bien si consiste en atacar síntomas para llegar al diagnóstico, poner puntales en lo más tambaleante y abrir un gambito atrevido; pero si no llegamos a la cura magistral, a la consolidación de los cimientos y al jaque mate, todo pasará como si nada, y quedaremos puede que peor que antes.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 654, 5 de agosto de 1944.

Un fenómeno

Es conocido el apotegma de Baudelaire de que hay tres clases de varones: el Sacerdote, que sabe; el Poeta, que hace; y el Soldado, que destruye; y los que a éstos se asimilen. Todos los demás son *funcionarios*, es decir, cosas que funcionan.

Según eso, los soldados que nos gobiernan todavía funcionan, puesto que aún no destruyeron nada.

¡Y sería tan lindo destruir algo! Por ejemplo, universidades. Sobran "universidades" en nuestro país. Con las de Buenos Aires y Córdoba, bien puestas, había de sobra. Quizá me equivoque y alguna otra pudiera ser absuelta. De la de Tucumán llegan buenas noticias, en forma de libros bien escogidos y editados. Pero destruir una por lo menos, ¡cómo sería tonificante! Todas las últimas creadas son hijas de mala madre, es decir, de la politiquería. No fueron erigidas por amor de Dios; no se aflijan: ni siquiera de la Ciencia, ténganlo por seguro. Mucho más fácil que sanarlas *in radice* —¿y dónde está la *radice*?— sería despenarlas.

Una escena en una universidad argentina. Histórico. El profesor acaba de explicar las "teorías" acerca de la existencia o no existencia de un derecho natural. Santo Tomás dice esto, Grotius dice estotro, Kant dice aquello, Hegel dice pares y Carlos Schmidt nones...

Un muchacho se levanta y dice:

—Permiso, doctor. Doctor: y nosotros ¿qué decimos?

Respuesta:

—La que usted prefiera de esas seis opiniones.

—¿Cualquiera?

—Sí, señor. Siéntese.

Instancia del muchacho:

—Según eso, hay seis opiniones que son controladas entre sí, y cualquiera de ellas es la verdad...

Réplica enfadada del profesor:

—Señor, yo no estoy aquí para imponer dogmáticamente mis preferencias. *Esto no es un colegio nacional* (?). Yo le expongo a usted las opiniones de los filósofos. Yo no debo forzarlo a usted a elegir.

El muchacho se sienta por no pelear, pero musitando:

—Creo que en el fondo usted es incapaz de elegir.

Y así es. No pueden elegir, por la sencilla razón de que no pueden *reducir las tesis a los primeros principios*, supuesto que carecen de principios. Saben el final de la ciencia y no saben el principio, al revés de los muchachos que se estudian el principio de cada una de las seis primeras bolillas. Rehúyen la discusión —y a veces le tienen verdadero pavor— porque para discutir hay que *encontrarse* con el adversario, o sea reducirse a un denominador común (el principio), percibir la idea, el argumento y el problema detrás del fárrago de las diversas terminologías que lo revisten; en una palabra, filosofar. No enseñan a filosofar, enseñan filosofía, o mejor dicho, filosofías. En una época que adolece de un exceso de "educación común" ¡en qué estado monstruoso, cautivo y en todo caso indigno, se halla la más certera de todas las ciencias, esa divinidad casta y desnuda, la filosofía! ¿Y en qué estado puede estar, siendo Ravignani su Decano y Promotor?

Esto pensé al recorrer con mano horripilada un volumen de 600 páginas que me acaba de dar un eximio magistrado, dilecto amigo, abogado de nota y novel estadista en quien espera el país. El libro es EL DELITO DE ESTAFA Y SUS PRINCIPIOS DOCTRINARIOS, con *Nuestro aporte doctrinario: la noción polipartita del dolo y la teoría de la estafa sexuológica —Obra laureada con medalla de oro por la Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales de la Universidad Nacional de La Plata—*. Por el Dr. Carlos Alberto Bernaqui Jaureguy, con un prólogo del Dr. José Peco..., etcétera. La Universidad de La

Plata resplandece por sus meteduras de pata. Hace unos años fue el libro atrasadísimo de Morgan, egregiamente vapuleado por Imbelloni. Ahora poco, fue el caso Dorfmann. Pero esta metedura de este libro premiado pasa todos los límites tolerables.

El libro de Morgan es atrasado; pero éste es un fenómeno: demasiado adelantado. No hemos de mentar la faz de la ciencia jurídica, que ostenta sin embargo, aun al profano, los caracteres propios del "farragum", como diría el autor: los cuatro o cinco autores citados en cada página (en la pág. 440 hay ¡36 —treinta y seis— autores citados!); y el desorden increíble de la composición y exposición. La parte filosófica nos interesa. El autor ha inventado algo: ¡existe el fraude sexual! A este descubrimiento dedica la cúspide del libro, y en rigor todo el libro, y allí campea aquella "mayor originalidad" por la cual lo premia el jurado, compuesto por los doctores José Peco, Carlos Vico y Luis Méndez Calzada. Resulta que los dos modestos y sensatos expositores de la ley 11.723, Enrique Mouchet y Sigfrido Radaelli, previenen con escrúpulo científico que propiamente el *plagio* no se puede llamar *fraude* ni *estafa*, a no ser forzando la palabra o dándole la imprecisión del uso traslaticio o vulgar... Pero nuestro platense descubridor descubre que no solamente el *plagio*, sino todos los delitos sexuales, y aun los que no son delitos —como dejar sola un tiempito un marido a su mujer—, tienen todos algo de fraude, y, por tanto, son fraudes. De modo que así como Freud inventó el pansexualismo, éste inventó el *panfraudismo*; y —¡qué casualidad!— justamente fundándose en Freud, del cual dice a la letra en la pág. 466: "*Hoy podemos afirmar, basados en Freud, que la idiosincrasia de la especie homo sapiens está regida por su sexualidad; que su sentido de la vida, austero o frívolo, depende de su comportamiento íntimo. Que su orientación ética comienza y finaliza en su conducta como sexo* [sic]*; de ahí se derivan todas sus actividades*".

Pues, señor, todo es sexo. Y todo es fraude. No existe nada más. Ni siquiera la gramática de la lengua castellana, que en todo el libro brilla por su ausencia... Señores Jurados, cuando existen hombres que hacen gran-

des inventos, jurídicos o "*sexuo-jurídicos*", o "*sexuo-ecónomo-jurídicos*" —como dice el autor— y no saben ninguna lengua sabia, ni siquiera la castellana; y les da por componer palabras con mixturas latinas y griegas, tan desgraciadas como "*polipartita*", '*sexuológica*", "*gocelícito-sexual*", "*finis coronatus opus*" (¡sic!,), "*delitología sexuojurídica*", "*noción unipolipartita*", las "*sub-hipótesis centrales*", el "*profundo analfabetismo sexual*", etcétera, y sale una universidad y lo ensalza al tipo con medalla de oro, no sólo relativamente, por ser mejor que los otros —¡lo cual podría ser, helás!— sino positivamente, por su "*labor de alto mérito*"...; entonces estamos perdidos; esto está peor que el Uruguay.

El invento del doctor Bernaqui —este nombre parece judío— está hecho mucho ha, catalogado en el Libro V del ORGANON de Aristóteles con el nombre de "*falacia de confundir el género con la especie*", que es un fenómeno de confusión mental y de violación idiomática: esto es, percibiendo vagamente lo que haya de parecido en muchas cosas diferentes, definir a una de ellas por aquello genérico; y confundir así las especies, maltratando de paso las palabras. Justamente igual que Freud, quien, percibiendo vivamente lo animalesco del hombre, quiere definir psicológicamente al hombre por aquello que le es común con el animal, olvidando lo que le es propio.

Basta detenerse en esto exterior para repeler el libro y sentir su insensatez extraordinaria. Un estudio más largo podría demostrar cómo, detrás de esa inadmisible extensión del concepto *estafa* a dominios donde no tiene sentido unívoco, sino equívoco, se oculta —¡no mucho, por Cristo!— un error filosófico más profundo de irremediable confusión de planos: las cosas del amor y las cosas del comercio; la generación del hombre y el trueque de mercaderías son heterogéneos y no asimilables. Que haya hoy día infinidad de engaños amorosos que quedan impunes —siempre los hubo— es otra historia, que no se va a arreglar con el "Código Sexuojurídico", que amenaza escribir este meterete Mesías de las mujeres solas.

Para todos los otros primores filosóficos o literarios que exhibe este libro, no nos bastarían ni 30 números seguidos de CABILDO. Y es lástima. Primores filosóficos como la teoría de la *"prostituta artística"* o del *"sector sexual de la inquietud trascósmica"*. Primores literarios como este parrafito de *"lo económico y lo sexual, que son los dos ribazos del río de la Vida, un mismo caudal, que lleva las aguas* [¿el caudal lleva las aguas?] *de nuestro total destino en la Cosmografía* [¡Gran siete! ¿Lo lleva a la Cosmografía, que es una ciencia? ¿O quiere decir quizás que la Cosmografía está abajo de *"los dos ribazos del río de la Vida, un mismo caudal?"*]". Lo que quiere decir que no lo sabe ni Dios.

Decididamente las 1.213 citas del doctor Bernaqui no acaban de convencernos todavía de que en el río de la Vida, un mismo caudal, todo es fraude.

Ahora que todo es fraude en la Universidad de La Plata, eso podría ser, a juzgar por las muestras.

Excepto, naturalmente, su actual interventor y apreciado amigo.

CABILDO, Buenos Aires, Nº 542, 5 de abril de 1944.

El ULISES *de Joyce*

Esta primera edición en castellano de ULISES por James Joyce se publica bajo la dirección de Max Dickmann, en traducción de J. Salas Subirat y edición de Santiago Rueda, en Buenos Aires. Se terminó de imprimir el 14 de julio de 1945 en Artes Gráficas Bartolomé U. Chiesino que cuidó la parte artística. El tiraje está limitado a 28 ejemplares en dos volúmenes en papel Liverpool Ledger señalados de A a Z, 300 ejemplares en dos volúmenes en papel Especial numerados de 1 a 300, 2.200 ejemplares en un volumen en papel Polar, que constituyen la edición más original encuadernada por la casa Botto. Impreso en la Argentina. Ameghino 838, Avellaneda. Precio $ 25 m|n.

El gran crítico francés Thibaudet preguntó en 1937 a Paul Claudel qué le parecía James Joyce. Claudel contestó con esta definición sintética: *"James Joyce es una mentalidad poseída del odio horroroso del renegado unido a una escasez de talento verdaderamente diabólico"*. Lo que se le quedó en el tintero a Claudel, que no es especialista en crítica ni en psiquiatría, sino en poesía, es la otra nota esencial para la definición de Joyce, que es la neurosis. El ULISES es la sórdida y terrible descripción literaria de la etiología de un casi demente que era un lingüista genial. Todo el interés real de su obra, pues, es de carácter reservado, útil al psiquiatra, al filósofo y al sacerdote, y fuera de ellos reservado a los museos de la teratología literaria como LA LOZANA ANDALUZA o el SATYRICÓN de Petronio. Pero Joyce es mucho más monstruoso que Petronio —que mereció ese juicio de Menéndez y Pelayo— porque sobre la obscenidad

más estercolaria añade la blasfemia, el propósito sacrílego y la descomposición intelectual. ¿Qué me dicen ustedes? Pues bien, éste es el libro laboriosamente traducido al argentino para uso de nuestra aristocracia intelectual y social, y que uno de nuestros diarios llama "*un triunfo de la cultura editorial argentina*".

Joyce no es original ni siquiera en la *invención* de la obra, pues su idea literaria central no es otra que la de Marcelo Proust, a saber: traducir gráficamente el panorama interno de la conciencia humana y también, en lo posible, de la subconciencia. Pero Proust tenía talento y logró la obra artística, aunque sea delicuescente y malsana; en cambio Joyce por defecto de síntesis final no sale de la pura incoherencia: incoherencia interesante, ya lo hemos dicho, como documento patológico, y —en su idioma original— también lingüístico. Es sabido que lo que le pasa al loco, sobre todo al esquizofrénico común, es no poder *estructurar* (*gesthaltizar*) el enjambre de imágenes que en cada instante apuntan en nuestro umbral conscio, y que el hombre normal sintetiza y enuncia por medio de lo que llaman la *valoración* y el *significamiento*, o sea, las funciones psíquicas superiores que los escolásticos llamaban *sentido interno* y *fuerza estimativa*. Joyce quiere transcribir esa enjambrazón, que en él se vuelve consciente tal cual por trauma neurótico. En la tapa de la edición argentina hay una foto con esta inscripción: "*Las manos de Joyce, de artista, de pensador y de filósofo*"; mucho más verdadera sería esta otra: "El rostro de Joyce, de fronterizo consumado". En efecto, si un buen médico mira esas fotos, no necesita leer las biografías de Neill o de Juny para diagnosticarlo al desdichado a simple vista.

Si quisiéramos poner ejemplos de todos los estigmas psicopáticos que resplandecen en el gran libro que lee ahora como la biblia nuestra "gente bien", podríamos hacer una tesis de doctorado. Vayan algunas muestras:

1. Ruminatio schizofrenica. "*...acostados entre los rododentros sobre la puerta de Ibowth con el traje de tweed gris y sombrero de paja el día que conseguí que se me declarara sí primero le pasé el pedazo de pastel*

que tenía en la boca y era año bisiesto como ahora sí hace 16 años mi Dios después de ese beso largo sí ésa fue la primera verdad que dijo en su vida...".

2. *Hieroklastia o manía de la blasfemia.* Tampoco aquí podemos transcribir lo más nefando. "*La pucha, es un campeón. Mirada fluyente azul atisba desde barril Reverendo Angelus Amor divino en fiacre de alquiler Blazes cortina doble escroto ciclistas Dilly con tortas de nieve nada de ropas elegantes*".

3. Estereotipia. "*Por la oyente una limitación de fertilidad... teniendo en cuenta que el casamiento... celebrado un mes completo después... vale decir el 8 de octubre y había sido consumado en la misma fecha... habiendo sido anticipadamente consumado el 10 de septiembre...*".

4. Blattalalia. "*Luego en último apelotonamiento brujosabilomo subebalumbacae en suenamasijo virrey y virreyna ruidobraceando sordamente saborean la rosa porquicondado. ¡Barabum!*".

5. Neologismanía. "*Simbad el Marino, Timbad el Sarino, Jimbad el Jarino, Wimbad el Warino y Nimbad el Narino y Fimbad el Farino y Bimbad el Barino...*", etcétera, etcétera —tres líneas más.

En suma, que en los archivos del doctor Jorge Dumas del Manicomio Santa Ana en París, a los cuales hemos tenido acceso, hay varias novelas como el Ulises, tan artísticas como él; y algunas mucho más entretenidas, aunque no tan bien editadas.

Al final del libro echa todo el resto (todos los síntomas a la vez), en un horrendo monólogo de 50 páginas que traduce los pensamientos libidinosos y cretinos de una mujer casada parecida a él, tan sucio que parece exactamente un w. c. del Ferrocarril Central Argentino con letrerito y todo. Para que no sean unas páginas del *Pour lire à deux* y se vuelvan "estilo artista", el desdichado recurre al barato artificio de no poner puntos ni comas, y ya está. Ya salió la obra maestra ge-

nial para Salas Subirat, Mallea, Victoria Ocampo y la tropa de snobs que los siguen.

Estamos seguros de que aquel que leyere todo el ULISES de Joyse sin saltear nada es un maldito de Dios. Porque si lo puede leer todo es porque le gusta. Y al que le guste el ULISES, ya él mismo hizo su diagnóstico. No es necesario llamar ni siquiera a Aníbal Ponce.

TRIBUNA, Buenos Aires, Nº 13, 4 de noviembre de 1945.

"Basta de centenarios, basta de días"

El "Día del Cura" —cuya proclamación por el Ministerio de Relaciones Exteriores y Culto propuso un interesado, con resultado hasta ahora insatisfactorio— es en realidad el domingo, que es el día en que el cura trabaja, sin querer afirmar con esto que descansa los otros días.

Estando en San Juan antes del terremoto oí una copla cuyana contra el exceso de fiestas en la Argentina, que decía:

"Basta de centenarios.
Basta de días.
¡Quiero papas baratas,
Fritas y frías!
Basta ya de homenajes.
Y homenajiados.
¡Y hagan más penitencia
Por los pecados!".

Dios los oyó o el diablo no fue sordo; y los de San Juan están ahora todavía haciendo penitencia por los pecados suyos, y quizá también por los nuestros, y por los del Rey, como decían nuestros abuelos: *"Un padrenuestro por los pecados del rey"*, al final del rosario. Porque los pecados del rey, no expiados, los carga todo el pueblo.

Yo no veo tan mal eso de crear muchos "días", como el Día del Carnicero, el Día del Canillita, el Día del Lustrabotas, el Día de la Madre, el Día de la Vendimia, el Día del 4 de Junio, el Día del Fotógrafo, el Día del

Amor, el Día de la Victoria, el Día del Queso, el Día de las Forrajeras, el Día del Trabajo —en el cual no se trabaja—, el Día del Estudiante —no hay clase—, y el Día del Guerrero que nunca ha hecho la guerra, por suerte, aunque se supone que sabe hacerla.

Entretenimiento quizá levemente ridículo, pero en el fondo inofensivo, aunque se llegase a crear un "día" para cada uno de los gremios, y a ocupar por ende los 365 días del año, ¿qué mal habría en eso? Bastaría agregar en el almanaque al lado del santo del día, el gremio del día; y a lo mejor con eso se fomenta la agremiación obrera y el sindicalismo católico; lo cual es muy bueno, por lo menos lo primero.

Lo mismo digamos del cambiar los nombres de las viejas ciudades argentinas y ponerles nombres de generales. Eso no será gobernar propiamente, pero no le está prohibido a ningún gobernante sano tener sus momentos de esparcimiento y alegría honesta. Así como el pueblo también tiene su corazoncito, el gobernante también tiene su imaginacioncita; y eso no cae mal en ninguna parte. Cuando había concejales socialistas, les daba por canonizar gente adicta, apellidando las calles con sus ilustres cuanto olvidados nombres: como la calle Francisco Acuña de Figueroa, que la gente la llama simplemente *Nombrelargo*. ¿Por qué, pues, no han de canonizar también los militares? Antiguamente eran los papas los que canonizaban y creaban fiestas. Ahora los papas, abrumados y atemorizados por las catástrofes del mundo, no están para fiestas; y las masas quieren fiestas, *panem et circenses*. Un papa puede tener miedo, pues San Pedro mismo, con ser San Pedro, tuvo miedo. Los papas "*que enfrentaron la cólera de los tiranos y el fermentar de las masas imbéciles*", como dijo Claudel, no han sido todos. Entonces los gobernantes, representantes de las masas, pueden muy bien suplir la falta de fiestas papales en los momentos graves de la historia.

A propósito del "sindicalismo católico", acabo de leer el libro de monseñor doctor Antonio Torres, y no creo más en el sindicalismo católico: me parece que es masa, masa, masa, tanto el libro como el autor mismo.

Antes de lanzarse al "obrerismo", un cura debe mirarse mucho. Para poder lanzarse al obrerismo impunemente un cristiano, es menester que primero sea un obrero, como Cristo, el cual nunca fue canónigo, antes bien se sabe que lo mataron algunos canónigos, aunque no católicos por cierto, sino judíos. El obrerismo es el *pendant* del capitalismo: las dos son creaciones artificiales y temporales de esta época querida, y no creaciones naturales y eternas de la humanidad; y mucho menos de la Divinidad, a la cual sólo deben servir los curas. El obrerismo actual es política, lo mismo que el conservadorismo. La Iglesia Anglicana es conservadora en Inglaterra; la Iglesia Metodista disensiente en general —o como dicen ellos *non-conformist*—, es laborista. La Iglesia Católica está por encima de las dos, por encima de la politiquería. O por lo menos debería estarlo.

El sindicalismo católico es una cosa provisional. No digo que no se haga —hay que hacer lo que se pueda—, pero no puede salvar el mundo. El mundo no hizo caso de las encíclicas de León XIII y cayó en un estado peor que en el siglo pasado; estado nuevo en el cual ya son anacrónicas las encíclicas de León XIII. Quiero decir, no rigen como *consignas*, aunque naturalmente viven siempre como historia o como filosofía. Pero es que los sindicalistas católicos de hoy (la escuela belga) las toma entusiásticamente como consignas; por lo cual naturalmente hacen obra de anticuarios, como el movimiento litúrgico benedictino.

Para abolir la esclavitud, la Iglesia Católica tomó muchos siglos; y es de notar que lo primero que hizo fue predicar la obediencia a los siervos, al mismo tiempo que la humanidad a los señores. El billete a Filemón de San Pablo es el primer documento cristiano del antiesclavismo; y notad que por él se devuelve a su amo un esclavo fugado. No se hace bien al pueblo haciéndole concebir esperanzas prematuras, cuanto menos pretensiones insensatas: eso no es obra de amigo, sino de adulador. El problema de mejorar la suerte del operario es inevitable en nuestros tiempos, y los que no lo vean o quieran prescindir de él cargarán con terribles

consecuencias; pero guay de los que quieran resolverlo soliviantando los ánimos de los humildes —ya demasiado predispuestos al resentimiento— prometiendo cosas que no se pueden cumplir o que cumplidas traen inconvenientes mayores: atacando a los ricos con principios políticos —pues sólo con principios religiosos atacó Cristo a la riqueza— o amenazando su libertad o su legítima propiedad. Los que tal hicieren complican el problema y alejan su solución.

Hasta aquí el paréntesis. Estábamos hablando de las fiestas, de los días y de las calles. Eso de los nombres de las calles puede considerarse en filósofo o en humorista. En filósofo hay que decir que antiguamente cuando no se hablaba mucho de democracia pero ella existía, el pueblo bautizaba las calles, y casi siempre los nombres eran aciertos absolutos; pues la calle en aquel tiempo era del pueblo y no de la Corporación de Transportes o del chófer del millonario. En nuestro tiempo, en que se habla mucho de democracia, los nombres de las calles bautizadas antaño por el pueblo, son rebautizadas asiduamente por los representantes del pueblo, los cuales suprimen tanto nombre como había de Santo Cual o Santa Tal por el nombre —pongamos— de Pasteur, que la gente lo llama Paste-úr, o bien Lajouane, vulgo La Juana, o bien de Jean Jaurés, vulgarizado en Juan Juárez, o bien Boulogne sur Mer que la llaman calle Bulones, o White que dicen Juite, o Magariños Cervantes que le dicen no sé cómo, sin contar los nombres sin verdadera actualidad Antonino Ferrari, Carlos María Ramírez, calle Juan Manuel García Herrero y otras obras maestras de ingeniosidad pedagógica. Algo aprende el pueblo de ese modo sobre historia universal.

Yo soy por mis pecados cliente de un *cole* cuyo número me callo, y cuyo chófer tiene obligación de pararse en seco en un punto de la futura costanera delante de un señor astroso que se le aproxima amenazador, reloj en mano. Esta maniobra un tanto misteriosa es seguida siempre del breve diálogo aqueste, también misterioso:

—¿Cuánto? —dice uno.

—Las Y-Media —responde el otro.

—¡Las Y-Treintiocho!

—¡Las Y-Media te digo!

—¡Las Y-Treintiocho!

—Ché, Pocanasta, avisá, ¿me querés cachar, me querés?

—No, Cafetera. ¡Formal! Lo tengo por el Central Córdoba!

—Y yo lo tengo por el Central Argentino y Radio Fénix.

—Mirá, no discutás al pepe. En la parada Lupe Vele le preguntás al Lorariero si no estás atrasado tres minuto. Sé buenito.

—¡En Lupe Vele atrasao tres minuto! ¡Claro! ¡Con los tres que me has hecho perder ahora! ¡Abriboca!

Y Pocanasta el chófer arranca con furia suicida, mientras yo me pregunto horripilado si será posible que el intendente haya bautizado alguna calle de las afueras con el nombre de la desdichada estrellita mejicana, con fines pedagógicos y morales. ¡Lupe Vélez!

Pero al llegar a la "Parada Lupe Vele" me tranquilizo. Nuestros concejales son serios. Se trata de la calle Lope de Vega.

¡Ah, glorias de este mundo! ¡Pobre Lope!

Amén, buen viaje, buen pasaje.

TRIBUNA, Buenos Aires, Nº 27, 18 de noviembre de 1945.

PARTE SEGUNDA: *CARTAS DEL OTRO MUNDO*

Carta del obispo de Córdoba Mamerto Esquiú al presidente Ramón S. Castillo

Querido paisano presidente:
Aquí en esta mansión del Empíreo, los compañeros me hacen bastante broma diciéndome que ahora me van a canonizar que gobierna un catamarqueño. En realidad, yo sé que a mí no me canonizan porque con mi famoso discurso del 1854 en la Catedral de Córdoba fui parte en el triunfo de la Constitución Argentina, si es que no fui todo. Es por eso que ha llegado la oportunidad de —como dicen en el Ministerio del Interior— "puntualizar los hechos".

Mi padre fue un soldado de Tristán a quien Belgrano venció, capturó y perdonó en Salta. El catalán, que era un español de aquellos tiempos, quebrantado, agotado y buen perdedor, dejó las armas y se entregó a Dios con el mismo ardor omnímodo con que enderezaban su ruta y corazón aquella gente; que fue a entregarse también a esta tierra pobre y tan amada, a la cual quería por arriba de Rey y Ley. Cuando yo tenía 10 años me puso de pupilo en el convento de franciscanos de Catamarca, y escribió con su mano recia de semianalfabeto educado en la libreta de la casa: "*Oy degé a mi hijo mamerto de donado en la casa de nº padre sn. fco.*".

Con la misma ortografía y regocijo escribió el viejo soldado en la misma página mi decisión de frailar cuando se la comuniqué a los 17 años. Estando en el cielo, todavía me acuerdo de mi noviciado franciscano, tan diferente de un noviciado jesuita, en esta Catamarca de adobes entre montañas, en compañía de otros siete chan-

guitos, tres criollos, es decir mestizos, y cinco españoles o sea blancos, mientras tronaban al otro lado de los Andes los triunfos y vicisitudes de las armas patrias. Fui el asistente, mandadero y enfermero de un viejo padre gallego, fray Bienvenido Álvarez, que murió en mis brazos, y en pago de mi solicitud filial me fue comunicando con una paciencia inagotable toda su sabiduría, consistente en derecho canónico bastante, algo de Duns Scoto, Astete a todo pasto, BIBLIA libre, y mucha y muy sólida piedad y santidad, hecha de trabajo y modesto amor al prójimo, con las otras habilidades manuales que constituyen un hombre completo, la de tocar la guitarra incluso. Recuerdo que se hacían bromas con el padre guardián, que era catalán, al cual se atrevió a cantarle una vez, me acuerdo que fue después de la comida del día de la Ascensión, la siguiente copla descarada:

"A la orilla de un barranco
dos negros cantando están:
¡Dios mío, quien fuera blanco
aunque fuese catalán!".

Cosa que el padre guardián llevó muy mal, a juzgar por la respuesta que le hizo de otra copla mucho peor que dice:

"Hasta los gallegos saben
que la muerte es natural
porque son de carne y hueso
como cualquier animal".

Después de lo cual se pidieron perdón los dos casi con lágrimas, y éste fue el incidente más ruidoso que conmovió el convento en muchos años, al menos que yo percibiera en la abstracción de mis estudios y mi piedad reconcentrada y un poco tormentosa.

Así pasó mi juventud de niño estudioso, dócil, sano y un poco triste. El resto está en Manuel Gálvez bastante bien, menos el capítulo de mi viaje a Tierra Santa, donde ignorando el escritor la teología y psicología de

lo que llaman los místicos la *noche obscura* publica sin elucidación suficiente trozos personales de mi cuaderno espiritual que me hacen un poco el semblante de algo incomprensible y raro. Y después vino mi encarnizado trabajo de predicador y mi resistido y por mí temido obispado. Entonces hicieron en Santa Fe la constitución del 53, que los paisanos de aquel tiempo no sabíamos que estaba calcada sobre la norteamericana.

Yo tuve que decir mi palabra. La inmensa mayoría del pueblo, dividido en banderías políticas confusas pero vehementes, confiaba poco en los doctores y mucho en los curas para las cuestiones que lo sobrepasaban; porque todavía no había llegado el tiempo de los diarios y revistas como ahora, que todo el mundo sabe de todo. Después de harta oración y afanosa deliberación, yo decidí apoyar con todas mis fuerzas la constitución nueva por dos razones: primera, por amor invencible al inmenso bien de la paz, que amenazaba aniquilarse para siempre en estos ánimos esquivos y encendidos que España nos dejó; y segunda, porque leí la cláusula que encargaba al Congreso la conversión de los indios al catolicismo. Ante mi sermón de conciliación cayeron gran parte de las desconfianzas que al pueblo chico, cansado de guerras pero firme en su fe, inspiraban los llamados *unitarios*, tenidos no sin razón en el interior por antirreligiosos y masones logistas.

¿Se convirtieron los indios al catolicismo? ¿Se ocupa de eso el Congreso? Hoy, señor presidente, me siento sobrecogido del temor de tener que rescindir mi contrato, ante el terrible problema irresuelto de la religiosidad del nativo, que es un problema de gobierno, y problema político también si se quiere. Un inteligente paisano mío ha afirmado que en vez de convertir el Congreso a los indios, habría que mandar a los indios a enseñar educación al Congreso. Ojalá fuera cierto del todo, como lo es en parte. Los nativos de aquí, que usted conoce, permanecen en gran parte ineducados; y no por no saber leer, como pretendió ese niño grande de Sarmiento, pues los que saben leer les sirve sólo para leer

a Crítica y absorber venenos, como predije yo en una pastoral conocida.

El problema consiste en que la religión que tenían los indios se la hemos quitado; y la religión nuestra no se la hemos dado; y lo que es más grave, no podemos dársela, porque es una religión abstracta, evolucionada, individualista y refinada y éstos tienen mentalidad primitiva. Enséñele su excelencia a los 900 mozos del 17 de infantería esta primera pregunta del catecismo único de la República Argentina: "*Dios Nuestro Señor, es el Ser más excelente y admirable que se puede decir o pensar, infinitamente sabio, bueno, poderoso, justo, principio y fin de todas las cosas*". Y, puede ser que la retengan de memoria por unos días los más duchos, pero puede su excelencia estar seguro que en punto a religión se han quedado enteramente igual que antes. ¡Suerte de la Virgen del Valle! ¡Suerte, la ciega y apasionada adhesión de esta raza tan amable y tan abandonada al tradicional culto a la Madre del Dios Humanado, que recogen en su niñez como el último hilo que los sujeta a la religión cristiana y al sentimiento patrio! Hilo de oro, pero que puede romperse, si no se le añade el hilo de acero de la completa educación religiosa. Y si se rompe, el chicotazo será bravísimo.

La única solución es el aumento de sacerdotes y la vuelta a los métodos antiguos misioneros. La evangelización de la Argentina ha sido interrumpida tres veces: por la expulsión de los jesuitas en 1769, por la clausura de los seminarios por Rivadavia en 1826 y por las leyes laicas de 1880. Hay que retomar el tejido en las tres partes donde fue desgarrado, como un poncho hecho a pala. Cuando dije *aumento de sacerdotes* no quería aludir solamente a la cantidad, aunque ésta también sin duda es necesaria; quería decir más bien *aumento de sacerdocio*. Hay que mandar misioneros que se queden un mes o tres meses o diez meses en cada pueblito chico de las costas del Velazco, con todos los gastos pagos por las grandes ciudades. Hay que unir el oficio de maestro normal junto al de capellán en los pueblitos pobres con capillas —todos la tienen ¡y qué capilla a veces!—

que no podrían sostener un párroco. Hay que dejar a un lado la religión palabrera y abstracta y bajar a la religiosidad instintiva de ellos para informarla paulatinamente con la moral y el dogma, como hace el padre Aznar en Córdoba. Que hagan procesiones con tambor y quena, que veneren sus muertos, que dancen danzas sagradas, que reverencien sus niños alcaldes y sus viejas imágenes, que se vistan de blanco o de púrpura, que hagan de rodillas el camino de la cruz, que canten con guitarra cantares teológicos, que se expresen con sus medios propios, velando por limpiar eso de todo lo que sea indecencia, superstición o a ello tienda. Esto hicieron los jesuitas con los guaraníes y el resultado fue admirable, aunque trunco.

Convierta a los indios, mi presidente campesino, sin excluir los indios blancos de las grandes ciudades, que son los peores de todos. Aquí tiene una gran ocasión de ganarse un gran cielo. No desmienta la súbita esperanza que ha alumbrado su persona en el corazón de casi toda la república, expresada ingenuamente en la exclamación de un peoncito cazador de chinchillas en las últimas fiestas de la Virgen del Valle, que gritaba agitando una botella vacía de tinto de Tinogasta:

"Ahora sí, ahora sí que *no* gobierna *nadita* un porteño. Ahora sí que el país agarró la güena güeya".

Y para que salga cierto, le mando mi pastoral bendición desde el cielo.

Mamerto, ex obispo de Córdoba.

Carta del emperador Carlos V a Benito Mussolini

Carísimo colega:

Le escribo ésta para felicitarlo y de paso darle un consejo, si viene a mano. ¡Qué tiempos más lindos le han tocado! Desde este Purgatorio donde me aso, me dedico a ratos perdidos todavía a la política. Pero ¡qué tiempos lindos ahora! Yo me planté delante de la Reforma, la herí de muerte y fui pisoteado por la Bestia. Usted está asistiendo y ayudando a bien morir a la Reforma, quiero decir, al Protestantismo.

Para que vea que soy yo quien habla, le revelaré un secreto: lo que usted dijo en altísimo secreto a Hitler en la primera entrevista del Brenero. Usted le dijo en resumen: *"Maltrate a Inglaterra, péguele con toda el alma; y al mismo tiempo tienda la mano a Francia, mientras que yo la asusto y amenazo por el otro lado y si es preciso, también le pego. Llegará un momento en que podremos «intimar» la separación de los aliados, con la amenaza de mi entrada en guerra y la marcha sobre París. Al principio va a tener que cinchar fuerte usté solo. Pero el resultado es casi infalible"*.

¿No es verdad que le dijo? ¡Ah birbante! Porque usted sabe que hay que salvar a Francia por amor a la Latinidad. Y hay que llegar antes que Stalin. Y hay que evitar una catástrofe en Europa, peor que la de 1914. Por eso su idea de intervenir de despenador para liquidar rápido esta horrorosa guerra y evitar a tiempo un conflicto interminable o su estacionamiento tozudo en trincheras económicas, me parece de la más alta política, con tal que su pueblo no le falle. Por lo que hizo usted

en España me doy por vengado y quito de lo que hice yo en mis tiempos en Italia.

Eso sí, retírese a un monasterio antes de llegar a viejo. Mucho antes que yo, *attenti*. Hay mucho que purgar aquí en el otro Mundo para los del oficio de Imperante, que es uno de los más difíciles que existen, donde es casi imposible que uno no haga una punta de gruesas macanas.

Su primo y colega

Carlos de España y Alemania.

Carta del cura Brochero al presbítero Julio Meinvielle

Hay que empezar a predicar derecho viejo que la usura es pecado mortal, y que el usurero pierde su alma, si la tiene, y todos los que al usurero ayudan. Hay que empezar a predicar que el mundo está gobernado por la Usura, y que el poder del Oro, que ahora llaman Finanza y Crédito y Cristo llamó la Mamona Iniquidad (*"mammonoe iniquitatis"*) es el pior enemigo que tiene Dios en la Argentina. Las grandes compañías gringas son usura, los grandes politiqueros son vendidos, los grandes diarios son negocios, y negocios casi nunca limpios. No podemos servir a Dios y al patacón inmundo.

Hay que predicar eso y nada más, con obstinación y arrebato, sin argumentos ni discursos, basados en la fe, en la Escritura y en la buena vida del que predica, con ese estilo inflamado, contagioso y directo cuyo nitor acredita al profeta. Hay que enlazar al lobizón maldito y prenderse el lazo a los tientos con ñudo ciego, como a dejar la vida desparramada por los *piegrales* antes de soltar presilla. Claro que para eso hay que ser santo. Pero no crea a los que dicen que hay que ser santo *primero*; ese *primero*, es un engaño del mandinga. Hay que ser santo al mesmo tiempo, haciéndose santo en el mientras, porque en el camino, usté sabe, se acomodan las cargas; y el que quiere volverse santo primero de ponerse a servir a Cristo, con la pobre y perra alma llena de pasiones que uno tiene, ése no llegó a santo nunca. No haga mucho caso a los libros franceses de espiritualidad fina. Siga a San Ignacio y a nuestro padre Francisco Solano,

Haga una profecía de esas que usted sabe, con esa linda labia que Dios le dio, acerca de NUESTRO TIEMPO, pintando los males que vendrán sobre nosotros si la gente no entra en razón y no escarmienta en cabeza ajena, y no se levanta de una vez con decisión contra tanta herejía y veneno que está en el aire, el agua y la comida. Suyo,

Filemón Brochero
Cura del Tránsito

Carta del cardenal Newman al ex ministro Jorge Eduardo Coll

Usted desciende de un comerciante escocés, y yo soy hijo de un hidalgüelo inglés; los dos hablamos inglés y por lo tanto somos llamados a entender la Argentina. Le voy a confiar aquí lo que escribí en un libro acerca del fin de la enseñanza:

"*¿Qué puedes hacer tú con un hombre que siempre te arguye en círculo? ¿Que te dice que tal o cual medida política es buena porque es «democrática» y cuando tú preguntas: 1. Si deveras es «democrática» y 2. Por qué la democracia es necesariamente buena, te responde diciendo que estás pecando contra la democracia y su santo nombre?*

"*¿Qué haces tú con un hombre que no reconoce sus propios primeros principios? ¿Que te dice y que cree una cosa por la autoridad de un nombre y un cacho de impreso; y preguntado sobre las bases de su confianza en ellos, contesta dándote otro nombre y otro cacho de impreso?*

"*¿Qué te haces con un hombre que usa la misma palabra en distinto sentido durante la misma conversación, como por ejemplo, que dice que él «cree en la Evolución», entendiendo «crecimiento» —en lo cual todo hombre cree—; y en la misma sentencia la hace significar: 1. El origen bestial del cuerpo del hombre, lo cual es defendible, y 2. La teoría de la Selección Mecánica de Darwin, que está más muerta que un clavo?*

"*¿Qué vas a hacer con un hombre que te adelanta como una base para el debate que la razón humana es un guía engañoso y luego procede a razonar durante 100 páginas sobre esa base?*

"Y sin embargo todo esto y centenares de similares hacen el terrible cobijo que llamamos hoy día «hombre culto»".

¡Ojo, pedagogo Coll! ¡Ojo con el proyecto de *Reforma de la Enseñanza* que ha proverbializado su nombre, y con todos los similares que no dejarán de aparecer apenas llueva! Porque todos ellos parecen tender con habilidad innegable a la multiplicación inconmensurable de ese tipo de hombre que en su patria existe ya hasta de sobra en la proporción soportable. Téngame por suyo,

John Henry Newman, Sq.
Cardenal de la Santa Romana Iglesia

Carta de Pereda a "Petén"

Mariscal:

Sobre si España entrará en la guerra, lo único que puedo adelantarle es la opinión de Tanasio, tal como lo oí en ca'tío Telmo, al amor de los tizones. Dice así:

—¿Y qué se sabe de por esos mundos, Tanasio?

—Pus por la presente —dice el interpelado—, mucho paez que hay regüelto al respeuto de guerras.

—¿Cacia ónde? —interpela el Polido.

—Ello hacia extranjerías debe ser, según se corre.

—Y ¿a qué mano cae eso, si se puei saber?

Aquí es de rigor que entre Censio.

—Extranjería es por tierra de Francia, y también de rusios y de purcios.

—Y ¿qué se pide?

—Pus too ello —continúa Tanasio—, paez ser que resulta de piques entre los reyes.

—¿A respeuto de qué?

—De sus mases y sus menos, por si lo de acá es mío u no lo es, o si quiero esto u lo otro. Paez que el alemán ha ofrecido combate y los otros no han querío entrar.

—Y ¿quién son los otros?

—Pus los de Ingalaterra por un lao, y por el otro los ensalzaos (exaltados) que quieren cerrar toas las iglesias.

—¡El Señor nos libre de ello, amén! —exclaman, santiguándose, las mujeres.

—Toma, como que diz que el Papa Santo de Roma ha tenío que salir un día al balcón a echar un pedri-

que a una porrá de herejes que ya estaban apedreándole los cristales del palacio.

—¡María Santísima!

—¡Mucho hereje, mucho, paez que hay por el mundo!

—¿Y al auto de qué ha pedío combate el alemán?

—Pus al auto de lo que vos he dicho.

—Pero ¿contra quién va?

—Contra los ensalzaos.

—Yo pensé —dice el Polido— que el alemán era hereje.

—Lo fue en sus principios —observa Censio—; pero se convirtió.

—El Señor le ampare —dice Mari-Juana.

—Amén —añaden las demás mujeres.

—Pus bueno —continúa Tanasio—; ahora resulta de que, como los ensalzaos no quieren entrar, nosotros, los españoles, paez que estamos abocados a jurgarlos pa que entren, porque resulta que el alemán es poderoso, y el caso es echarle allá lo sensalzaos pa que dé cuenta de toos. Por otra parte, diz que estos ensalzaos tienen hasta reyes de herejes que sacan la cara por ellos, y a mi modo de ver el alemán se va a ver mal con tantos, y puei que tengamos que darle ayuda. Por eso vos decía que al respeuto de guerras hay por la presente mucho regüelto.

—Y ¿qué le costará al pobre labrador too ese laberiento?

—Pus aticuenta que algunos cuartos más de los que hoy paga.

—¿Pero no sacarán soldados cada mes?

—Se cree que no, porque de eso, como ya toa la tropa en España es de cristianos, tenemos sobrao pa hacer frente a toa la extranjería del orbe tirraquio. Toma, pus por eso nadie se mete en el mundo con nusotros... salvo los de Morería, que bien caro les costó hace poco.

—¿Qué si les costó? ¡María Santísima! —salta Gorio, que guarda como una reliquia la cruz de San Fernando que ganó en los campamentos de Huesca—. Figúrese usté...

—Mira Gorio —le interrumpe tío Telmo—, nos lo has contao más de treinta veces y hemos llorao más de seis oyéndolo; pero ya lo sabemos de memoria.

—Quiere decirse que "soniche", ¿no es verdá? Vamos, que cierre el pico.

—Por esta noche, sí.

—Pus sacabó la historia.

—Ello resulta de que no sacarán por ahora más soldaos, ¿no-verdá, Tanasio? —pregunta una de las mujeres.

—Vos digo que no hay ningún cuidao.

—Pus mientras no lleven de casa a los hijos de su madre, y los males se remedien con dinero, vengan males a porrillo y salú nos dé Dios, que, al cabo, de probes no hemos de salir...

Mariscal:

Yo no soy profeta. Sin embargo, una cantidad de cosas que escribí en mis libros salieron horriblemente verdaderas. Así por ejemplo, todo mi DON GONZALO GONZÁLEZ DE LA GONZALERA en tomo. Patricio Rigüelta se escapó de mis ESCENAS MONTAÑESAS y gobernó tres años una España de pesadilla.

Y acerté sin profecía sólo porque supe leer el alma de España.

Así también acertaré en esta carta. Suyo,

José María de Pereda

Carta del poeta maldito Arthur Rimbaud al académico Paul Valéry

Je me repelle l'histoire de la France, fille ainée de l'Eglise. J'aurais fait, manant, le voyage de terre sainte; j'ai dans la tête des routes dans les plaines suaves, des vues de Byzance, des remparts de Solyme: le culte de Marie, l'attendrissement sur le Crucifié s'eveillent en moi, parmi mille feéries profanes. Je suis assis, lépreux, sur les pots cassés et les orties, au pied d'un mur rongé pour le soleil. Plus tard, reître, j'aurais bivaqué sous les nuits d'Allemague...

¡Oh, la Science! On a tout repris. Pour le corps et pour l'âme —le viatique— on a la médicine et la philosophie — les remèdes des bonnes femmes, et les chansons populaires arrangés... Geógraphie, cosmographie, mécanique, chimie...

La science, la nouvelle noblesse! Le progrés! Le monde marche! Pourquoi ne tournerait il pas?...

Maintenant, je suis maudit, j'ai horreur de la patrie...

Arthur Rimbaud
Poéte

Carta de Niccolo Macchiavelli, secretario florentino, a monsieur Línea Maginot, ministro de Guerra de Francia

Caro amigo:

Me cuentan aquí que eres hombre grandote, optimista, chauvinista, buen comedor, buen bebedor y apegado a las mujeres, que así en plural son cosa pestífera para un guerrero: y que estás edificando una fortaleza formidable, tal que Francia pueda por fin vivir tranquila de su enemigo hereditario y goce tranquilamente de los beneficios de la victoria.

Te diré que no me parece buen consejo, puesto caso que *"las fortalezas generalmente son dañosas más que útiles"*; porque si tienes buen ejército, las fortalezas te serán útiles pero no necesarias, pero si no lo tienes, poco hay que hacer con moles muertas y el *cinturón de hierro* se te vuelve un lastre.

Siento mucho que antes de gastar la millonada no hayas leído mis OBRAS COMPLETAS publicadas por Guido Mazzoni y Mario Casella. Tuyo,

Nicolás

Carta de San Ignacio de Loyola a Pío Baroja

Hace ahora cuatro siglos justamente que yo di nacimiento a la Compañía de Jesús, o mejor dicho que el papa Paulo III puso la marca de lo universal y lo eterno sobre mi sueño de caballero español y vasco católico.

Una cosa así no se hace sin querer. Una cosa que ha durado tanto y vive todavía. Una cosa así no se hace sin intervengo del Querer Cosmogónico o sea el Gran Albedrío Desconocido, como tú dices: o sea Dios, que en vascuence es llamado *Jaungoikoa Ortzi*.

Tú dices que culpa de los jesuitas la espiritualidad española es pesada, siniestra y plúmbea. Pero te olvidas que jesuitas hay por todo el mundo. Entonces la espiritualidad de todo el mundo es pesada, siniestra y plúmbea. Pero si todo el mundo espiritualmente es tal, entonces tú también eres pesado, siniestro y plúmbeo. Y en tal caso lo mejor es dejarte de escribir en La Nación y prepararte a bien morir.

No sea que el día menos pensado te encuentres muerto antes de pensarlo. Mira que has hecho macanas. Mira que has hecho libros. Mira que has dicho cosas inútiles. Y ahora que te tocaría el tiempo de pensar, ¡que todavía estés enredado, paisano, en las telas del diablo-araña, el *oikola-jáun*!

Pero a pesar de todo, paisano, tú eres muy vasco para luterano. Deja a París, viejito, vuelve a Azpeitía, haz tres días de ejercicios espirituales y te sentirás tan feliz que no volverás a escribir artículos.

Ignacio de Loyola

Carta de Antonio Machado al general Franco

Señor: la guerra es mala y es bárbara; la guerra
odiada por las madres las almas entigrece
mientras la guerra dura ¿quién sembrará la tierra
quién segará la espiga que junio amarillece?

Albión acecha y caza las quillas en los mares.
Germania arruina templos, moradas y talleres
la guerra pone un soplo de hielo en los hogares
y el hambre en los caminos y el llanto en las mujeres.

La guerra nos devuelve las podres y las pestes
del Ultramar hereje, su vértigo de horrores
que trajo Atila a Europa con sus feroces huestes:
las hordas mercenarias, los púnicos rencores...

¿Y bien? ¿El mundo en guerra y en paz España sola?
—¡Salud, oh buen Quijano! Por si este gesto es tuyo
yo te saludo ¡salve! Salud paz española
si no eres paz cobarde sino desdén y orgullo.

Entonces paz de España, yo te saludo. Si eres
vergüenza humana de esos rencores cabezudos
conque se matan miles de avaros mercaderes
sobre la tierra madre que los parió desnudos.

Si sabes cómo Europa pudiente se anegaba
en una paz sin alma y en un afán sin vida
y que una calentura cruel la aniquilaba
que es hoy la fiebre desta pelea fratricida.

Si sabes que esos pueblos arrojan sus riquezas
al mar y al fuego, todos, para sentirse hermanos
un día ante el cristiano altar de la pobreza
gabachos y tudescos, latinos y britanos.

Machado El Mayor

Carta del profeta Mahoma al fürher Adolfo Hitler

Paz a ti. Loor sea a Dios, el piadosísimo, el Rey del Día del Juicio. A ti, oh Dios, el culto, y Tú nos presta asistencia. Dirígenos a la vía derecha, la vía de los que Tú agracias; no la vía de los que Tú aborreces, ni la vía de los que van torcido.

Paz a ti, Hitler.

No te fíes de la pujanza de las armas. No levantes un punto tu corazón sobre otro hombre cualquiera, ni el mendigo que va por la calle, ni el leproso que está en el hospicio, fiado en el poder de los corceles de fierro que vuelan.

Yo fui el hijo de un camellero, cristiano por crianza, hombre de cuna humilde y mente tempestuosa, arrebatado orador, ánimo profundamente religioso y hombre de guerra. Yo fundé una herejía cristiana, con una moral más floja y una dogmática más humana, y la llevé a un pueblo pobre, altivo, sufrido, desunido, sobrio, hambriento, apto para la guerra. Y les prometí el Mando del Mundo si recibían la Al-Hughura, que es la síntesis y compleción de lo que creían judíos y cristianos, les prometí el Triunfo en este mundo y el Placer en el otro. Tú no sabes todavía lo que es el éxito en este mundo como yo lo vi entonces. Los hombres de climas blandos, los hombres de muchas palabras y mujeres de cintura fina sonaron como hojas secas delante nuestro. Fremió la Europa. Dios quiso reunir bajo mi signo para el futuro los hijos de Agar, quién sabe para qué misteriosa combinación o providencia. Porque toda fuerte unión nacional entre los hombres se hace a base de una religión y una teología.

Y ahora estoy aquí en el Infierno, donde el Alighieri me ha puesto, en el bolsón cuarto del cerco noveno, con los heresiarcas y los violentos. Guarda que a ti no te vaya a poner lo mismo algún Dante sudamericano, algún genio que nazca en el Perú, en el Potosí, en el Río de la Plata —o Janeiro, como dicen ellos— en el Río de Oro, en el Uruguay, en el Matto Grosso o cualquiera desas nacionsuchas hispanoibéricas que tú —no sin cierta razón— desprecias. En el Khoran, XVII, 13, 1, hablando de las mujeres está esta frase mía: "*Breve es el florecer de la humana flor*". Lo mismo digamos del lucir de la humana luz. La luz que da facultad a un hombre para misteriosamente dominar a los otros hombres no es infinita y el Poder es tan efímero como la Hermosura.

Pero quizá tú te salves. Nunca has renegado de las misas que ayudabas a los 12 años en los agustinos de Marienkirche en Viena, donde te oyeron cantar como un ángel las viejas devotas, con esa tu voz que ya entonces estremecía, los cantarcillos a Aquélla que yo también en el Capítulo XVII de mi Khoran nombré la Flor de todo lo Criado. La cual tenga piedad de ti y de mí. Tuyo,

Mohamed, el Enviado

Carta del caballero Bayardo a don André Maurois

Señor D. Israel T. Herzog, llamado también Maurois.

Nueva York.

Me parece que Francia saldrá ganando si usted suspende cuanto antes esa sarta de anécdotas con el título de *Lo que le ocurrió a Francia,* que publica en diarios americanos. En mis tiempos eso no se hacía nunca. Cuando perdíamos una batalla decíamos: "Hemos perdido. El enemigo fue superior a nuestras fuerzas. No nos sonrió la suerte de las armas". Si alguno nos preguntaba: "¿Y por qué", nos santiguábamos y decíamos simplemente: "No estuvo Dios con nosotros".

El hacer largas jeremiadas de ayes y lamentaciones y decir: "Si hubiese pasado esto... Si hubiese pasado lo otro..." lo teníamos por cosa de villanos y lo reprimíamos con una palabra desdeñosa: "Por algo se pierde un juego". El villano es mal perdedor y es una de las señas más fatales para discernirlo del caballero. Claro que usté compone toda esa sarta de anécdotas en el fondo para ganar plata divirtiendo a los ociosos.

Pero también se puede ganar plata sin ensuciar a nadie y meterse en asuntos que a uno lo depasan. Pero usted tiene una cierta tendencia —y en sus novelas y biografías noveladas lo he notado— a ensuciar todo lo que toca con pretexto de hacer chistes.

Lo que le ocurrió a Francia es una cosa muy simple; y nosotros lo sabemos, los franceses de estirpe. No es tan enredado y nebuloso como usté lo parla. Y entre

sus anécdotas, a usted se le olvidó una. Francia fue derrotada porque muchos André Maurois había entre sus fuerzas; y sus fuerzas habían recibido la marca André Maurois.

Bayard Sans Peur et Sans Reproche
Chevalier d'armes

Epigramas añadidos

1

Dígame, Padre, y no mienta:
de los tontos ¿qué hace Dios?
nacen cada día ochenta
y mueren al año dos.

2

"El señor Don Juan de Robres
con caridad sin igual
hizo este santo hospital
mas primero hizo los pobres".
Así arrebañando cobres
del flaco contribuyente
hace caridad *robriente*
el Estado Liberal
y gastando mucho y mal
veja al pobre y mata gente.

3. A San Félix de Sigmaringa

"Santo es el que fue abogado
¡Grande es el poder divino!
Le costó ser capuchino
y morir martirizado.

¿No es Cristo nuestro abogado?
¿Y no es la Virgen Sagrada
De los hombres Abogada?...
Sí señor, ése es un hecho,
Pero ellos saben derecho
y hacen justicia por nada.

4

Un cura liberal, breviario en mano,
se fue al infierno alborotando al mundo.
No te extrañes, lector, de este portento,
que en esa miserable criatura
o sobra el liberal, o sobra el cura...
—¿Y el resto de los curas liberales?
—Fueron al limbo de los animales.

Autorretrato

Religioso y estudiante—
religioso por delante.
Doctor en Filosofía
sin criolla picardía
más que la precisa al gasto
refinado y chaqueño como un basto
trenzado de ocho en cuero crudo
finas lonjas formando embute rudo.
Aprendiz atrasado —tres veces aplazado—
de política spurca
todavía en el párrafo tercero:
"Falsía y golpe de furca"
imposible por muy sincero;
—(¡Oh, cuánto jesuitismo necesita
aquí el que quiere ser un buen jesuita!)—
Pero a mí nadie me enseñó primero.

Faz de gringo acriollao
con intelecto de criollo agringao
que aprendió el alemán en cinco meses
y sabiendo nació santafesino
el alemán ya lo olvidé tres veces
pero el otro ni ebrio ni con vino;
a no ser que hagan vino de quebracho
y yo caiga otra vez a ser borracho
de acuerdo a Baudelér:
"Emborráchate de algo y aunque sea de vino
pero mejor si puedes de místico saber
de lástima a los hombres y de sufrir divino".

"Nel mezzo del cammin di nostra vita"
pero el camino ya se delimita
a la luz de la tarde azul serena.
Serena hasta por áhi no más, no tanta,
pues hijo del Ignacio de la espada bifulca
y hermano de Teresa viva y santa
de pronto el corazón pide trifulca
o como al de Lepanto me pegan en la manca,
o se me sienta el burro en la retranca.
Y peleé muy mal los tiempos idos...
Más de una cicatriz me adorna el cuero.
Mas Dios no pide que venzamos, pero
sólo nos pide Dios no ser vencidos...

Poeta. Versos... Berzas.
Mal oficio en los tiempos que corremos,
sin un centavo por las líneas tersas
exponerse a la risa de los memos.
Pero mientras me broten versos malos
o buenos y soporte bien los palos
será señal que no tendré virtud
pero me sobra al menos juventud.
Y como yo canto opinando
según mandaba Tata Martín Fierro
eso acerba el mester ya nada blando
lo hace heroico; pero qué lindo cuando
un lazazo feliz alcanza a un perro.
Cada cual en su puesto es lo seguro
Dios me llamó a milicia celestial
El que lo come verde no lo alcanza maduro
El de soldado es un oficio duro
donde hasta —a veces— hay peligro real.

Enfermo. Todavía algunos hay
con esa enfermedad llamada Ensueño
Mal achaque caray
si llega a extremos y se te hace dueño.
Mal d'Ensueño
Fiebre sueñorial
Señorilosis

Enseñurritis
producida por la mosca
No sé-No sé.
Esos andan por este andurrial mundo
con la cabeza a pájaros
y los pies tropezando
a causa de su andar meditabundo
¡y creen ir volando
volando sobre el mundo vagabundo!
Ya tristes ya alegres
sin haber razón para tanto
van con un dormilón cansancio santo
inquietud vagorosa y desencanto
en el fondo de todo lo que sienten
y de todo lo que poseen
que no dan importancia a Nada
a nada serio
y una gran importancia a Cualquiercosa.
De nada te fabrican un misterio,
y se arman un —digamos— un imperio
con un laurel un libro y una rosa.

Toda la vida son medio muchachos.
Puede decirse: están siempre borrachos.
Se asombran de la lluvia y del buen tiempo
y ven la luz de nuevo cada día
cual Nicodemus que nació de nuevo
o Colón con su cáscara de huevo
sin un centavo y llenos de alegría.
Andan con cara de abriboca
al sentir de los hombres satisfechos
y si les da la loca
se dan un tiro o descubren l'América
pues son nacidos para raros hechos
prometidos de la Reina Quimérica.
Déstos son donde nacen los artistas
los locos, inventores, futuristas,
herejes, duses, sabios, sumilleres,
y los que dan trabajos —a los especialistas
en Religión y Enfermedades para mujeres—.

Propensos al vértigo de las alturas
y a la obsesión de los imposibles,
de día ven cosas invisibles
y de noche al diablo comiendo curas.
Esperan la resurrección de los muertos.
Cultivan la luna en todas sus fases.
Breve: son dados a soñar despiertos
y a dormirse en las clases.

Hay otros en cambio que tienen
la enfermedad del Insueño
la enfermedad de no poder dormir
que es muy peor todavía
la enfermedad de no poder soñar
que es muy peor que no poder m...ascar.

Nacionalismo Argentino

Uno de los más cultos y talentosos colaboradores de CABILDO, *Militis Militorum*, en un reciente artículo (9 de mayo), ha expuesto sobre temas del día, y en particular sobre la acción que entre nosotros está desarrollando el movimiento nacionalista, opiniones personales que me parece oportuno examinar. No puede ser más completo nuestro desacuerdo con los juicios del distinguido escritor. La sola disidencia conceptual, no obstante, no habría bastado, de por sí, para inducirnos a rebatir sus asertos. Es la trascendencia que el tema considerado asume en nuestro país lo que nos reclama como un deber la rectificación de afirmaciones que creemos equivocadas y, por lo tanto, poco aptas para la edificación intelectual de las nuevas generaciones.

Manifiesta nuestro autor que el Nacionalismo "*pretende*" ser una solución a la injusticia y el caos, en un mundo "*dominado por el gran hecho de la lucha de clases*". Y asegura en seguida que el "*Nacionalismo hasta ahora carece de doctrina*". El Nacionalismo —se refiere al argentino— "*se presenta como una serie de reflejos necesarios y nobles, pero que aún no parecen trascender la región del sentimiento y del instinto; corre el peligro de ilusionarse, de querer sustituir las soluciones específicamente políticas que no posee, por la apelación a los sentimientos nobles, como: sacrificio, combatividad juvenil, heroísmo guerrero, aspiraciones al Reino de Dios...*".

Muchos serán, según nuestro entender, los que hayan leído hace unos días, o leen ahora, con asombro, afirmaciones de tal naturaleza. Aventurar que el Nacio-

nalismo carece de doctrina es un absurdo manifiesto. Porque lo que precisamente caracteriza al Nacionalismo es la coherencia de su pensamiento, aunque ello no signifique disponer de un sistema completo de soluciones ideadas de antemano para todos los problemas de detalle que la realidad puede ir desplegando en su transformación incesante. En el pensamiento nacionalista, como en toda doctrina lógicamente construida, existen principios generales. Son ellos válidos, por lo menos, para los pueblos de Occidente. Postulan, por ejemplo, esos principios, que la nacionalidad es fuente de civilización y cultura; que la nacionalidad ofrece un fundamento imprescindible para la vida espiritual de las comunidades humanas; que la nacionalidad crea valores intelectuales, morales, religiosos, técnicos, económicos y estéticos; que el mayor progreso universal no se logrará por la anulación de las nacionalidades —como sostienen el anarquismo y el socialismo marxista— sino por su afianzamiento y desarrollo, lo cual no excluye su ulterior y eventual asociación en vastos organismos políticos.

Dentro de estas líneas generales, que sumariamente esbozamos, se presenta cada movimiento nacionalista con aquellos caracteres particulares que le dan fisonomía propia. Esos elementos de diferenciación, de particularidad, revisten la más acentuada importancia en el Nacionalismo, una de cuyas ideas centrales podría expresarse con la observación de Goethe: *"Sólo por lo particular se llega a lo universal"*. Es, pues, lo particular, nuestro, lo argentino, lo que interesa a los nacionalistas argentinos. Lo que ocurre con el nacionalismo de otros países tendrá por tanto una utilidad informativa, pero nunca normativa. El nacionalista argentino tiene su propia profesión de fe, que es independiente de la de cualquier nacionalismo europeo.

No es acertado señalar a España, Alemania e Italia como los únicos países nacionalistas del Viejo Mundo. Muchos otros también lo son, a comenzar por Gran Bretaña. Todo el que haya estudiado la vida y la cultura británica sabe que el pueblo británico es esencialmente nacionalista. No pocos de los grandes pensadores in-

gleses desde Hobbes hasta Darwin y Houston Chamberlain han influido poderosamente en la doctrina germana. Esto no quiere decir, por cierto, que haya completa identidad entre una y otra filosofía política. En cada una de ellas priman, como es lógico, no sólo los escritores, sino las tradiciones, las ideas morales, la peculiar idiosincrasia y los fines de Estado de cada nación.

Las soluciones propuestas para los problemas argentinos no están tomadas de la ideología de éste o de aquel país. El Nacionalismo argentino es católico y defiende a la Iglesia, no porque ello esté o no dentro de tal o cual nacionalismo europeo, sino porque está el nuestro integrado por creyentes en el catolicismo y porque ésa es la religión que ha encauzado la formación espiritual de nuestro pueblo. ¿A qué venir, pues, con el argumento de que en tal comunidad extranjera el nacionalismo no es católico? El Nacionalismo argentino lo es, y con gran ventaja para la posición de nuestra iglesia.

Otra afirmación inaceptable es aquella de que el Estado no deba tener más funciones que la de hacer la guerra, construir caminos e impartir justicia. No hay más que pasear la vista por el panorama mundial para advertir que con el mayor provecho para todos el Estado ha tomado sobre sí tareas que antes hallábanse abandonadas al arbitrio de los particulares. En Gran Bretaña, en Alemania, en España, en los Estados Unidos, en Francia, en Italia, en el Brasil, en Rusia, en el Japón... y en la Argentina, vemos que el Estado desempeña muchas otras funciones, y con gran eficiencia. El Estado, según sean las necesidades del país, maneja bancos, ferrocarriles, líneas de vapores, hoteles, compañías de seguros; explota minas, fabrica aviones, armas y municiones; posee usinas eléctricas, redes telegráficas, telefónicas y radiofónicas, establecimientos de enseñanza de toda índole, institutos de alta investigación científica, organizaciones editoriales, diarios y revistas, compañías de teatro, industrias de todo carácter; y hasta maneja la compra, venta y distribución de los alimentos. ¿En virtud de qué razones, de qué principio le estaría ello vedado al Poder Público?

En la doctrina del Nacionalismo argentino, que no podría en su amplitud exponerse en un artículo, no solamente se hace profesión de fe católica. Se propugna, además, la defensa de la homogeneidad étnica y la unidad espiritual de la Nación. La autonomía, no sólo política, sino económica. El recobramiento de los servicios públicos. La protección verdadera del hogar, como base de la comunidad nacional. El poblamiento del país con argentinos, sin exclusión de aquellos hombres de genuina afinidad espiritual con nuestro pueblo que han venido a colaborar en la grandeza de la patria. La mejora en las condiciones de la vida obrera (salarios mínimo y familiar, vivienda propia, seguro social) que son postulados fundamentales del Nacionalismo, en nada excluyen "el sentido militante de la vida". Muy lejos de ello: ese "sentido militante de la vida" se halla en la esencia misma de la concepción nacionalista... No es posible resumir en breve espacio los múltiples aspectos del pensamiento del Nacionalismo argentino. Desde hace tres lustros ese pensamiento viene siendo expresado en libros, revistas, diarios, conferencias y discursos. Precisamente lo que enérgicamente diferencia el Nacionalismo argentino de cualquier otro movimiento político-social del país, no es sólo su pujante vitalidad, sino también su sólido realismo y la lucidez de su doctrina.

Scriptor.

Cabildo, Buenos Aires, Nº 581, 20 de mayo de 1944.

índice

PARTE SEGUNDA: *CARTAS DEL OTRO MUNDO*

Esta edición fue terminada de imprimir el día 25 de noviembre de 1977 en los Talleres Gráficos Yunque, Combate de los Pozos 968, Buenos Aires.